Juan Luis Gallardo

De memoria nomás



Recuerdos complementarios

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE LA PLATA

JUAN LUIS GALLARDO

De memoria nomás

RECUERDOS COMPLEMENTARIOS

Buenos Aires
2011

Portada: *El autor hablando en una celebración de la Vuelta de Obligado. También aparecen el Padre Castellani, Ernesto Palacio, Alberto Ezcurra Medrano y Roque Raúl Aragón.*

Con las debidas licencias.

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

© 2011 by Juan Luis Gallardo

© 2011 by Ediciones Universidad Católica de La Plata

Gallardo, Juan Luis
De memoria, nomás : recuerdos complementarios . - 1a ed. - La Plata : Universidad Católica de La Plata, 2011.
118 pag. ; 21x15 cm.
ISBN 978-987-1085-77-4
1. Narrativa Testimonial. 2. Memorias.
CDD A863

Fecha de catalogación: 24/10/2011

Índice

Justificación 9

Capítulo 1: Prehistoria 11

Capítulo 2: Edad Antigua 27

Capítulo 3: Alta Edad Media 39

Capítulo 4: Baja Edad Media 61

Capítulo 5: Edad Moderna 77

Capítulo 6: Edad Contemporánea 95

Colofón 117

A mis próximos.



El autor entre las almenas de la Alcazaba de Trujillo, Extremadura, España.
(foto: Rosario García O'Neill)

Justificación

A mediados del 2006 puse punto final a "De memoria nomás – Recuerdos políticamente incorrectos", un tomo donde volqué aquellos que consideré podían tener cierto interés de carácter general y apuntado, especialmente, a rescatar las experiencias políticas vividas por mis amigos y yo, a lo largo de un período que tuvo comienzo al promediar la década de los 50, incluyendo el trabajo hasta el primer año del siglo XXI, cuando, ante los reiterados fracasos de quienes manejaron el país durante largo tiempo, la gente ganó las calles reclamando: ¡que se vayan todos!

Estimo que el libro cumple su cometido testimonial pero ocurrió, sin embargo, que por ajustarme al plan trazado dejé de lado numerosos detalles menudos, de carácter doméstico, familiar, presumiblemente carentes de atractivo para el lector común. De modo que retomé la tarea de evocar recuerdos, mucho más personales esta vez, hasta formar un segundo volumen de aquellas memorias, dirigido a parientes cercanos y a amigos próximos. Lo cual no excluye por completo a quienes, por una razón u otra, resuelvan matar el tiempo leyendo las páginas que siguen.

J. L. G.

Capítulo 1

Prehistoria

El primer Gallardo que arribó a estas playas se llamaba Félix Antonio, había nacido en Macharaviaya, un pueblo de la provincia de Málaga, siendo sus padres Félix Gallardo Montenegro y Antonia Aragonés Gálvez. Enviado seguramente por su pariente José Gálvez y Gallardo, hombre con gran influencia en la corte de Carlos III, del cual sería Ministro de Indias, llegó integrando una comisión despachada para buscar un aerolito caído en el Chaco. Y se quedó en el país, como agente de la Real Hacienda, afincándose en Buenos Aires. Donde se casó con Paula Francisca Planchón Illarradí, hija de un oficial walón al servicio de España.

Vástago de este matrimonio fue José María Gallardo Planchón, que nació en Buenos Aires, casó con Dorotea Esnaola Picasarri (*Misia Dorotea*) y murió en Montevideo pues, opositor a Rosas, había emigrado al Uruguay. Dorotea era hermana de Juan Pedro Esnaola, rosista, autor de un pasaje de la música del Himno Nacional y del arreglo reconocido como su versión oficial.

A raíz del exilio de su padre, León Gallardo Esnaola nació en Colonia, siendo bautizado como José León, aunque sólo usó su segundo nombre. Comerciante, poseyó la primera pinacoteca que hubo en la Argentina y, en nombre de su madre, realizó numerosas obras benéficas. Entre otras, un asilo para chicos huérfanos, en Muñiz, que donó a las Hermanas Pobres Bonaerenses de San José, congregación que lo tuvo como protector y que fundara la Madre Camila Rolón, hoy en proceso de beatificación. Don León casó con Ángela Lebrero Castaño.

De ese matrimonio proviene mi abuelo Ángel (*Tatita*), ingeniero, doctor en Ciencias Naturales, presidente del Consejo Nacional de

Educación, embajador en Italia, ministro de Relaciones Exteriores y Rector de la Universidad de Buenos Aires; que casó con Dalmira Cantilo Ortiz Basualdo (*Mamina*) y era hermano mayor de José León, sacerdote, Camarero Secreto de Su Santidad Pío X, donante de la Iglesia Argentina, en Roma, y de la parroquia de San Francisco Solano, en Bella Vista.

Luis Francisco Gallardo, mi padre, fue el menor de los cinco hermanos Gallardo-Cantilo, –Ángel León, Beatriz, Guillermo, Teresa y él–, nació en 1911 y en 1933 se casó con mamá, Celina Mercedes Pirovano Pirovano. Fallecida mi madre, papá contrajo nuevo matrimonio con Carmen Beatriz O'Neill.

***

Respecto a mi familia materna anotaré que el primer Pirovano que puso pie en estas playas fue Aquiles (según una atractiva versión, su nombre completo habría sido Aquiles Hércules), natural de Cantú, en el entonces reino de Milán. Hijo de Ignacio, médico que acompañó a Napoleón en la campaña de Rusia, y de Francisca Littenshof, austriaca, era viudo de Sara Brena y platero de profesión. Casó con Catalina Alleno, criolla, teniendo por hijos a Ignacio, que sería el célebre cirujano del 80, Juan Bartolomé, ingeniero, y Catalina. Más tarde, nuevamente viudo, Aquiles contrajo terceras nupcias con Pilar Soca, que tenía campos en Entre Ríos.

Ignacio casó con Petrona Álzaga (*Pitita*) y Juan, con Carlota Naón. Desciendo yo de ambos pues una hija de aquél, Catalina (*Mamacata*), casaría con un hijo de éste, Aquiles (*Papá Aquiles*), primo hermano suyo y médico como su célebre tío. Fruto de esa unión fue mi madre, ya nombrada, la cuarta de los ocho hijos del matrimonio –Carlota (*Loty*), Petrona (*Kikí*), Delia, Celina (*Chela*), Aquiles (*Piro*), Mercedes (*Cecé*), Josefina (*Fina*) y Juan José (*Juanjo*)–.

***

En 1933, mamá y papá organizaron una comida en homenaje a sus amigos Hortensita Quirno y Tito Moreno Hueyo que se casaban ese año, invitando a otros novios que estaban en la misma situación –que era también la de ellos– hasta alcanzar a veinte en total. Los comensales vistieron de etiqueta, las mujeres de largo y de frac los varones.

Al pie de una foto de aquella comida, que tengo a la vista, mamá, con su típica letra de alumna del Sagrado Corazón, anotó los nombres de los presentes, pero la anotación ya no es clara y puedo incurrir en algún error al transcribirla:

Kikí Pirovano, José Pacheco Alvear, María Angélica Moreno Hueyo, Fernando? Pereyra Yraola, Hortencita Quirno, Enriqueta Bosch, Guillermo Moreno Hueyo, Delia Pirovano, Juan José Naón, Hernán Ayerza, Marta Peralta Ramos, Pepe Pereyra Yraola, Tito Moreno Hueyo, José Diehl, Ignacio Zuberbhüler, ¿? Pereyra Yraola y Goyo Rosa.

El lugar de la cita fue lo de Gallardo, Las Heras 2140. Y anoto de paso que lo de Pirovano quedaba en Uruguay 1278.

***

En el volumen de recuerdos que antecede a éste, informé haber nacido en el cuarto piso de un departamento que alquilaban mis padres en la Avenida Quintana, esquina Montevideo, Buenos Aires. Del cual es hoy propietario Clodomiro Ledesma, nacionalista distinguido[1], cuya hija Dolores compartiría conmigo una cátedra de Historia Argentina en la Universidad Católica porteña, más de medio siglo después de mi llegada al mundo. Como mis padres dejaron ese departamento antes de cumplir yo dos años de vida, es natural que de él no recuerde nada y sea poco lo que sepa a su respecto.

Apenas si sé que allí estaban dos sillones antiguos, con sendos escudos episcopales bordados en sus respaldos, que luego fueron a parar al *living* de Huinca Hué, el campo donde nos criamos. Y sé también que, prestados por papá, estuvieron en el estrado montado al pie de la gran cruz erigida en Palermo cuando el Congreso Eucarístico de 1934, que tuvo lugar dos meses antes de mi nacimiento.

Supe, asimismo, que al departamento llegó alguna vez un estafador, contándole a mamá una historia que desembocó en el pedido de la plata necesaria para sacar un boleto de ferrocarril a fin de viajar a Pirovano, pueblo bonaerense fundado por tío Rolo que lleva el nombre de su padre, mi bisabuelo Ignacio. Mamá le dijo que volviera al día siguiente,

1 Clodomiro murió ya escritas estas páginas.

oportunidad en que papá, enterado del asunto, lo recibió revólver en mano, ordenándole que desapareciera antes de que llamara a la policía. Sugerencia que el cuentero acató sin demora.

***

Recién casados y antes de que yo naciera, mis padres pasaron una temporada en *Epú Lauquen*, el campo de mis abuelos maternos, una fracción del cual pertenece hoy día a mi hermana Rosarillo. Vivieron en la casa del encargado, donde pasó unos días mi abuelo Ángel Gallardo, Tatita, ya viudo a la sazón. Respecto a aquella estadía o quizá a alguna visita anterior de papá a Epú Lauquen, apuntaré dos anécdotas que él me contó.

Se refiere una a cierta sobremesa durante la cual mi padre y su suegro (o futuro suegro), Papá Aquiles, se hallaban sentados afuera, cerca del talud calzado en ladrillo que limitaba una de las dos grandes lagunas que le dieran nombre al campo (Epú Lauquen quiere decir dos lagunas, en araucano), próximo a la casa principal donde acababan de almorzar. A raíz de una prolongada sequía, las lagunas estaban secas. Y papá tenía a mano su Winchester 44,40. Fue entonces cuando vieron una liebre que, francamente lejos, a más de 100 metros, cruzaba al trote la laguna seca. Papá Aquiles, con picardía y descontando su fracaso, le sugirió a papá que probara puntería. Picado en su amor propio, papá aceptó el envite, ajustó el alza del arma y, apuntando un poco delante del bicho en movimiento, disparó. Cuál no sería su satisfacción (y su sorpresa, según me confesó) cuando vio que la liebre caía fulminada. Ante lo cual su suegro se limitó a decir: *buen tiro*.

La casa frente a la cual se hallaban era provisoria, ya que nunca llegó a construirse la principal y definitiva de aquel casco. De una sola planta, tenía a su vera una pileta de cincuenta metros, adornada por cierta escultura que representaba un par de infantes livianos de ropa que sujetaban un sapo (o rana) por la pata. Más allá de la pileta se alzaba una usina provista de un motor enorme que, al venderse Epú Lauquen, instalado en Mones Cazón proveyó al pueblo de energía eléctrica.

Como dije, no sé si el episodio del disparo afortunado ocurrió cuando papá estaba de novio o ya casado. El que paso a relatar, en

cambio, me consta que sucedió después del casamiento de mis padres, cuando salieron a dar una vuelta por el parque de la estancia. Un parque grande que, según dicen, estaba previsto que llegara a contar con un millón de árboles. Cifra que oí alguna vez aunque me parece francamente exagerada.

Conocí el monte de Epú Lauquen ya raleado por una explotación despiadada, que se llevó a cabo después de que mi familia se viera precisada a vender el campo. Pero, así y todo, cuando yo era chico todavía se conservaban zonas densamente arboladas, con caminos que se extendían a la sombra de follajes espesos y flanqueados por un colchón de *vincapervinca* [2] que cubría el suelo. Uno de esos caminos recorrían mis padres, en un *tonneau*[3], cuando, cruzándolo de lado a lado, advirtieron algo que parecía un tronco, cuyo grosor no disminuía en ninguno de sus extremos y que se perdían entre la vinca, a uno y otro lado de la trocha. Se trataba de una enorme lampalagua (boa *constrictor*) que se desplazaba lentamente cerrando el paso. Papá regresó de inmediato a la casa en busca de un arma pero, al volver provisto de ella, la víbora ya no estaba.

A lo largo de los años la boa fue vista en varias oportunidades por distintas personas y, dado que en la zona no hay lampalaguas, la hipótesis más extendida respecto a su presencia fue que, antes de alcanzar todo su desarrollo, pudo llegar entre la carga de leña de algún vagón venido del norte, cayendo del mismo para quedarse a vivir en el monte.

Siempre con relación a Epú Lauquen, anotaré que cierta noche de un lejano verano, le llevaron a mi abuelo Aquiles un vecino aquejado por una apendicitis aguda (peritonitis tal vez), que requería actuar de inmediato. Dada la urgencia del caso, Papá Aquiles dispuso que colocaran al enfermo en una mesa de operaciones que se improvisó en la herrería de la estancia. Y, para contar con suficiente luz, hizo levantar un automóvil mediante un aparejo, de modo que sus faros iluminaran la mesa. En esas condiciones operó mi abuelo y la operación fue exitosa.

Ir a caballo desde Huinca Hué hasta Epú Lauquen constituía un paseo habitual cuando yo era chico. Allí solíamos apearnos cerca de

2 Planta rastrera, de hojas oscuras y flor celeste.
3 Pequeño coche tirado por un petizo.

un molino de alta torre, que desapareció más tarde y que se hallaba cerca de donde se alzara la primera construcción que se levantó en Epu Lauquen, de la cual apenas se veían tramos de los cimientos. Hace poco llegó a manos de mi hermana Agnes un fajo de viejas fotografías, donde aparecen Pitita, Mamacata y Papá Aquiles, mamá y sus hermanos. Muchas de ellas fueron tomadas en aquella casa, durante algún veraneo contemporáneo a la Primera Guerra Mundial.

***

En el tomo anterior de mis memorias mencioné ya a don Francisco Centurión, modelo de criollo que trabajó con Papá Aquiles y luego con papá. Protagonista de una pequeña anécdota que a mí me conmueve un poco. Resulta que mi tío *Piro* (apócope de Pirovano), hermano de mamá, era muy de a caballo. Y, siendo muchacho, participó de una jineteada en Urdampilleta, donde don Francisco oficiaba de padrino con algunos otros. En un momento dado el potro lo desacomodó a mi tío, poniendo en peligro su estabilidad. Fue entonces cuando Francisco interpuso su montado entre el público y el jinete, indicándole a éste:

—*¡Charquiá*[4] *Piro que yo te tapo!*

En cuanto se me refiere, supongo que alguno de los primeros galopes de mi vida los debo haber dado sobre el recado de don Francisco, sentado frente a él y sujeto por su brazo.

***

Había en Huinca Hué numerosos elementos que correspondían a este período que he denominado *prehistoria,* por estar vinculado a épocas anteriores a mis recuerdos. Se trataba de objetos que testimoniaban lejanos esplendores, algunos de los cuales pasaré a mencionar sin pretender agotar la lista.

4 Charquiar (charquear): agarrarse de las crines del caballo.

En el *hall* de entrada a la casa principal había un discordante *dressoir* de espejo, que evocaba el charleston y los años 20. Sobre él, dos sapos chinos, de porcelana, una garcita mirasol embalsamada y, colgado en la pared, un cuadro magnífico, que perteneciera a mi bisabuelo León Gallardo. El cuadro representa una carga de coraceros durante la guerra francoprusiana de 1870, tiene por título *Au drapeau* y está firmado *W. Beauquesne.* Como a mí ese cuadro me encanta, mis hermanos se pusieron de acuerdo para que pudiera elegirlo en ocasión del sorteo que se hizo después de morir papá, gracias a lo cual hoy luce en casa.

En la pared opuesta al cuadro había dos ciervos dibujados por Gigli, un artista que tuvo cierta fama en su momento, como así también una pintura sobre vidrio que mostraba a Jesús camino al Calvario. Dos sillones fraileros y un gramófono de pie, que nos permitió oír innumerables discos de Gardel y de música española (pasta, 78 revoluciones), completaban el ornamento del *hall*, que comunicaba por la derecha con el *living* y, por la izquierda, con el comedor.

El *living* era muy grande, con un ventanal corrido, ventanas dobles y una chimenea que nunca tiró bien. Sobre la derecha, apenas uno entraba, había una cómoda colonial, con espejo y un cajoncito secreto donde papá guardaba documentos importantes. Próximo a ella, un reloj de pared que perteneció a don Juan Pedro Esnaola. Otra cómoda, con tapa de mármol, oficiaba de escritorio de mamá y, sobre ella, podía verse una cabeza suya, en bronce, hecha por tío Rolo, y un cuadro importante, italiano, diría que del siglo XVIII, con la Virgen rodeada de santos. En las dos esquinas del fondo, ventanal por medio, estaban aquellos sillones episcopales que ya he mencionado y, entre ellos, un arcón español donde se guardaban fotografías. También, bajo un retrato al pastel de mamá, había un sofá con sillas que hacían juego. Además, una mesita central, algunas sillas de esterilla, bibliotecas, un escritorio de buen porte donde papá no escribía nunca, un cuadro de la Dolorosa, una carabela en miniatura y un sillón de cuero junto a la chimenea que, con el paso del tiempo, terminaría totalmente desvencijado.

Como objetos que merezcan citarse incluiré una pequeña tanagra de terracota, dos curiosas armas indostánicas con hoja triangular y empuñadura transversal, sables, una espada flamígera y otra de la Guardia Civil, un fusil y una escopeta de un caño, ambos sistema *La Fussé,* una carabina *Springfield,* un rosario de lapislázuli, una caja de cigarros con

clave, dos cascos franceses de la Primera Guerra recogidos por papá en el campo de batalla de Verdún (uno de ellos presenta el agujero de un balazo), alfombras que fueron buenas y acabaron en hilachas, una cabeza de María Santísima de medio bulto entre dos viejos mapas de América del Sur, un misal con cubierta de terciopelo y guarniciones de plata, una colección de libros encuadernados en pergamino entre los que se contaban algunos de Juan Carlos Dávalos, Enrique Larreta, Ricardo Güiraldes, Manucho Mujica y Benito Lynch. Colgada del techo, en medio del cuarto, había una araña poliédrica, con muchas puntas, comprada en Granada.

¿Qué más había en el *living* de Huinca Hué? Sobre el respaldo de un sillón, el poncho pampa que el cacique Curru Huinca le regalara a Tatita, en ocasión de un viaje al sur que hiciera siendo presidente del Consejo Nacional de Educación. Un cuchillo, un rebenque de argolla y una rastra de plata, comprada ésta en el montepío de Bolívar. Sendos frascos de vidrio turbio, ambos con la imagen de San Nicolás. Un puñal *limpiatrincheras* francés, con el cual papá se atravesó un pie al rematar una liebre. Un escarabajo egipcio de basalto negro. El torso de mármol de una Venus romana, que desapareció de allí cuando los chicos fuimos dejando de serlo. Dos planchas de cobre para imprimir, que representaban escenas de la vida de Santa Teresa. Las pipas de mi padre y una radio de válvulas fabricada por Valdéz, inventor local (Valdéz construiría un bote, provisto de una gran hélice sobre borda –estilo avión– que probó en la laguna de *El Tordillo* ante cierta cantidad de público, terminando el inventor y su ingobernable embarcación incrustados en un espeso juncal).

El comedor contaba con una mesa grande, rodeada de sillas que, pese a ser de buena calidad, tenían el asiento de paja: sobre la mesa lucía una majestuosa sopera francesa, de plata, que mis abuelos paternos adquirieran en Roma. En una ochava aparecía una tapicería que la sequedad ambiente arruinaría por completo. Ante ella, un mortero de madera lustrada que, puesto boca abajo, oficiaba de pedestal para una imagen de la Virgen tallada por tío Rolo en el tronco de un roble de Cume Co. Entre la puerta que daba acceso al comedor y la que lo comunicaba con el *office* estaba una mesa chica, cuya tapa podía levantarse pues había sido hecha para conservar levadura. Sobre aquella mesa, un juego de té de plata provisto de samovar y, en la pared, un

cuadro importante, con escenas de cacería. Una alacena conteniendo *chops* de cerveza colgaba a cierta altura. Y, en un mueble con estantes, lucía el juego de té que Hindemburg le regaló a Mamina, después de que una gripe le impidiera a ésta participar del té que les ofreció el mariscal, al que sí pudo concurrir Tatita. Cerca de ese mueble había otro cuadro, con una naturaleza muerta, cuyo compañero estaba en la subida de la escalera que llevaba al segundo piso de la casa.

Dicho segundo piso no tenía muchas cosas que merezcan citarse. Salvo el cuarto de mamá, con una cama y dos sillones forrados en raso blanco, una mesa de espejo, un cuadro de Foujita que mostraba una mujer recostada, vestida de azul claro, y, sobre la cabecera de la cama, un primitivo de estilo bizantino pintado por Rico di Candia, que representa a María Santísima con el Niño en brazos. Este cuadro, comprado en Europa por mamá y papá durante su viaje de bodas, tenía un fondo dorado, con algunos deterioros, que fueron motivo para que papá confiara su restauración a Ballester Peña. Tarea que a Ballester le salió mal, cosa que papá no le perdonó jamás. En el *hall* distribuidor de este piso había un ropero grande, de buena madera labrada, en una de cuyas aristas un adorno semejaba el perfil de un personaje siniestro, que se podía ver desde mi cama y me llenaba de terror (sólo me atrevía a mirarlo cuando mamá comía en su dormitorio, proporcionándome la seguridad de su cercanía).

La cocina funcionaba a leña, al igual que una caldera que tenía al lado, destinada a suministrar agua relativamente caliente a los baños, pocos días por semana. Puedo consignar algunos acontecimientos estupendos que tenían lugar en la cocina, muy de vez en cuando: la confección del pan casero, del pan dulce y del paté de liebre o de ganso que hacía mamá; la de ciertos caramelos que se preparaban volcando miel hirviente en unos huequitos marcados en el espesor de un colchón de azúcar molida que cubría la tapa de mármol de una mesa; y la de un *cocktail* de oporto y huevos batidos que nos daban para fortalecernos, cuando alguien tenía la gran idea de suponer que estábamos débiles después de alguna enfermedad.

Dos eran las galerías: una, frente a los cuartos de servicio y la otra, principal, con sillones verdes, de tablas, provistos de almohadones amarillos que se entraban de noche para que los perros no durmieran sobre ellos. Amurada en la pared de la galería principal había una baldosa

donde decía: *6 de septiembre de 1930 – Sábado de Gloria.* Leyenda que cabe presumir les haría poca gracia a nuestros visitantes radicales.

No lejos de la casa se hallaba una capilla, cuyo estilo tradicional contrastaba con el inopinadamente moderno de aquélla. No era grande, con planta en forma de cruz, un pórtico de piedra auténticamente medieval, flanqueado por dos leones románicos, traídos de Bretaña pórtico y leones por Papá Aquiles, en uno de sus viajes. Y creo que el mismo origen tenía una losa sepulcral que podía verse en el piso, frente al altar. Parece que esa lápida era del siglo XII y se contaba entre las llamadas "piedras de hacha" pues, en efecto, un hacha y una escuadra –emblemas corporativos– adornaban uno de sus ángulos. Contaba además con una inscripción que, parcialmente traducida por el padre Roberto Reifenrath, dice, en un latín de difícil lectura: *Esta obra felizmente pudo terminar (...) hermano constructor el año 1181 y el día 13 de octubre.*

Un arco de ladrillo visto, apoyado en dos columnas de mármol, coronaba el presbiterio y, dentro de una hornacina construida posteriormente, había una imagen de la Inmaculada, con vestido blanco, manto azul y corona real de plata.

Fue en esa capilla donde hice yo mi Primera Comunión, el 25 de marzo de 1941. Para la ocasión, las paredes fueron cubiertas con colgaduras de damasco blanco. Me acuerdo muy bien de aquel día pues mis padres se encargaron de inculcarme la importancia que revestía el hecho de recibir a Jesús sacramentado. Durante la ceremonia tuve en las manos un crucifijo de madera con la imagen de Cristo, obra de Ballester Peña, grabada a fuego. Salí tomado de la mano de mamá.

Amén de la casa y la capilla, componían el casco de Huinca Hué las construcciones siguientes: la casa del encargado, que en aquellos primeros tiempos lo era don Francisco Centurión; la torre del agua, donde papá tenía su escritorio; un tinglado y un lavadero. Más tarde se agregaron otro tinglado con un cuarto de aperos; un galpón de material con una matera, un baño y un cuarto para peones. Una pared del galpón y otra del tinglado contiguo, que formaban ángulo recto, permitieron improvisar una cancha de paleta que se utilizó mucho, empleando para jugar pelotas de tenis despojadas de su felpa. Aparte de las construcciones enumeradas, lindando con la huerta había un rancho de adobe donde vivía Valentín Carrera, el quintero. Y, próxima

a la casa principal, una pequeña usina que albergaba un motor *Lister*, el cual debía apagar yo por las noches, venciendo algunos temores. Pasado el tiempo, papá haría construir un pueblito para los chicos, del cual hablaré más adelante, y una casita con techo de tejas francesa, próxima a la principal, para que durmiéramos los varones.

Los automóviles que tuvo papá y que caen dentro del campo de mi memoria fueron sucesivamente los siguientes: una cupé Ford 39, color borra de vino, con la cual, flamante, chocó don Francisco destruyéndola; un Ford 40, cuatro puertas, azul, en el que yo aprendí a manejar; una guerrera canadiense, frontal, marca Chevrolet; y un Rastrojero de doble cabina que se compró después de mi partida.

La guerrera canadiense había sido denominada *microneta* por su importador, Igarreta Hermanos. Y papá resolvió hacerla bendecir por el padre Luis Castells, quien no halló en el libro respectivo la fórmula destinada a la bendición de un automotor, optando entonces por una, genérica y arcaica, aplicable a la bendición de un carro, que en latín se dice *carrus*. Pero papá entendió *currus* y, como el vehículo era verde, pasó a llamarlo *Curro Verdiales.*

Amén de los autos, había en Huinca Hué varios rodados de tracción a sangre: una chata grande, de enormes ruedas traseras, fuera de uso; una chatita liviana; un carro volcador de dos ruedas; un sulky, un *tonneau* en malas condiciones y un coche muy elegante, que había sido de Tatita, el cual podía usarse con varas y un caballo o con lanza y una yunta. Carrera y, más tarde, Evaristo Blanco, que sucedería a don Francisco como encargado, tuvieron sus propios sulkys.

En un cajón enorme que se guardaba en el galpón, protegida por paja que ya estaba podrida, se guardaba una araña de cristal con caireles que aparece en la fotografía correspondiente a la comida de parejas de novios que ya he mencionado.

***

Las estancias argentinas fueron, con frecuencia, avanzadas de refinamiento sobre campos que habían estado expuestos al riesgo cierto de los malones hasta poco tiempo antes (Cume Co se compró cuatro años después de la *Expedición al Desierto* del general Roca). No fue

ese el caso de Huinca Hué, desde luego, pero cuando papá pobló aún se respetaba cierta regla, tácita, que imponía levantar casas importantes y plantar parques extensos en torno a ellas. Parques éstos que, además de las barreras que protegían del pampero, constituidas por eucaliptos, álamos o acacias de crecimiento rápido, incluían siempre árboles de buena estirpe como robles, olmos, fresnos, cedros y lambertianas.

El campo adquirido a Eduardo Madero por mi bisabuelo se dividió entre sus hijos, dando origen a cuatro estancias de 10.000 hectáreas cada una: *Cume Co*, la fundadora, *La Celina, San Ignacio* y *Epu Lauquen,* de las que fueron dueños, respectivamente, Rodolfo (Rolo), Celina (Chileca), Mercedes (Mecha) y Catalina (Cata).

Cume Co contaba con una casa cuyo estilo me dijeron se llama *normando*, tres olmos magníficos del tiempo de Madero y una larga calle bordeada de pinos que unía el parque con la estación ferroviaria de Pirovano. También había allí unos cuantos galpones, colmenas y algunos coches de caballos perfectamente cuidados, al igual que sus correspondientes arneses. La revista norteamericana *Life* publicó un artículo referido a Cume Co, ilustrado con una fotografía donde aparecía tío Ignacio, hijo de Rolo, en un cochecito liviano pintado con los colores de la estancia, que eran marrón y naranja. Asocio las visitas que hacíamos allí con cierto olor a cera de lustrar, a *campari* y, en invierno, a troncos ardiendo en la chimenea.

En medio de la huerta había un pabellón con techo cónico, de paja, donde se conservaba un telescopio de bronce que había sido de don Ignacio.

Mayordomo de Cume Co era Juan Manghi, cuya mujer se llamaba Florinda.

El casco de San Ignacio resultaba probablemente el más importante de aquellos cuatro y reflejaba el buen gusto de Juan Carlos Rodríguez Pividal, el marido de tía Mecha. La casa principal, de dos pisos, era una casa vasca con techos de teja francesa. En el *living*, de cielorraso muy bajo, había cuadros españoles y un par de braseros circulares, de bronce, traídos de España. Al subir la escalera más próxima a la puerta de entrada, los vidrios azules de una ventanita teñían el rellano de ese color, produciendo un efecto de atractiva irrealidad.

El parque había sido diseñado por un parquista francés, que quizá haya sido el propio Thays, se alzaba en un terreno ondulado y contaba

con variadas clases de árboles, cuyas hojas caídas formaban una alfombra que olía a humedad, donde se extendían las trincheras defendidas por los soldaditos de plomo que, en gran cantidad, desplegaba mi primo Juanjo Naón bajo un grupo de arces que estaba cerca de la cancha de tenis.

También había allí un sector con figuras geométricas recortadas en boj y estatuas de piedra que, no sé por qué, se llamaba *El Jardín Judío.* Tanto en San Ignacio como en Cume Co existían unos laberintos de ligustrina, donde más de uno se abrió paso a patada limpia luego de fracasar en sus reiterados intentos por hallar la salida.

La capilla tenía proporciones de iglesia y su comulgatorio había estado en la basílica del Pilar, en la Recoleta. Además de esa gran capilla, en medio del parque se alzaba una ermita pequeña, flanqueada por dos viejos cañones. Otro cañoncito, de bronce, con dos ruedas, estaba cerca de la puerta de la casa principal y respecto a él puedo contar un par de historias.

Se refiere una al padre Améndola de Tebaldi, un sacerdote italiano sumamente original, que había sido capellán en varias guerras y que, de paso por Huinca Hué en 1940, le regaló a papá una medalla con la efigie de Mussolini y dejó escrito en el álbum lo siguiente:

Después de una audición del noticioso informativo sobre asuntos de la guerra en casa del amadísimo "totalitario" L.G.

DÍGAME UD. (Y NO MIENTA)
LOS TONTOS QUE CRÍA DIOS:
NACEN AL MINUTO 80,
MUEREN AL AÑO 2!...
AJUSTE UD. LA CUENTA!!!

Pues bien, fiel a sus inclinaciones belicistas, estando en San Ignacio el padre Améndola se las arregló para hacer disparar el cañoncito, utilizando como proyectil una escoba que hizo pasar volando sobre la casa.

La otra historia tiene por protagonistas a mis primos los trillizos Peña Pirovano, cuyas tropelías fueron famosas. Y que también resolvieron hacer funcionar la pieza, con peores intenciones que el padre Améndola. Durante un veraneo, para cumplir sus fines se pasaron largo tiempo

sustrayendo cartuchos de escopeta, a los que quitaban la pólvora que iban atesorando. Cuando contaron con una cantidad que consideraron suficiente, aprovechando que los mayores dormían la siesta, cargaron el cañoncito y lo apuntaron hacia la casa en que estaban las habitaciones de servicio y el planchero. Se trataba de una de esas construcciones de madera que, desarmadas, se traían de Inglaterra a principios de siglo y tenía un puntal que sostenía parte del edificio. El disparo hizo despertar con sobresalto a todos los que dormían y, según cuenta la leyenda, el proyectil vino a dar contra aquel puntal, provocando un derrumbe catastrófico. No me consta la realidad de este suceso, pero me lo contaron como cierto.

Bastante alejada de la casa principal se alzaba *La Granja,* donde Francisco, doña Gabriela y su familia criaban gallinas y conejos.

Enrique Dupin se encargaba del casco de San Ignacio y era tan republicano que a dos perros que tenía les había puesto *Franco* y *Mola.*

En los altos de un galpón de San Ignacio se conservaba un pequeño Citroën deportivo, de dos plazas, amarillo con ruedas negras, fabricado a principios de los 20 y quizá antes. Mi hermano Cruz consiguió hacerse de él, logró que funcionara y lo tuvo bastante tiempo. Pasó luego a manos de unos primos nuestros que, finalmente, se lo cambiaron a sus fabricantes por un último modelo. Haciendo un pésimo negocio pues el cochecito era una pieza de museo.

Respecto a La Celina diré que era una estancia de trabajo, donde predominaban los aspectos prácticos sobre los estéticos. La casa, de una planta, con techo de fibrocemento, fue creciendo a medida que aumentaba el número de sus pobladores. La precedía un amplio sector sombreado por olmos y pavimentado con huesos molidos a medio quemar. En una zona del parque, convenientemente cercada, pastaban bastantes ciervos y, en un potrero contiguo al casco, había una pista de aterrizaje ya que los Zuberbhüler se manejaban en avión (diría que Ricardo tuvo un Piper e Ignacio un Stinson).

Mayordomo de La Celina era don Manuel de la Villa, un español correctísimo que, a la vuelta de los años, tendría su propia estancia. El mecánico del establecimiento se llamaba Sebastián y era sordo como una tapia.

Otras estancias de la zona eran *El Tordillo*, de Cochonga Unzué; *San Sebastián*, de los White; *El Deseado,* de Campion; *San Joaquín*, de Repetto; *El Cariño,* de Mario Mom; *El Casal,* del Rubio Arias Usandivaras; *Bersée,* de Paul Hary; *La Irenita* de Perkins y *La Paz*, de Zuberbhüler.

Matizaré este salpicón referido a estancias informando que mayordomo de El Tordillo era Roberto Best, un inglés con aspecto de inglés y fama de exagerado (por así decirlo), a cuyo respecto se hizo famoso el cuento siguiente:

Cierta mañana volvió de recorrer don Roberto y, al entregar el caballo a un peón, le comentó:

—¿Sabe que he visto como quinientos víboros *a la orilla de la laguna?*

Incrédulo pero respetuoso le contesta el paisano:

—¿Quinientas víboras? ¿No le parece mucha víbora, don Roberto?

—Bueno, si no eran quinientos serían trecientos víboros.

—Así y todo, trescientas víboras son mucha víbora.

—Digamos cien víboros.

—Vea que siguen siendo una barbaridad de víboras.

—Mire, habría cincuenta víboros *y no le rebajo un* vívoro *más*[5].

San Sebastián era administrado por Polito Frías y los White, Roberto y Emilio, viajaban allí con frecuencia. A El Deseado íbamos poco. Tampoco íbamos mucho a San Joaquín, aunque papá tenía buena relación con Repetto. En cuanto a Mom, era un reconocido cultor de las tradiciones gauchas, andaba vestido de criollo con unas botas que tenían el escudo nacional bordado en las cañas y era dueño de un famoso caballo de trote que se llamaba *Don Tinto.* De Paul Hary, dueño de *Bersée*, ya he hablado en mi libro anterior. A *La Irenita* creo haber ido una sola vez y respecto a *La Paz* acotaré que tío Ignacio Zuberbhüler escribió un pequeño libro de evocaciones camperas donde le dedica páginas, sencillas pero llenas de sugestión.

5 Tomado de mi libro *Comparancias y sucedidos*.

Capítulo 2

Edad Antigua

La familia se instaló en Huinca Hué a mediados de 1936. Mis recuerdos más lejanos, sin embargo, no se sitúan allí. Quizá porque, tratándose del entorno habitual de nuestras existencias, los sucesos que lo tuvieron por marco no revestían ese carácter excepcional que contribuye a que se nos graben en la memoria. De manera que tales recuerdos se vinculan con estadías fuera de la que era nuestra casa.

Uno corresponde a la temporada que pasamos en el *Hotel Royal*, de Buenos Aires, que ocupaba la esquina de Lavalle y Florida, sobre *James Smart*, con entrada por Lavalle. La estadía tuvo como motivo el nacimiento de mis hermanos mellizos Luis Bernardo y Luis Esteban, en marzo de 1938, cuando yo tenía algo menos de tres años y medio. Me acuerdo que con mis hermanas Agnes y Cati corríamos por los pasillos del hotel; que papá estacionaba el coche en Lavalle, frente a la puerta; y que fue entonces cuando se incorporó a la familia Carmen O'Neill, *Meme*, que vino para ayudar a mamá e inició su relación con nosotros sentándose sobre el sombrero que papá había dejado en el asiento trasero del auto. Accidente que no fue obstáculo para que la vinculación así iniciada se mantuviera hasta el día de hoy, estrechísima, luego de casarse Meme con papá después de enviudar éste. (A los pocos días de haber escrito yo este párrafo, murió Meme con noventa años recién cumplidos).

Los otros dos sucesos ocurrieron en Cume Co, la ya mencionada estancia de mi tío Rolo. El primero fue una temporadita que pasamos allí, determinada por un viaje de papá y mamá a Buenos Aires, ocasión en la cual pasamos algunos días en la casa chica del casco, donde por entonces vivía el mayordomo y funcionaba *la escribanía*, vale decir

un cuarto grande provisto de un escritorio muy alto, con el tablero inclinado y un par de tinteros de loza insertos en él. Una lámpara de pantalla verde colgaba del techo. El segundo suceso tuvo lugar más tarde, en la casa principal, cuando me mandaron a dormir siesta mientras los mayores almorzaban. Me acuerdo que, desde el cuarto en penumbras que ocupaba, en el piso alto, se oían las animadas conversaciones mantenidas abajo. Me acuerdo también que, insomne, di con una tijera que estaba en un cajón. Y que, no sé si por curiosidad científica o en son de protesta, me corté el pelo con ella, dejándome unos tremendos lamparones en la cabeza. El reto que ligué fue severísimo y, al día siguiente, Narciso Velazco, el peluquero de Pirovano, procedió a raparme al ras.

***

Algunas de las niñeras que pasaron por casa fueron Elvira Álvarez, Etelvina Magadán, Miss Mary (cuyo nombre completo no recuerdo y a quien los mellizos llamaban *Leque*), Miss Dolan (estuvo poco tiempo, monísima, de familia irlandesa, prima o sobrina del padre Dolan, pasionista) y Delia Fernández Vergara que, ya grande, se casó con un general de la Nación.

Mamá tuvo sus últimos hijos en Huinca Hué y, para colaborar en el trance, a veces viajaba desde Buenos Aires Marcela Young, enfermera especializada en esos menesteres.

***

Durante todo este período que aquí he denominado *Historia Antigua* y que podría extenderse hasta promediar los 40, más o menos, papá encaró la explotación de su campo con un acentuado espíritu de progreso que lo llevó, incluso, a elaborar y poner en práctica teorías avanzadas, cuyo acierto confirmaría el transcurso del tiempo. Una de ellas sostenía las ventajas de lo que mucho después se conocería como *siembra directa*, es decir sembrar evitando arar previamente a fin de conservar el mantillo vegetal que, de otro modo, sería sepultado por la vertedera de la reja. Tal procedimiento, unido a la utilización de poca semilla por hectárea, lo experimentó con éxito en un cuadro contiguo al parque, actualmente lindero a la ruta provincial que lleva a Daireaux.

Reflejo de dicho empuje fue la adquisición, en 1939, de un excelente equipo de tractor y cosechadora *Massey Harris*, como así también el hecho de asistir papá regularmente a la Exposición Rural que se realizaba anualmente en Henderson, a fin de informarse sobre las novedades que se registraban en materia de explotación agraria. Allí compró mamá el primero de los telares que utilizó, un telar chico con el que tejió fajas y bufandas que llegó a exponer en el mismo sitio.

Había en casa un rodeo de vacas lecheras, *holandesas,* las primeras de las cuales creo que fueron regalo del Gordo Pacheco y se llamaban *La Charata, La Milonga* y *La Martona.*

Después la actitud de mi padre fue cambiando. Y, por motivos que presumo más vinculados con la emulación de los patriarcas bíblicos que con la obtención de lucro, decidió dedicarse a la cría de ovejas, optando por las *Romney Marsh.* Finalmente, casi desinteresado ya de los afanes temporales, abandonó la explotación personal de su campo y lo arrendó a terceros. O, mejor dicho, *a tercero*, pues su único arrendatario, a través del tiempo, fue Ángel Borrego, con quien ajustaba sus tratos de palabra.

Promediando los 40 vi trabajar la que, seguramente, ha de haber sido una de las últimas trilladoras que funcionó en la provincia de Buenos Aires. Pertenecía a Paul Hary y llegó a Huinca Hué como un largo trencito, arrastrado por una especie de locomotora a vapor que constituía su planta motriz y, ya en funciones, se alimentaba con la paja del rastrojo donde operaba. Tras ella venía la trilladora propiamente dicha, un acoplado, una casilla y un tambor para agua montado sobre dos ruedas. Como aquel convoy era muy ancho y no pasaba por las tranqueras, para entrar en los campos y pasar de potrero en potrero era necesario remover un tramo de alambrado, contiguo a algún torniquetero.

Instalada la máquina y su motor, unidos por una larga polea, un enjambre de rastras traía el cereal para que aquélla separara el grano de la paja, que, molida, salía por un tubo, acumulándose hasta formar una *hera,* donde los chicos nos zambullíamos, corriendo el riego de que la *granza* nos ahogara en sus profundidades, cosa que una vez casi sucede.

A cargo del equipo vino Héctor Larrieu, un francés que trabajaba en Bersée. Y, entre quienes lo conformaban, se contaba Silva, un negro de origen africano, cuyo color contrastaba con el pelo rubio de mi

hermano Cruz, a quien Silva cargaba en brazos, muerto de risa, para permitir que se apreciara el contraste.

Acaso correspondiente a esa época sea el recorte de un diario de Daireaux, sin fecha, que encontré dentro de un álbum de fotos y que dice:

HURTO EN PIROVANO

En Pirovano, denunció ante la policía de ese lugar el señor Luis Francisco Gallardo que en el establecimiento de campo "Huinca Hué", ubicado en esa zona, sorprendió días pasados a una persona no identificada, de 33 a 35 años de edad, en evidente actitud delictiva, que al verse descubierta huyó montando a caballo; posteriormente Gallardo constató que le había sido robada una bolsa conteniendo carne ovina. La policía procura la individualización y detención del autor del hurto, instruyendo sumario con conocimiento del juez penal de Azul, doctor Puyou.

No recuerdo yo ese asunto, aunque tengo idea de que, alguna vez, papá corrió a tiros a algún intruso, denunciando luego el caso a la policía para ponerse a cubierto de ulterioridades.

En cuanto a su interés por conservar las tradiciones pampeanas, lo llevó a celebrar alborozado la aparición de una vizcachera en la esquina de un potrero, cosa que los vecinos no terminaban de entender.

***

La Navidad constituía el gran acontecimiento anual. Hasta el punto que, para nosotros, un año era el lapso que se extendía entre una Navidad y otra. En lo que me respecta tardé bastante en enterarme de que no era el Niño Jesús quien nos traía los regalos durante la Nochebuena, en parte por inocencia y en parte quizá porque me resistía a dejar de creerlo.

El procedimiento establecido consistía en que todos los hermanos dirigíamos una sola carta al Niño Dios, en la que detallábamos qué queríamos que nos regalara a cada cual, si bien, por cortesía, le dejábamos la opción de obsequiarnos otra cosa si le parecía oportuno (aunque

confiábamos en que no se tomara esa libertad). La carta, puesta en un sobre cerrado donde figuraba claramente el nombre del destinatario y su domicilio (el cielo), se dejaba en la chimenea del *living* y allí permanecía cierto tiempo. Por la mañana, una de las primeras cosas que hacíamos era ir a ver si la carta había desaparecido, causándonos una fuerte desilusión comprobar que no era así. Cuando eso ocurría por fin, investigábamos concienzudamente si el ángel que oficiara de cartero había dejado alguna huella en la ceniza del hogar.

Si bien nunca se nos ocurrió vincular ambos sucesos, poco después de desaparecida la carta también desaparecía mamá que, casualmente, debía viajar por esas fechas a Buenos Aires. De donde regresaba cargada de paquetes, cosa que tampoco asociamos jamás con la proximidad de Nochebuena.

De chico tenía yo la obsesión de la Edad Media y vivía pensando en castillos feudales, caballeros, torneos y armaduras. De manera que resultó muy natural que en algún momento le pidiera al Niño Jesús un yelmo y una espada. Y sucedió que mamá se volvió loca buscando en la capital los objetos solicitados por mí. Pudo por fin cumplir el encargo y llegó de regreso a Huinca Hué trayéndolo, feliz por su éxito.

Días antes de Navidad le dije a mamá que aguardaba ansiosamente los regalos solicitados. Y agregué:

—*Espero que no sean de cartón.*

Mamá se demudó. Pues, luego de reiterados fracasos, se le había ocurrido ir a una sastrería teatral donde, con gran alegría de su parte, halló por fin un yelmo y una espada... de cartón.

Le comunicó su drama a papá. Y éste tuvo una idea genial. Le llevó aquellos implementos a Grande, el hojalatero de Pirovano, pidiéndole que, con la premura del caso, intentara copiarlos en chapa. Cosa que logró Grande, revelando suma habilidad para cumplir su cometido.

A mí me encantaron mis regalos y no los dejaba ni a sol ni a sombra. Tanto fue así que papá entró un día al baño y me encontró sentadito en el trono, totalmente desnudo, con el yelmo puesto. Lo cual le inspiró el comentario siguiente:

—*Hijo, parecés David.*

Asistíamos a Misa del Gallo en Pirovano, concurriendo a ella con nuestras mejores galas. Que, en mi caso, eran las bombachas blancas,

que usaba sólo en contadas oportunidades. La iglesia del pueblo, diseñada por mi tío abuelo Estanislao Pirovano (*Tano*) –que introdujo en la Argentina el estilo Tudor– se llenaba en la ocasión, ya que también concurría gente que no volvía a pisarla el resto del año. Las luces brillaban y un coro de chicos intervenía en los pasajes previstos por la liturgia, acompañados por el órgano (armonio) pues a nadie se le hubiera ocurrido pensar que en la iglesia pudiera utilizarse un instrumento que no fuera ése.

Carlitos Ibarguren me contó que, en la parroquia de General Madariaga, había un coro de paisanitos, en una de cuyas participaciones repetía con convicción:

Pal cielo, pal cielo, pal cielo quiero dir...

Pero volvamos a la Misa del Gallo en Pirovano, durante la cual nosotros ocupábamos un par de bancos, en los que, como cualquier domingo, permanecíamos un rato al concluir la ceremonia para rezar algunas oraciones que dirigía papá por lo bajo. Al salir, bajo el enorme plátano que había delante de la iglesia, todo el mundo se saludaba, deseándose una feliz Navidad.

Entre las personas con las cuales se intercambiaban saludos figuraban los Massaux; las hermanas Oliver (Francisca y María) y sus sobrinos; Norberto Branca y su mujer; Abel Tamborenea y la suya; Virginio Garegnani; Chela García, la mujer de Ángel Borrego; las Lozano (Leonor y Nereida); quizá la mujer de Narciso Velazco, las Álvarez y la gente de las estancias que hubiera empezado su veraneo.

Norberto Branca ya tenía unos cuanto años y era un hombre importante, que cierto domingo se apareció con una capa magnífica, con botonadura de plata, traída por él de Italia en un viaje reciente. Prenda que ocasionó el siguiente comentario de tío Rolo, que no era muy diplomático:

—*¡Qué buen capote de vigilante te has echado!*

Concluidos los saludos, cada mochuelo a su olivo, como dirían en España. Nosotros a casa, donde nos esperaba a veces un pavo o un ganso preparados por mamá, pan dulce del mismo origen y una buena provisión de sidra (*Tunuyán, Real, La Victoria, La Farruca*),

que reemplazaba con ventaja a un champagne que no recuerdo haber tomado jamás en Huinca Hué.

Mientras se prolongaba la celebración gastronómica en el comedor, la puerta del *living* permanecía cerrada con llave, colocado previamente un zapato de cada uno frente a la chimenea, en espera del ángel que traería los regalos.

A nosotros nos interesaba abreviar la estadía en el comedor para que, desalojado el piso bajo, dispusiera de más tiempo el celestial comisionista para realizar su tarea. Consumidos por la expectativa, pasábamos la noche en tensa duermevela.

Despertábamos con el alba, pero nadie debía bajar hasta que lo hicieran mamá y papá. Que se tomaban su tiempo para ello. Tanto que, cuando lo hacían, pese a las normas establecidas, invariablemente había ya un grupo de chicos ansiosos esperando frente a la puerta del *living*. Por cuya cerradura habíamos espiado sin éxito, pues el cuarto tenía las ventanas cerradas y la penumbra impedía enterarse del aspecto que ofrecía su interior.

Por fin, parsimoniosamente, papá empleaba la llave y abría la puerta, precipitándose el malón infantil por la entrada recién franqueada. En medio de un gran barullo cada cual se apoderaba de los paquetes agrupados junto a su zapato. Abriéndolos precipitadamente para enterarse de su contenido, que, habitualmente, provocaba gritos de alegría y admiración. Mamá y papá sonreían al oírlos.

***

Por esos años solían llegar visitas a casa, que pasaban una temporadita con nosotros. El visitante más asiduo era tío Guillermo, mi padrino, con quien papá tenía especial afinidad. Tío Ángel León y tía Beatriz también estuvieron varias veces, Teresa una sola. Los parientes Pirovano, como veraneaban en las proximidades, venían seguido.

Llegaba de Buenos Aires Enriquito Ruiz Guiñazú, primo hermano de papá que, pese a haber sufrido una parálisis que le dejara secuelas evidentes, manejaba su propio automóvil, un Ford 36 negro con ruedas coloradas.

Apenas construido el casco estuvieron *el gordo* Cullen y Luis González Moreno, que regresaría años más tarde piloteando un avión biplano que formaba parte de una escuadrilla de tres aparatos. Felipe Yofre estuvo una vez. También *Choncho* Sundbladt, que era unitario y usaba una rastra en cuyo tirador, escrito con monedas de plata, podía leerse: *Viva Juan Lavalle.* Lo cual contrastaba con un cuchillo que mamá compró en la Casa Pardo y le regaló a papá, concluyendo en mi poder. En el cabo y la vaina de ese cuchillo dice: *Viva Rosas, Rosas héroe del desierto, Viva la mazorca y Viva la Federación.*

Sin agotar la lista mencionaré por último a Santiago Estrada y a Manolo García Verde, visitantes asiduos de Huinca Hué, al igual que Paul Hary, quien vivía cerca.

***

¿Cómo era nuestra vida cotidiana en el campo? Por lo pronto, poco campera. Nadie madrugaba y papá menos que menos pues se acostaba muy tarde, leyendo o escribiendo. Mamá nos daba clases por la mañana, si bien, más adelante, los varones iríamos a recibirlas en Daireaux, viajando hasta allí a caballo, en sulky o en bicicleta. Almorzábamos hacia la una y media, la siesta era de rigor y, concluida la misma, se hacía algún paseo a caballo y, pasado el tiempo, jugaríamos al fútbol o a la paleta al caer la tarde. Durante una época los varones boxeábamos entre nosotros o con los peones. Ya anochecido, la campana de la ermita hacía oír el toque del Ángelus, convocando a patrones y peones para rezar el rosario, que concluía con el canto de la Salve en latín. También se invitaba a los linyeras para acompañarnos, cosa que hacían con frecuencia. Se terminaba de comer después de las diez de la noche, se charlaba un rato en el *living*, a veces oíamos por radio alguna pieza de teatro de Paquito Bustos (un cómico olvidado) y, próxima la media noche, todo el mundo se había ido a dormir, salvo papá, cuya pipa saturaba el ambiente con el agradable aroma del tabaco *Pullman* que consumía.

Los domingos la familia partía a misa en bloque, dirigiéndose por lo general a Pirovano y de vez en cuando a Daireaux. Aunque luego habría otros, asocio la parroquia de Pirovano con el benemérito sacerdote catalán Luis Castells, al que sucedió el padre Villa; y la de Daireaux

con el padre Köenig, a quien precedió el padre Torres. En los primeros tiempos, concluida la misa de Pirovano, desayunábamos en lo de Massaux. Después lo haríamos a bordo de *la micro* (Curro Verdiales), utilizando para ello termos de café con leche preparados al efecto.

Cada tanto había misa en la ermita de Huinca Hué (ermita *Del Ave María*), donde también se realizaron bautismos y confirmaciones, éstas a cargo del obispo de Azul que, en mi lejana infancia, lo era César A. Cáneva. Monseñor Cáneva había sido un esforzado misionero que anduvo por las tolderías en ocasión de una epidemia de viruela y que, para evitar el contagio sin abandonar su ministerio, respiraba a través de un toscano cuando visitaba a las víctima del mal. A raíz de ello siguió fumando pestilentes tagarninas toda su vida. De visita en Pirovano, una mañana me preguntó qué prefería ser cuando llegara a grande: obispo o bombero. Naturalmente le respondí que bombero y él consideró muy acertada mi elección.

Papá llevaba estrecha cuenta del número de asistentes a las misas de la ermita, como así también de las comuniones que allí tenían lugar. Además de bautismos y confirmaciones, fueron muchos los matrimonios que se celebraron en ella. Entre otros los de algunos vecinos y el de Adelina Cuello y Vicente Hoyos, que trabajaban en casa.

Más arriba mencioné el pueblito que papá hizo edificar para los chicos, anunciando que volvería sobre el tema. Cosa que hago ahora para explicar que aquel pequeño pueblo constaba de cinco casas, una iglesia y una fortaleza, a las cuales se sumaría luego una especie de *igloo* o nido de hornero. Las casas eran de mis hermanas mellizas, Luis Esteban, María y Celina; la iglesia de Luis Bernardo, el nido de hornero de Rosarillo y la fortaleza mía. Estaban construidas en adobe, con techo de *ondalit* acanalado. Cada casa tenía su cocinita o fogón, la iglesia un altar con la Virgen de Luján y el fuerte una torre almenada a la cual se subía por una escalerita interior. En las casas de Agnes y Cati se habían colocado unos mueblecitos franceses, para chicos, que venían de Epú Lauquen y que copiaban, en miniatura, el mostrador y las estanterías de un almacén: en lo alto de las estanterías decía *Epicerie.* Adornaba el centro de la placita un monumento al general San Martín, consistente en la auténtica *maquette* de la estatua del prócer, obra de Juan M. Ferrari, que ocupa lugar preferente en el Cerro de

la Gloria, Mendoza. Creo que aquel boceto escultórico se lo habían dado a Tatita y, muchos años después, papá se lo regaló o cambió a tía Beatriz, que lo colocó en un rellano de la escalera que llevaba a la planta principal de su casa, en Avenida de los Incas. A un costado de la plaza funcionaba una bomba de mano, así que el pueblito contaba con agua. Su constructor fue don Felipe Cordero, albañil que vivió mucho tiempo en Huinca Hué y que, para llevar a cabo la obra, siguió precisas indicaciones de papá. Yo solía encerrarme en el fuerte para jugar al dominó con Carlos Blanco, hijo del encargado, de quien hablé en el libro del que éste es complemento.

***

A fines de los 40 empezaron a jugarse los partidos de fútbol, también mencionados en mi libro anterior. Constituían todo un acontecimiento y, para concertarlos, mantenía yo una correspondencia de lo más formal con otros capitanes de equipo. Conservo algunas de esas cartas, enviadas por jugadores de El Tordillo y La Celina. Con los cuadros del pueblo no hacía falta mandar cartas pues, en Daireaux, se encargaba de armar los partidos *Rulo* Guergo, arquero de mi equipo, y respecto a los de Pirovano, me ponía yo en contacto con un muchacho Nieto, empleado del ferrocarril.

Cuando Leopoldo Seisdedos empezó a trabajar en casa, era frecuente que los domingos, si no teníamos fútbol, nos dedicáramos a cazar liebres, caminando todo el día en procura de ellas, carabina al hombro. Hace pocos días, mientras escribía estas páginas, me llamó Leopoldo a casa para felicitarme por mi inminente cumpleaños. Y para anunciarme que, a fin de celebrar la fecha, me enviaba un motociclista (ahora les dicen *motoqueros,* no sé bien por qué) con una botella de vino y el jamón de un jabalí cazado por él en La Pampa. El regalo dio lugar a una comida en casa, con Jorge Ferro, Eduardo Allegri, Juan Martín Devoto, Luis Seligmann, Alex Ballega y sus respectivas mujeres, amén de Iván Agote, Rosario y yo. Como la reunión resultó sumamente agradable y se tocaron algunos temas de interés, Allegri propuso repetirla, institucionalizarla y denominarla *Jornada nacional del jabalí de seis dedos*, nombre con reminiscencias tolkenianas, enigmático y atractivo, que podría llegar a encubrir las actividades más variadas.

Retomo el hilo de mis recuerdos para señalar que son dignos de mención, asimismo, los viajes que hice en sulky con mis hermanos Luis Bernardo y Luis Esteban, a fin de que nos dieran clase distintos profesores. Y digo que son dignos de mención pues durante el trayecto cometíamos algunas tropelías. Consistía una en cascotear un *excusado* de chapas que no quedaba lejos del camino, al entrar en Daireaux. Los cascotazos sonaban de lo lindo y una vez, en medio del estruendo, salió del bañito un viejo levantándose los pantalones e insultándonos de arriba abajo.

Cerca de Epú Lauquen había una tranquera con un candado de bronce. Donde invariablemente hacíamos alto para, por turno, regar el candado. Que, con el paso del tiempo, adquirió un bonito color verde esmeralda.

Nuestro hermano Cruz hizo aquel recorrido años después, cuando Daireaux contó con un colegio secundario. Empezó por viajar en un sulky provisto de capota y parabrisa al cual denominó *El terror de los caminos;* después, utilizó una moto *Puma.*

Advierto ahora que, llevado por el hilo de los recuerdos, he traspuesto las fronteras de la *Edad Antigua* que es materia de este capítulo. De modo que aplico el freno y doy máquina atrás para reubicarme cronológicamente.

Capítulo 3

Alta Edad Media

¿Cuál es el período que podría denominar *Alta Edad Media* en estos recuerdos? Digamos que el que se extendió entre mediados de los 40 y los tiempos inmediatamente anteriores a mi zarpada de Huinca Hué para hacer la conscripción pues, concluida la misma, sólo volvería al campo por poco tiempo, para instalarme luego en Buenos Aires a fin de estudiar Derecho e iniciar una etapa diferente de mi vida.

En el otro libro incluí bastantes referencias vinculadas con este período, de modo que ahora evocaré tan sólo situaciones allí omitidas por resultar demasiado de entrecasa. Que no son muchas, por cierto.

Se impone, por lo pronto, hacer referencia a la importancia que revestía el ferrocarril en nuestra existencia campera. Pues constituía el nexo entre ésta y la ciudad lejana, donde ocurrían los sucesos importantes y donde habitaban personas vinculadas con nuestra familia que apenas conocíamos.

Ver pasar el tren ya constituía un programa de por sí. Pues no dejaba de ser un espectáculo observar su avance entre las cortaderas que flanqueaban la vía, agitadas por la onda generada por el paso del convoy y envuelto éste por la humareda de la locomotora, fragante a carbón de piedra y, a partir del comienzo de la Segunda Guerra, a carbón de leña o a quebracho.

Pero el espectáculo resultaba aún más emotivo si, en vez de presenciarlo de lejos, uno tenía la suerte de hallarse en el andén de la estación, cuyo piso de piedra se estremecía al llegar la formación, acompañada por el resoplido decreciente del vapor que impulsaba los émbolos de la máquina.

Y qué decir de la suprema emoción que suponía abordar el tren cuando, muy excepcionalmente, uno tenía el privilegio de viajar en él, reemplazando la condición pasiva de espectador por la activa de pasajero.

En nuestro caso, el que nos llevaba a Buenos Aires era nocturno, de manera que ya constituía un programa excepcional la trasnochada que suponía tomarlo. Esperábamos en el coche, mientras la brisa silbaba en las casuarinas de la estación. A todo esto me referí en un soneto que escribí no hace mucho y que dice:

Recuerdo emocionado los trenes de mi infancia,
movidos por la fuerza sonora del vapor,
que con marcha segura recorrían la distancia
y tenían, no lo olvido, determinado olor.

A carbón importado de Inglaterra o de Francia,
a sopa de verduras del vagón comedor,
a algún desinfectante de higiénica fragancia,
al aroma a barniz que acentuaba el calor.

Son olores lejanos, que cobran importancia
pues poseen un fuerte poder evocador,
ya que me hacen presentes los viajes a la estancia,

las esperas nocturnas y el súbito temblor
del suelo que de pronto se movía en consonancia
con el sismo que el tren producía en derredor.

En uno de esos viajes, mientras desayunábamos con papá en el vagón comedor, vimos una construcción, próxima a la vía, con un cartel identificatorio que decía: *LA TARANTELA, de ricotta y mozzarella.* Como el texto resultaba incongruente nos llamó la atención y, desde entonces, forjamos un pequeño rito tácito: en cualquier momento, sin previo aviso, uno le decía al otro: *la tarantela*; a lo cual se debía responder: *de ricotta y mozzarella.* Aunque, en realidad, nunca dijimos *mozzarella* sino *musarela.* Años después quedaría aclarado el punto cuando, casualmente, vi en la calle una camioneta de reparto en cuya caja se leía: LA TARANTELA, *fábrica de ricotta y mozzarella.*

Al llegar a Constitución todo resultaba novedoso y fascinante. Desde las enormes bóvedas transparentes que cubrían la convergencia del dédalo de vías, hasta la pequeña locomotora que, dentro de una caja de vidrio, se ponía en marcha y encendía su faro si uno depositaba una moneda en la correspondiente ranura. También me llamaban la atención los largos paragolpes que, como cañones costeros, estaban emplazados donde concluían los rieles. Y las zorras eléctricas que se desplazaban por las plataformas, haciendo sonar, para abrirse paso, una campana que el conductor accionaba con el pie. Apenas abandonada la estación, recuerdo que se aspiraban dos aromas que aún asocio con la ciudad: el de la nafta y el de las medialunas.

***

En aquellos viajes nos solíamos alojar en lo de tío Ángel León, Lavalle 553, entre Florida y San Martín; en lo de tío Guillermo, Callao 1870, casi esquina Avenida Alvear, piso 1°; en lo de tía Hebe, esquina de Agüero y Güemes; o en lo de Mamacata, Parera 61, piso 3°. También lo hicimos en La Chacra, calles Pardo y Riccheri de Bella Vista. En cuanto a mí, lo hice asimismo en lo de Estrada, en Callao al 1500, piso primero. Me ocuparé brevemente de cada uno de estos domicilios transitorios.

De lo de tío Ángel León ya hablé en mi primer libro. Agregaré no obstante que se trataba de una casa muy sombría, llena de grandes muebles. Contaba con un oratorio donde en una época estaba el Santísimo y en el cual celebró misa Don Orione (hoy santo) muchas veces. En el comedor colgaba un cuadro importante que representa el Río Negro, en el Uruguay, a la luz de la luna, que tiene actualmente mi primo Francisco. Junto a la chimenea del *living* había un zapato de conquistador, enorme, pesado, de cuero durísimo. Y arriba, en su estudio de arquitecto, tío Ángel León tenía un bisturí que el tío Ángel (médico, tío de Tatita, que murió joven en París) utilizara en la Guerra del Paraguay. Era algo curvo, de dos filos, con cabo de madera y alguna mancha en la hoja que sugería cosas horribles.

Yo me llevaba muy bien con mis primos Gallardo Demarchi, que eran bastante salvajes. Desde una ventana sobre Lavalle les tiraban a las palomas posadas enfrente, calle por medio, sobre una cornisa. Y

es de imaginar la sorpresa de los transeúntes cuando les caía encima una paloma muerta. También disparaban con Mauser contra el fondo de una chimenea, recubierto con ladrillos refractarios que saltaban en pedazos.

Lo de tío Ángel León lindaba con el restaurant alemán ABC, aún existente en el mismo lugar. Y en las cocinas del mismo preparaban *chucrut*, cuyo olor a repollo podrido invadía la zona. Debido quizá a que el aroma no le gustaba, Francisco se las arregló cierta vez para, desde un piso alto de su casa, embocar una manguera en la chimenea de dichas cocinas. Según me contaron –no fui testigo de la hazaña– la inundación fue tremenda, subiendo humo, vapor e imprecaciones teutónicas en abundancia. Como la manguera fue retirada a tiempo, parece que las víctimas del atentado nunca supieron su origen. Actualmente Francisco niega la veracidad del suceso. Yo lo cuento como me lo contaron.

Se le atribuía asimismo a Francisco haber tirado, durante unas vacaciones en que la casa estaba vacía, una bomba Molotov que dejó caer en un patiecito de aire y luz contiguo al comedor: parece que la llamarada alcanzó hasta el tercer piso. También esta historia es negada por mi primo.

El servicio estaba a cargo del matrimonio de gallegos que formaban Aquilino y Olimpia, que tenían un hijo llamado Genaro.

***

En lo de tío Guillermo el escritorio de éste se encontraba a la izquierda, en cuanto se cruzaba la puerta de entrada. Tenía balcón a la calle y un caos de papeles era su característica más notoria. Papeles de entre los cuales tío Guillermo se las arreglaba para extraer aquellos que le interesaban para sus investigaciones históricas, que eran muy serias y, a la vez, sumamente divertidas, pues solía abordar temas tan atractivos como el de las cautivas por los indios o el de los perros cimarrones. En el *living* contiguo había un retrato al óleo de Marta, pintado por Mariette Lydis y otro, a lápiz, de Sarita, por la misma autora.

Un largo pasillo unía la recepción con la zona de dormitorios y, a mitad del pasillo, había un toilette en cuyo espejo se pegaban mensa-

jes, dibujos extravagantes y frases absurdas, recortadas de cualquier lado. En las paredes aparecían, dibujadas a lápiz, unas viejas horribles que Gui, su autor, había bautizado *estalafontas.* Como regalo para Marcelo Ordóñez, también había dibujado Gui una estalafonta en un baño del segundo piso de La Chacra. Era medio calva, estaba llena de verrugas, me parece que le faltaba un ojo y el que conservaba aparecía estriado de venitas.

Tío Guillermo tenía un mucamo japonés que se llamaba Toioshiro y le decían Toio (quizá haya que escribir *Tojoshiro* y *Tojo,* no lo sé). Sarita, mi prima, llena de inquietudes apostólicas por entonces, decidió enseñarle el catecismo a Toio. Que la oía en silencio, con mucha atención. Al terminar la clase, le preguntaba:

—*¿Entendiste, Toio?*

—*Sí* –respondía el interrogado. Y, para demostrarlo, agregaba: —*Después que yo muera: flor.*

Pese a sus buenas intenciones y a haberle dado varias clases, Sarita nunca pudo sacarlo de ahí.

El final de Toio fue trágico. Le apasionaba jugar a la ruleta y se pasaba todo el año perfeccionando una martingala que, llegado el verano, durante sus vacaciones, llevaba a la práctica en el casino de Mar del Plata, perdiendo indefectiblemente. Hasta que por fin la martingala funcionó y Toio ganó una fortuna. Motivo por el cual lo asesinaron, ahorcándolo con un sedal de pescador.

Tío Guillermo era mi padrino, me hizo magníficos regalos y yo lo quería mucho, aunque me cohibía algo. Entre otras cosas me regaló una bicicleta inglesa *Sunbeam*, con la cadena en baño de aceite, un cuchillo de alpaca, un cuadro bueno que representa la flagelación de Jesús, un sable alemán de caballería correspondiente a la guerra francoprusiana. Era oficial de la reserva, habiendo alcanzado el grado de teniente o teniente primero después de hacer varias maniobras. Académico de la Historia, gozaba de un gran prestigio entre la gente que lo trataba. Con el paso del tiempo nos hicimos amigos, salvadas de algún modo las distancias que separan a un muchacho de un hombre grande. Concurrimos juntos a varios de los congresos que organizó la Secretaría de Cultura mientras la presidió July Gancedo. Y, cuando

a mí me nombraron director de Ediciones Culturales Argentinas, tío Guillermo solía ir a visitarme para conversar en mi despacho y lo hacíamos despaciosamente. Jorgito, su hijo, en una ocasión me dijo algo que me impresionó: *vos sos el hijo que papá hubiera querido tener.*

***

Lo de tía Hebe es un caserón que todavía se alza en la esquina de Güemes y Agüero. Cuenta con jardín y entrada para coches. Allí vivían la dueña de casa, viuda de Rafael Girondo, hermano de Oliverio, el poeta; Elsa, hermana de aquélla, soltera; y un tercer hermano, Mango, que se casó tres veces luego de enviudar dos. También estaba en Güemes tía Angelina, pero no me acuerdo si porque vivía allí o porque siempre iba de visita.

Tía Hebe tenía un estupendo Nacimiento napolitano, enorme, que prestaba para algunas exposiciones de pesebres. También tenía una colección de trajes regionales españoles que era muy apreciada y sólo fue superada en importancia cuando Evita trajo gran cantidad de ellos, regalados con motivo de su célebre gira por España.

***

Ya viuda, Mamacata vivía en la calle Parera, entre Guido y Avenida Quintana. Con ella vivía tía Loty, mi madrina, también viuda, y su hija Carlota Chapar. La que se alojaba con preferencia en Parera era mamá, aunque también lo hicimos los chicos en varias oportunidades. Allí las mujeres de la casa ambulaban en enaguas con toda naturalidad. Y se comía una carne fría que, años después, Juan González Aguilar, ya novio de Carlota, denominaba *fiambre de dinosaurio* (el origen del asunto era un chiste donde aparecía un troglodita que, sentado a la mesa ante un plato, se quejaba a su mujer diciendo: *siempre dinosaurio, siempre dinosaurio*). Manuela era más que una mucama y tenía bastante mal carácter; Antonio, el cocinero portugués, había sido testigo presencial del milagro de Fátima, en 1917.

Me acuerdo que en la sala de Parera, en una mesita francesa que estaba junto a un sofá, había un pequeño grupo de porcelana muy fina,

que representaba una pareja con trajes del XVIII, él de pie, ella sentada bajo un árbol de verdes hojas, que yo me dedicaba a hacer saltar una a una, mediante un golpecito seco aplicado con el dedo.

***

Nuestra relación con La Chacra fue larga y variada. Era propiedad, a la sazón, de tía Beatriz y su marido, Manolo Ordóñez, que vivían allí con sus hijos. La entrada principal daba a la calle Pardo y había otra sobre Corrientes. Lindaba directamente con la fracción de tío Ángel León, pues aún no se había abierto entre ellas la calle Chubut, que hoy las separa. En lo de tío Ángel León estaba *el bajo,* amplio sector de monte espeso cruzado por alguna zanja, en medio del cual había una excavación que juntaba agua. El origen de esa excavación es el siguiente:

A poco de comprar La Chacra, don León Gallardo, nuestro bisabuelo, empezó a construir la casa principal, que aún se conserva, reciclada. Y ocurrió que, mientras se realizaban las obras, estalló la Revolución del 80, que enfrentó al gobierno nacional presidido por Avellaneda con los porteños que seguían a Tejedor. En virtud de ello se interrumpió el suministro de materiales, que llegaban por tren. Pero, para tener ocupados a los operarios encargados de la construcción, don León dispuso que se cavara un laguito en el bajo y que, con la tierra extraída, se levantaran algunas lomadas que dieran movimiento al terreno que rodea la casa. Alguna de ellas, considerablemente allanada por el paso del tiempo, aún puede observarse cerca del portón de Pardo. En cuanto al lago, se transformó en el charco ya citado.

En La Chacra tuvo lugar la fiesta donde se presentaron en sociedad mis hermanas Agnes y Cati. También allí se casó mi hermana María Jesús con José Ramón García Llorente. La casa estaba muy bien puesta y tenía cosas de valor, como un San Lucas de El Greco, una Minerva y una bañadera, romanas y de mármol ambas. El pintor Malanca, que más tarde adquiriría merecida fama, hizo un cuadro precioso del patio, donde aparece un jacarandá, antecesor del pacará actual.

Manolo era muy generoso y, cuando volvía de algún viaje al exterior, traía regalos para todo el mundo. Así me hice yo del primer *blue jean* que tuve, cuando aquí los únicos que había eran los llegados de

Estados Unidos, azul oscuro, de tela gruesa y muy dura. El mío era marca *Lee*. También me regaló tío Manolo un saco de *tweed* con chaleco, una pistola 22 y un libro con reproducciones de los cuadros de Quinquela Martín, dedicado por el pintor, a cuyo taller me llevó una vez, en atención a mi afición por el dibujo: pero ese día Quinquela no estaba en casa.

Siendo yo ya muchacho, solía participar de unas reuniones con chicas que se hacían en La Chacra los fines de semana, por la tarde, prolongándose durante la noche. A ellas concurrían María Laura Escalante, Lary Avellaneda, Adelita Santamarina, Martita Firpo, las Cornejo, Lía Guerrico y varias más. En cuanto a los mozos, puedo citar a Emilio Jorge Santamarina, Narciso y Emilio Ocampo, Diego Segura (que se casaría con Clara Ordóñez), Arturo Ossorio Arana (que sería cuñado mío), Raúl Guerrico, Ignacio Anzoátegui y Santiago Estrada, que iba conmigo.

Las calles de acceso a La Chacra no tenían pavimento y, cuando coincidían una fiesta y una tormenta, el tractor trabajaba a destajo rescatando automóviles empantanados o que se habían ido a la zanja. El encargado de la tarea solía ser Manuel Xavier, mi primo, que se divertía en grande cumpliendo ese menester.

Según expliqué en mi libro anterior, ya mudados a Buenos Aires Beatriz y Manolo, La Chacra se vendió a la entidad civil que posee algunos de los inmuebles donde desarrolla su labor apostólica el Opus Dei. Fue mi hermana Agnes quien tuvo la idea y dio las primeras puntadas para hacer posible la operación. En virtud de la cual terminaría yo haciendo muchísimos Retiros Espirituales en aquella finca que fuera teatro de mis juveniles escarceos galantes.

Recuerdo bien cuando, en 1975, participé de las febriles actividades que se efectuaron para dejar impecable la Casa de Retiros levantada en La Chacra, pues en ella se alojaría Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, declarado más tarde santo por la Iglesia, con quien tuvimos una entrevista en la salita que está a la izquierda de la puerta de entrada. Nos recibió a Mariquita y a mí; a Agnes; a Cati y a Arturito su hijo; a Luis Bernardo y su mujer Rochi Vidal Molina, quienes llevaron consigo a su hijo Gonzalito, que tenía una grave afección cardíaca, congénita, a cuyo respecto San Josemaría hizo una referencia nada alentadora. De esa reunión me acuerdo que, en un

momento dado, yo lo obligué a sentarse, tomándolo de los hombros y empujando hacia abajo, a raíz de lo cual me dijo: *eres un mandón.* Todo un desatino por mi parte.

Con relación al tema cabe apuntar que por La Chacra pasaron varios santos, reconocidos como tales o en vías de serlo: Camila Rolón, protegida por León Gallardo; Don Orione, especialmente vinculado con tío Ángel León, que fue el arquitecto del Cottolengo de Claypole, Josemaría Escrivá y Álvaro Del Portillo. No está definitivamente establecido si Don Orione llegó a estar en La Chacra, pero parece que sí.

En los años 40 tío Ángel León se construyó su propia casa en la fracción que le correspondió de La Chacra. Es una casa grande, colonial, con materiales antiguos obtenidos en demoliciones. También viví en ella varias veces y hoy es de Totín Pan Peralta, amigo de mi hijo Juan María.

Avenida Ricchieri de por medio, se hallaba otra fracción que había formado parte de La Chacra y pertenecía a los Bunge. Se llamaba *Los Robles,* tenía una casa de estilo húngaro o algo así, sugerido por uno de los destinos diplomáticos de Pancho Bunge, casado con tía Teresa Gallardo. Una excelente cancha de pelota a paleta se interponía entre la casa y las vías del ferrocarril Pacífico, actual San Martín, a fin de atenuar el ruido que hacían los trenes al pasar por allí.

***

En lo de Estrada me alojé una o dos veces, poco antes de hacer la conscripción. Amabilidad que aprecio ahora, pues el departamento no era tan grande como para absorber sin trastornos la llegada de un pasajero ajeno al hogar. Pasajero éste que presentaba el inconveniente suplementario de ser más vale corpulento y tener muy buen apetito, en una familia de gente menuda y frugal. María Estrada, que luego se casaría con Ricardo Mihura, recordaba que cierta vez me comí yo solo el contenido de una fuente de dulce de leche que estaba previsto alcanzara para todos. Y fue en el balcón de lo de Estrada donde hice algunos ejercicios de entrenamiento para mi *match* de box con Albertito Martínez Youens.

***

De un lejanísimo viaje a Buenos Aires recuerdo una visita al departamento en que vivía Papá Aquiles, donde, junto a la chimenea del living, se veía una ametralladora Colt, de refrigeración a agua, montada en su trípode, que había cumplido funciones durante una revolución paraguaya.

Otro lugar al que nos llevaban era al departamento del Edificio Estrugamou en que vivían Magdalena Cantilo, *La Nena,* viuda de Bullrich, su hermana Luisa y *Magda* Bullrich, hija de aquélla. De él sólo podría decir que era grande, que allí tomamos el té alguna vez y que La Nena, hermana de Mamina, solía coser o bordar junto a una ventana que daba a la calle.

Lo de tío Rolo Pirovano y su mujer, María Rosa Lezica Alvear, era en la Avenida Alvear, una casa estupenda, un poco sombría, con muchos cuadros valiosos y un cartón de Monet, que representaba unos nenúfares y que creo era el boceto para un tapiz. Más tarde se mudarían mis tíos al sexto piso de Parera 3; en el séptimo, su hijo Ignacio se hizo un departamento ultramoderno, cuyos ventanales daban a la terraza.

En cuanto a lo de tía Celina Pirovano de Zuberbühler, ocupaba un piso, me parece que el segundo, en un edificio que era íntegramente de la familia Zuberbühler, en la esquina de Montevideo y Las Heras. Allí vivirían también tía Mecha Pirovano y su marido, Juan Carlos Rodríguez, habiéndolo hecho asimismo mamá, al menos en una oportunidad, estando enferma. A ese piso había llevado Juan Carlos algunas de las muchas cosas buenas que tuvo, entre ellas un gran Sorolla, con una escena de playa y barcas de pesca, que estaba en el *living*. A tía Celina, que confeccionaba un excelente *chipá,* la asistía Adolfina, una mucama muy gorda. Y fue en lo de tía Celina que vi yo televisión por primera vez: se trató de una transmisión experimental del Canal 7, en blanco y negro, de una pelea que hizo Gatica, tal vez con Luis Federico Thompson y que, según se dijo, fue emitida para que la pudiera ver Perón desde la residencia presidencial.

Citaré por último lo de Emilio Álzaga, primo de Mamacata, casado con María Florentina Moreno, que quedaba en la calle Arenales, frente a la Plaza Vicente López, a mitad de cuadra. Era un palacete que sobrevivía entre edificios más altos y lo que más nos llamó la atención, alguna vez que estuvimos allí, fue que el dueño de casa llevara plastrón y una especie de *robe de chambre* con cuello de piel de liebre.

***

Fuera de las casas mencionadas y de otras que quizá debí mencionar y omití, mamá o papá me hicieron visitar distintos lugares de la ciudad, a veces solo, a veces en compañía de mis hermanas mellizas. Uno de ellos era la Casa *Harrod's,* que ocupaba toda la manzana delimitada por las calles Florida, Paraguay, San Martín y Avenida Córdoba.

En Huinca Hué, aquellas mercaderías que no podían conseguirse en Pirovano o Daireaux se encargaban a la casa *Harrod's,* de Buenos Aires. Que, una o dos veces por año, mandaba un catálogo completísimo. Por esa época los catálogos constituían una extendida modalidad de ventas y recuerdo también los que llegaban de la *Casa Arias*, que incluían elementos de uso rural sumamente variados y atractivos, tales como recados, monturas y lomillos, frenos, riendas y cabezadas, botas, bombachas y encerados, faroles, linternas, escopetas y revólveres.

Harrod's era una magnífica tienda inglesa, de varios pisos, con un restaurant en el último, donde almorzamos en más de una oportunidad. Tenía dos porteros, con uniforme verde, galonado: uno era altísimo y el otro enano. Me interesó especialmente ver, cuando ya estaban por cerrar el negocio, cómo soltaban varios hurones, que quedaban dueños del lugar durante la noche para combatir las ratas.

A mamá le quedó grabado en forma indeleble un incidente del cual fui protagonista, cuando recién había aprendido a caminar. Resulta que me llevó a *Harrod's,* donde tenía que hacer unas compras. Llevaba yo puesto un sobretodito, según parece, de donde infiero que la cosa fue en invierno (¿1936?). Mamá se distrajo, dedicada a lo suyo. Y yo, que había quedado en libertad de acción, salí por una ventana que daba a la cornisa y, parado allí, me dediqué a observar el tránsito de la calle, que discurría pisos más abajo. La gente empezó a los gritos, mamá preguntó por el motivo del alboroto y, consternada, comprobó de qué se trataba. Le costó acercarse a mí pues, según contaba, las piernas no le respondían. En cuanto me respecta, al verla ya próxima, muy sonriente le señalé un automóvil y le dije:

—*Mamá, tutú colorado.*

Por fin, asomándose a la ventana, mamá me echó mano metiéndome dentro.

Durante otro de aquellos viajes a Buenos Aires, contando yo once años, papá nos llevó a almorzar, a las mellizas y a mí, al restaurant

que había en lo alto del edificio Comega, en la calle Corrientes. La vista que se ofrecía desde allí era espléndida, alcanzando a divisarse la costa uruguaya. Al salir, un fotógrafo ambulante nos sacó una foto, donde aparecemos los cuatro caminando por Corrientes, frente al templo protestante que se alza entre Maipú y Esmeralda. Papá está de traje y sombrero *Orión*, con una barba corta. Ese traje de papá llegó a ser famoso pues, como sólo lo usaba muy de tanto en tanto, le duró muchísimos años. Tanto es así que, cuando llegaba a la ciudad llevándolo puesto, Santiago Estrada empezaba por saludar al traje.

A lo largo de dicho viaje papá me llevó a visitar la fragata española *Sebastián Elcano*, que estaba amarrada en el puerto. Otro fotógrafo "de lengua", como se les decía, nos retrató junto al pequeño cañón de salvas con que contaba el buque.

Más o menos a la misma época corresponde una foto, en que volvemos a aparecer papá y yo frente a la basílica de Luján.

Mencionaré por último el escritorio de Nicanor Martínez, en la calle Corrientes. Nicanor había sido una especie de *factotum* en casa de Tatita, donde se encargaba de múltiples aspectos prácticos, principalmente económicos. Era español, sumamente ordenado, con un aspecto que podía hacer acordar al de Hércules Poirot. Instalado por su cuenta, la familia siguió recurriendo a él para resolver cuestiones de dinero. Años más tarde, durante la conscripción y también en algunas otras ocasiones posteriores a ella, autorizado por papá acudí yo a lo de Nicanor, para hacerme de fondos. Me acuerdo que su escritorio daba a un largo pasillo sombrío, provisto de escupideras (la gente debe haber perdido el incomprensible hábito de escupir pues actualmente no se las ve), al cual daban también otras oficinas. Y no olvido que, sobre su escritorio adosado a la pared, entre los papeles tenía una pequeña pistola de fogueo. Nicanor se casó grande y tuvo un hijo que se llamaba Telmo.

***

Procuraré ahora, para redondear este capítulo, incluir más recuerdos de Huinca Hué y otros de Lihué Calel, correspondientes, aproximadamente, al período que me ocupa, o sea al que he denominado *Alta Edad Media.*

Con relación a Huinca Hué, me sorprende ahora la frugalidad que caracterizaba la vida de los chacareros que nos rodeaban. Muchas de sus casas eran de ladrillo, pero no faltaban las de barro "de chorizo", con techo de chapa acanalada y por lo general sin cielorraso. Carecían de agua corriente y la gente, habitualmente, se lavaba "por provincias", como decía Gildo mi suegro. El peine se clavaba en el extremo peludo de una cola de vaca, dispuesto cerca del espejito que colgaba próximo a la palangana destinada a las abluciones. En invierno la cocina económica oficiaba de única calefacción y, fuera de su radio de influencia, el frío era riguroso. El baño, a cierta distancia de la vivienda, era un "excusado" lleno de moscas, para llegar al cual resultaba preciso transitar el proverbial sendero "largo y finito como camino e' letrina". O "como chiflido de ánima".

Para realizar todos los trabajos se utilizaban caballos, que se encerraban muy temprano valiéndose del "nochero", o sea del que quedaba atado o en el corral durante la noche. Y la operación de atar un arado, una sembradora o, con más razón, una cosechadora, era larga y complicada pues se trataba de muchos animales que, inevitablemente, se tiraban algún mordisco entre ellos o se enredaban en los tiros. Cati, mi hermana, que era bastante sabandija, una vez le hizo desatar todos los caballos de la cosechadora a uno de los Cenizo (vecino que estaba trabajando en casa) diciéndole que se había decretado un feriado o algo así. Animales que Cenizo tuvo que volver a atar cuando se enteró de que no había tal feriado y le habían tomado el pelo.

Tampoco era placentera la tarea de ordeñar, que se realizaba antes de que amaneciera chapaleando el barro del corral. A la gente de ciudad les parecía estupendo tomar la leche recién ordeñada, tibiona y espumosa, pero a mí me parecía un asco. Años después descubriría yo el atractivo de la leche embotellada que dejaban frente a las puertas, en la ciudad, francamente más rica que la ofrecida al pie de la vaca. A papá le hacían gracia estas heterodoxias mías, que incluían afirmar, asimismo, que no había bifes como los que uno podía comer en Buenos Aires.

También nosotros nos pelábamos de frío en Huinca Hué. Pues, aunque la casa contaba con calefacción por radiadores, los mismos jamás se hacían funcionar, por economía o porque estuvieran definitivamente fuera de servicio. Lo más que había era la chimenea en el *living* y alguna estufita que calentaba poco y apestaba a kerosén.

***

Durante buena parte de nuestra infancia y adolescencia procedimos a buscar, en equipo e impulsados por papá, vestigios de la presencia de indios en la zona de Huinca Hué y en Lihué Calel. Y llegamos a adquirir mucha práctica en ese menester, pues se nos fue haciendo el ojo respecto a establecer las características de los lugares más propicios para los hallazgos (en los médanos, sectores de arena dura puestos al descubierto por el viento; en los valles, áreas donde aparecían trozos de sílex y fragmentos de cáscara de huevos de avestruz, tiznadas, curiosamente, en su parte cóncava).

Como descubrimientos importantes, puedo consignar los siguientes: una magnífica punta de dardo, intacta, encontrada por don Mesone (que trabajó con nosotros), en ocasión de bajarse del caballo para satisfacer una urgencia orgánica en el médano que se alzaba cerca de casa, en el camino que lleva a Pirovano. Fue entonces cuando, como los gatos, decidió cubrir con arena el testimonio de aquella urgencia, quedando el dardo al descubierto. A ese dardo puedo agregar una flecha perfecta, de piedra negra transparente, hallada en Lihué Calel, al igual que una pipa, también de piedra, que encontró Gauna.

Vinculados con las tropas del ejército nacional, papá desenterró muchos elementos luego de conseguir permiso para arar en el sitio que ocupó el fortín de Blanca Grande, cerca de Bolívar. Entre ellos algunas bayonetas destinadas a insertarse en el Remington de línea, una empuñadura de sable, estribos y varios frenos *muleros*, corroídos todos por el óxido.

***

De mi primer viaje a Lihué Calel ya dije que nos alojamos en el rancho de Vialidad Nacional donde vivían Andrónico Molina y su mujer, Nieves. Estaba donde se halla actualmente el motel del Automóvil Club, al pie de un cerro elevado y abrupto. A media altura del mismo se ve la boca de una gruta poco profunda que suscitó mi curiosidad de entrada nomás. Tanta que papá me permitió trepar hasta allí, hallando dispersas en el piso varias cuentas de collar, indígenas, celestes y alguna blanca. El conductor del coche de alquiler que nos llevó desde General Acha (quizá desde Santa Rosa) se llamaba Beluardi.

Yo veía montañas por primera vez y me resultaron parecidas a lo que esperaba hallar. Montañas modestas, es cierto, pero escarpadas y

de pura piedra (granito porfídico rojo, precisaba papá). Lo que añoro ahora es la agilidad con que las trepaba entonces, sin cansarme ni jadear.

Algunas de las cosas que conocimos en aquel primer viaje a las sierras cambiaron o desaparecieron más tarde y fueron las siguientes: los pequeños cajones conteniendo huesos de chico que estaban atados a las horquetas de los *sombra de toro* del Valle de los Angelitos, al que dieran nombre; los últimos durazneros, ya secos casi todos, de misterioso origen, que crecían en un estrecho vallecito que ascendía por una ladera del Cerro Alto; la entrada relativamente despejada a *La Salamanca*, gruta sin fondo cuyo acceso se tornaría impracticable a raíz de sucesivos derrumbes; los restos de paredes, construidas con barro *de chorizo*, del rancho donde viviera Sofía Orozco, en el Valle de La Estafeta; las ofrendas que subsistían en la Gruta Pintada, consistentes en trapitos, alambres, lanas y piolines colocados en las irregularidades de la roca. A ello se podrían agregar las pilas de cargadores con balas del Remington de línea que, según Gauna, existían aún en las proximidades del *Cerro del Bagual* aunque jamás las vimos. El nombre del mencionado cerro, separado del resto, obedecía a que un caballo cimarrón se hacía ver cerca de él en otras épocas.

Desde mi perspectiva infantil, me parecía lo más natural que papá se metiera en la aventura que significaba largarse a comprar aquel campo remoto, edificar allí e instalarse con toda su familia a pasar temporadas largas, con comodidades escasas y con la población más próxima –General Acha– a 125 kilómetros de distancia. No tomo en cuenta a Puelches, que estaba más cerca, pues allí todo lo que había era un boliche y un surtidor de nafta. El boliche, que llegué a conocer, tenía reja protegiendo el mostrador. Esa reja mostraba la marca de algunos golpes dados con el filo del chuchillo y, a la vuelta de los años, terminó haciendo de verja junto a la galería de nuestra casa, cuando demolieron el boliche. Y el aislamiento que he mencionado algún riesgo suponía pues, en las sierras, abundaban las víboras (falsa coral y yarará), las arañas y los alacranes. Sabandijas menudas mucho más temibles que los pumas y jabalíes, de mayor porte, que nunca se acercaron aunque los había. Si a ello agregamos que éramos una legión de chicos, que andábamos a nuestro aire, trepando y, en mi caso, metiendo bala a cuanto bicho se moviera, se comprende que la posibilidad de accidentes fuera manifiesta. Sin embargo, por obra de la Providencia, invocada

con fe inclaudicable por nuestros padres, nunca ocurrió nada grave en aquellas silvestres estadías.

Durante uno de esos viajes iniciales fui con papá hasta *Mineral de la Pampa*, una mina abandonada, en medio de la travesía, decididamente siniestra. Había sido de un tal Sepúlveda y, entre el fachinal, quedaban máquinas oxidadas y se abría la boca de algunos socavones, muy profundos a juzgar por lo que tardaba en oírse el chapuzón que producía la caída de una piedra, cuando llegaba al agua estancada en el fondo. Creo que Sepúlveda era chileno y cobre el mineral que explotaba. Aunque se decía que, además del cobre, también se extraía oro. Amén de mencionarse con sobreentendidos algún crimen ocurrido allí y de cierto cadáver que yacería en lo más hondo de un socavón. Las piedras que se amontonaban junto a la boca de los pozos eran verdes y mostraban pintitas doradas.

En La Pampa se huele un olor muy especial, que asocio inevitablemente con nuestras estadías en las sierras. Es un olor difícil de definir, a hojas de jarilla estrujadas, a pajonal polvoriento, a sequía, a resina, a bosta de oveja y a sudor de caballo. Alguna vez, atravesando otra de nuestras provincias mediterráneas, como Córdoba o San Luis, en un momento dado percibí con emoción el olor de La Pampa, que me salió al encuentro con toda su carga evocativa.

No éramos sólo nosotros, es decir la familia en su acepción restrictiva, los que nos instalábamos en Lihué Calel. Desde que la casa estuvo lista, y aún antes, era frecuente que nos acompañaran invitados de distintas edades, parientes o amigos. Tío Guillermo fue uno de ellos, que se alojó en lo de Molina, antes de iniciarse la construcción de la casa. Con ella todavía en obra, estuvieron además Manolo García Verde, Santiago Estrada y Paul Hary. Fue en esa u otra oportunidad cuando escaseó el agua del pozo, cavado en el cauce del torrente vecino a la casa. Y la que de allí se sacaba estaba llena de extraños bichitos, que nadaban con estilos variados y podían observarse al trasluz. Observación que determinó que Paul se negara a seguir tomando agua y llegara al final de la estadía bebiendo solamente vino. Creo que fue en esa misma estadía cuando resolvieron velarlo a Manolo, que le tenía terror a la muerte. Provistos de cirios encendidos y entonando lamentaciones por lo bajo, se reunieron todos en torno al catre en que dormía Manolo beatíficamente. El cual se despertó sobresaltado y al grito de ¡*brujas*! arremetió contra los dolientes.

En algún momento, cuando yo tendría 13 ó 14 años, viajaron a las sierras varios de nuestros primos paternos: Juan y Lorenzo, de Ángel León; Marcelo Ordóñez; Sarita y Miguel Gallardo Drago, Ernesto Bunge. Miguel fue expulsado a raíz de alguna barrabasada que nunca se aclaró del todo y que, según explicaría más tarde Francisco Gallardo, determinó que papá "le señalara la ruta iluminada". Otros huéspedes fueron Juan Luis Grandval (¿se escribirá así), Gildo García Llorente, Fernando Prado y algún otro que olvido.

Sería en 1951 ó 52, cuando fui autorizado para hacer un viaje a las sierras con René Massaux y Adolfo, hijo de Pedro Centurión. Era invierno y nos trasladamos en el coche de los Massaux, que era un Chevrolet 1939, sedan, color negro. Llegamos sin inconvenientes y, creo que al día siguiente, participamos de una yerra que había en "La Casa de Piedra", de Antúnez. La cosa iba bien hasta que René decidió ensayar unos piales, lance para el cual tenía bastante habilidad. Y, con esa intención, lazo en mano, pasó por detrás de un caballo ensillado que estaba allí. El cual, sin que nada lo hiciera prever, le tiró una patada que le dio en la rodilla. René intentó levantarse sin éxito, de manera que lo metimos en el coche y, manejando yo –que todavía no tenía registro– lo llevamos a Santa Rosa, donde lo tuvieron que operar pues la patada le había partido la rótula. La operación tuvo éxito pero, pese a ello, nos obligó a permanecer en Santa Rosa como quince días.

Internado René, con Adolfo vivimos en un hotel modesto (no los había mejores ni nos hubiéramos permitido utilizarlos), en un cuarto que daba a una galería con enredaderas, que rodeaba parcialmente un patio central. El baño era compartido y, para lavarnos, disponíamos también de una palangana con pie dentro del cuarto. Para matar el tiempo, en el sanatorio o en el hotel nos trenzábamos en interminables partidas de *chinchón*. Y yo me corría con frecuencia hasta el taller donde Ignacio Álvarez Beramendi preparaba la cupé Ford con la cual corría en las pruebas de Turismo de Carretera, compartiendo en ellas la representación pampeana con Juan Marchini.

No era nada frecuente que lloviera en Lihué Calel. Y una tarde, observando que se estaba armando una gran tormenta, de curioso nomás resolví experimentar cómo se la vivía en medio de las sierras. A buen paso remonté el cauce del que llamábamos *Arroyo de las Flechas* y trepé a uno de los cerros que daban al oeste, desde donde se disponía

de un amplio panorama de la travesía que se dilataba hacia el poniente. Anochecía y la tormenta rodaba sobre leguas y leguas de soledad, enlutando el ocaso y avanzando rápidamente hacia mí. Recuerdo perfectamente la línea de polvo que el frente de lluvia suscitaba al caer sobre el fachinal reseco. Como telón de fondo, el cielo parecía un oscuro manto violeta rasgado por rayos verticales.

Y ahí fue cuando empezó a sobrecogerme la sensación de hallarme solo, en lo alto de una montaña inhóspita, mientras se me venían encima las fuerzas de la naturaleza expresadas en la tempestad cada vez más próxima. De modo que, lo confieso, inicié el regreso a todo escape, cuesta abajo, mientras se apagaban las últimas luces del día y los truenos desencadenaban su artillería a mis espaldas. Llegué a la casa bajo el agua, con el corazón en la boca y firmemente resuelto a no repetir la experiencia.

***

En el libro, con ilustraciones infantiles y leyendas en francés, que mamá inició contemporáneamente a mi nacimiento, volcando en él noticias tales como la aparición de mi primer diente, mis primeras expresiones articuladas y alguna gracia reveladora de mi futura personalidad, aparece una poesía que compuse en esos años tempranos, referida, cuando no, a un tema bélico, pues llevaba por título "Los cañones más grandes del mundo".

A partir de esa precoz y auspiciosa iniciación, dejé de lado la poesía. Hasta que, a la edad de once años, reincidí. Componiendo una cuarteta que denominé "El milico" y rezaba así:

Hay que verlo bien plantado
sobre su overo rosado,
ahí desde su montura
manda todo el regimiento.

A esta segunda embestida de las musas siguió otro silencio de varios años. Pero, orillando los quince, reapareció mi inclinación poética. Que se manifestaría en renovadas expresiones a lo largo del tiempo.

En el lapso de mi existencia aquí evocado, escribí bastantes poemas. Y creo que fue el padre Furlong quien me prestó una preceptiva

literaria que pertenecía a la biblioteca del Salvador y que, lo confieso con turbación, jamás devolví. Las indicaciones obrantes en aquel volumen y un poco de oído me permitieron construir estrofas aceptables, que respondían aproximadamente a las reglas establecidas al respecto.

Escribía yo mis versos a mano, en un cuaderno con tapas duras, azules, cuyo lomo luce las iniciales de mi padre. Hoy los sigo escribiendo a mano pero, una vez concluidos y corregidos, los paso en limpio valiéndome de mi computadora.

Tendría quizá 17 años cuando fui autorizado a concurrir a un recital que daba Eduardo Falú en Daireaux. Tuvo lugar por la noche y fuimos a caballo con René Massaux. Lo pasamos magníficamente bien y volvimos tarde, bajo una gran luna. Circunstancia que me inspiró un poema breve, que transcribiré para ilustrar respecto al tipo de poesía que escribía por entonces. La composición estaba inspirada por una señorita cuyo nombre me reservo y que, algún tiempo después, rechazaría de plano mi formal propuesta de matrimonio.

En los labios gusto
de tabaco negro.
Rimando el silencio
el doblar profundo
del galope lerdo.

Lejanas estrellas
los charcos florecen,
que los cascos hieren,
que el galope quiebra
con chispazos leves.

Bajo el curvo cielo
la noche se ahueca
y vibra la vieja
tradición del suelo
verdades eternas.

Muerde la quietud
el rodar del freno
y vuelan mis sueños
tras la Cruz del Sur
de tus ojos negros.

No me acuerdo bien qué es lo que leía yo desde que aprendí a hacerlo hasta cumplir veinte años. Sé que leía bastante, aprovechando que en Huinca Hué había muchos libros, a los que sumaba algunos conseguidos por las mías. Devoré casi todo Julio Verne, pues tenía sus obras completas, encuadernadas, que habían sido de un tío abuelo materno, Estanislao Pirovano. En Salgari desembarqué demorado y, al igual que a Karl May, lo leí con entusiasmo. *El Tesoro de la Juventud* me suministró conocimientos irreemplazables. Y, paralelamente, transitaba por la Baronesa de Orcy y la Condesa de Ségur, aunque a ésta la consideraba más propia de mujeres. De carácter religioso leí algunas vidas de santos, *Quo Vadis, Fabiola y Ben Hur.* Pronto supe apreciar las novelas policiales y, empezando por Conan Doyle, Maurice Le Blanc y Gastón Lerroux (Sherlock Holmes, Arsenio Lupin y Rouletabille), seguí con los autores seleccionados por el Séptimo Círculo, entre los que destaco a Michael Burt y sus magníficos *casos.* Precozmente leí y releí *Tempestades de acero*, de Ernst Jünger, *Los corsarios submarinos,* que relataba las andanzas de los comandantes de submarinos alemanes en la guerra del 14, *Europa a Oscuras* de Gonzaga de Reynolds e *Italia fuera de combate*, de Ismael Herraiz. Por esa época leí también *Años decisivos* de Spengler, *Técnica del Golpe de Estado,* de Curzio Malaparte, varios de Graham Green, algunos de Hemingway y Somerset Maugham. Respecto a nuestra guerra de fronteras, Lucio Mansilla, el Comandante Prado, Zevallos, Schoo Lastra. Lugar preeminente ocuparon Chesterton, Belloc, Pemán, y Agustín de Foxá, este último como poeta y autor de la novela *Madrid de Corte a Checa.* Argentinos leí muchos, desde los imprescindibles Güiraldes, Lugones, Benito Lynch, Larreta o Dávalos, hasta los por entonces más restringidos Cancela, Arlt, Marechal, Mujica Láinez, Borges y Bioy, al cual jamás le vi la gracia. De Castellani probablemente conocería sólo *Camperas*, pasando a frecuentarlo intensamente después de trasladarme a Buenos Aires. Más modernos, siempre argentinos, leí también a Marco Denevi, Gómez Bas y María Angélica Bosco. De los nacionalistas, a Ibarguren, Anzoátegui, Ernesto Palacio, Escurra Medrano, algo de Irazusta. Y la poesía de Espronceda, Marquina, Gabriel y Galán, Neruda, García Lorca, Bernárdez, León Felipe, Vocos Lescano y muchos otros, en promiscuo montón. Superada la edad correspondiente al presente capítulo, seguí leyendo desordenadamente hasta ahora. Rusos y franceses, pocos. Recién más tarde intenté ir balanceando las manifiestas asimetrías de

mis lecturas, con éxito apenas relativo. Y fue después de los treinta y tantos años cuando incorporé a mis hábitos el consumo cotidiano y metódico de pasajes del Evangelio y de diversos autores espirituales.

Siempre me gustó dibujar. Y lo hacía con frecuencia, utilizando al principio unos cuadernos gordos que llamábamos *Cuadernos del Ojo*, pues lucían en la tapa un estremecedor globo ocular humano. Mis caricaturas reflejando incidentes de la vida familiar le divertían mucho a papá que, apreciando mi aptitud, me encomendó en su momento dibujar algunas de las estampas de Bautismo o Primera Comunión de mis hermanas menores, como así también una hojita doble referida a la capilla de Huinca Hué y una imagen, a todo color, de Nuestra Señora de las Pampas. A esta imagen le coloqué como manto un poncho araucano, de manera que fui una especie de precursor del empleo, luego tan difundido, de la *guarda pampa* como motivo ornamental. Ya más grande, publiqué dibujos en *De Este Tiempo*, *Azul y Blanco, Cuatro Flechas, Cabildo,* la *Gaceta Universitaria* de la UCA, hice la tapa de algunos libros de EDUCA e ilustré varios de los míos.

Juan Carlos Montiel, que me enseñó varias materias del secundario, valoraba mis dibujos y, cuando empecé yo a escribir, me insistió diciendo que tenía más condiciones para dibujar que para las letras, de modo que debía dedicarme a aquéllo y no a éstas. Las cosas no se dieron así, sin embargo, y en mi vida escribí mucho más de lo que dibujé. Aunque quizá Juan Carlos tuviera razón al fin de cuentas.

En la familia hemos sido varios los habilidosos para dibujar. Mi bisabuelo Ignacio Pirovano parece que lo hacía admirablemente y apoyaba sus exposiciones médicas con ilustraciones que preparaba al efecto. Dicen también que conoció a la que sería su mujer, Pitita Álzaga, en una oportunidad en que fue a pintar acuarelas en la quinta de Lezama. José León, hermano sacerdote de Tatita, pintaba bien y en Huinca Hué había una excelente acuarela suya, representando el interior de una iglesia con un monaguillo de sotanita colorada y sobrepelliz blanco. Tío Ángel León, que también dibujaba bien, conservaba un cuaderno con crónicas vinculadas a los primeros tiempos de La Chacra, escritas e ilustradas por José León. A Ignacio Pirovano, hijo de tío Rolo, que estudió pintura en París, se lo considera un pintor representativo de su época. Gui, hijo de tío Guillermo, dibujaba con soltura, según ya expliqué al hablar de sus *estalafontas*, al igual que Pablo, hijo de Ángel León.

Era yo bastante chico cuando Gui me regaló un librito que se llamaba *La biblia del tango* y contenía la letra de varios de ellos, con dibujos alusivos hechos por él en los márgenes. Respecto a *Llevátelo todo* aparecía un camioncito cargado con los adminículos más variados; *El ciruja*, era un poligriyo circundado por un enjambre de moscas; *La brisa*, un reo en camiseta musculosa que emitía efluvios representados por rayitas ondulantes.

Mi prima Dorotea Gallardo Drago pinta óleos, igual que mi hermana Agnes. Y otra hermana mía, Rosarillo, se ha especializado en hacer caballos, dibujados o fundidos en bronce, muy vigorosos.

Para concluir la reseña de este período de mi existencia consignaré que, durante el mismo, aunque no puedo precisar la fecha ni siquiera en forma aproximada, casi perdí un ojo. Ocurrió que estaba haciendo unas boleadoras, a cuyo efecto vacié un huevo de gallina pigmea y lo enterré hasta el nivel del agujero por donde había extraído la clara y la yema. Después volqué plomo derretido en ese agujero. Pero, como en el fondo del huevo había quedado un poco de agua, no bien el plomo la tocó saltó para arriba, alcanzándome el ojo derecho. A Dios gracias dio en la córnea, de manera que el accidente no pasó de un susto y de una fuerte irritación en la parte afectada.

Capítulo 4

Baja Edad Media

En esta adecuación de los distintos tramos de mi vida a la Historia de la Humanidad, denomino *Baja Edad Media* al lapso que corre entre los tiempos próximos al inicio de mi conscripción (1954/1955) y el momento en que, con Mariquita, Juan María y Milagros, nos mudamos a *Esquina Chica* (diciembre de 1963).

Presumo que será éste un capítulo breve pues, en el tomo precedente de estos recuerdos, me extendí respecto a mi servicio militar, que incluyó las dos revoluciones ocurridas mientras lo cumplía. Más aún, según ya lo expliqué en ese otro libro, el motivo que me decidió a escribir mis recuerdos fue contar las experiencias vividas en este período, por entender que revestían cierto interés de carácter general. De manera que no es mucho lo que me quedó sin relatar a su respecto. Pero algo habrá.

Por lo pronto diré que, en el lapso inmediatamente anterior al comienzo de mi conscripción, mantenía una correspondencia bastante frecuente con Santiago Estrada, quien me daba noticias sobre lo que pasaba en Buenos Aires, donde yo viajaba para dar exámenes, conocer gente y salir con chicas. Nuestros amigos de entonces eran Eduardo Pallette, primo de Santiago, Luishijo Ayerza, Hugo Green, Luis Lanusse, Horacio Klappenbach, Nicolás y Vicente Gallo, Eduardo Padilla y algunos más que olvido. Con Eduardo Pallette, Luis Lanusse y Hugo Green solíamos trenzarnos en unos encarnizados partidos de *Enano Amarillo*, que era un juego de cartas parecido al *Ferrocarril.* Santiago ganaba plata en las carreras y Luishijo, cuando andaba corto de fondos, vendía su sangre a buen precio, pues correspondía a un grupo muy raro. Fue por entonces que concurrí por primera y única vez en mi vida al

hipódromo, acompañándolo a Santiago al de San Isidro. Le jugué unos boletos a una yegua zaina que me gustó y que ganó pagando buenos pesos. Que después perdí en otras carreras, quedando más o menos a mano al concluir la reunión.

Otra vez fuimos al polo con dos chicas, que no me acuerdo quiénes eran. Y cometimos la imprudencia de invitarlas luego a tomar algo en una confitería de la Avenida Córdoba y Esmeralda o Maipú. Llegado el momento de pagar, descubrimos con pánico que el dinero no nos alcanzaba. Situación que nos obligó a demorar la partida y, mientras uno le daba conversación a las invitadas, el otro hablaba por teléfono para pescar algún amigo que se hubiera quedado estudiando en su casa el fin de semana. Por suerte lo ubicamos a Horacio Klappenbach, que se avino a caer *por casualidad* a la confitería y pasarnos subrepticiamente unos billetes por debajo de la mesa.

Cuando iba a dar examen en El Salvador solía desayunar en un bar que estaba en la esquina de Callao y Lavalle, haciéndome amigo del mozo, gallego. Años después, ya oficialmente de novio, debí cumplir la ceremonia de visitar por primera vez a los abuelos maternos de Mariquita, que vivían en la calle Parera 154, piso 5°. Nervioso, llegué a la hora del copetín, con ella y sus padres. Y cuál sería mi sorpresa al oír, mientras avanzábamos por el hall de entrada, una voz que decía:

—*¿Ya no saluda a los amigos?*

Sobresaltado, procuré establecer quién me hacía aquella pregunta. Comprobando así que el interpelante era el portero que, concienzudamente y luciendo su chaleco a rayas verdes y blancas, estaba limpiando el piso. Como habrá imaginado el lector, se trataba del gallego del bar de Callao, a quien saludé cordialmente ante la sorpresa de mis flamantes futuros suegros.

***

Con referencia a los meses vividos bajo bandera agregaré sólo que los primeros días lo pasé bastante mal, en un medio totalmente desconocido donde, de yapa, a uno no le daban respiro, atosigándolo a fin de lograr respuestas automáticas a las órdenes recibidas. De todos modos, un poco por amor propio y otro poco porque no había más remedio, pasé de manera razonablemente airosa esa etapa de adaptación.

Era yo un tanto ingenuo respecto a algunas cosas y, seguramente debido a ello, le creí a pies juntillas a un sargento primero que, una noche en que estaba yo de guardia, me pidió que mirara para otro lado cuando llegara una chica para dormir en la caja de uno de los camiones, con toldo de lona, que estaban estacionados en el área que debía vigilar, explicándome que era una buena obra pues la muchacha no tenía dónde pasar la noche. Supongo ahora que el suboficial se encargaría luego de hacerle compañía.

Una de las cosas que aprendí durante aquellas guardias fue a dormir parado, apoyado en la bayoneta (*sable-bayoneta* había que decirle) que, a su vez, apoyaba contra la pared, quedando así un espacio entre ésta y mi espalda que debía engañar al oficial de servicio si recorría los puestos. Digo que debía engañar pues, una noche, fui sorprendido por él, que advirtió la trampita pero la pasó por alto.

También es bueno destacar hasta qué punto una persona puede apreciar en ciertas circunstancias cosas muy sencillas. Como lo eran los modestos manjares que consumíamos en la cantina de la compañía, consistentes en alfajores, galletitas *Tita* o *Rhodesia*, botellitas de gaseosas, *Toddy* o *Vascolet*, cuando no algún sólido sandwich de jamón y queso, mortadela o matambre. Y, en los momentos de descanso, fumarse un cigarrillo constituía un paréntesis que valorábamos intensamente (durante la conscripción fumé rubios, *Saratoga* y *Cumberland,* aunque antes y después de ella siempre pité negros, *Particulares* habitualmente y *Parisiennes* por excepción; en Francia *Gitanes*, en España *Ducados*). Ya habituado a la vida cuartelera, recuerdo un día en que estaba de franco y debí quedarme, arrestado o porque no tenía dónde ir. Fue durante unos ejercicios en Campo de Mayo y terminé por disfrutar la jornada, debido simplemente a poder andar a mi aire por la zona, sin obligaciones específicas y charlando amigablemente con algunos suboficiales que, dada la situación, no se sentían obligados a asignarme tareas.

Respecto al ambiente ecuménico que imperaba por entonces en nuestras Fuerzas Armadas, es ilustrativo un episodio que me contó el Flaco Bertucci, quien compartió conmigo el pensionado del Padre Etcheverry, años después. El Flaco, natural de Tandil, hizo la conscripción en Marina y parece ser que, mientras se hallaba en las filas de la Armada, se resolvió dar realce a alguna fecha mediante una misa de campaña que se celebraría ante la tropa formada. Anunciada la cual,

un conscripto se presentó al suboficial encargado de preparar la formación, pidiéndole permiso para no participar de ella pues era judío. Solicitud a la que respondió el suboficial:

—*¿Así que vos sos judío? ¿Y no te bautizaron ni hiciste la Primera Comunión...? ¡Capaz que tampoco te vacunaron, degenerado!*

No doy fe de la veracidad del Flaco.

La ciudad que le daba marco a esta época de mi existencia presentaba bastantes diferencias con el Buenos Aires actual. Había tranvías (no faltaba quien los llamara *tramways*), el estrépito de cuya marcha se acentuaba al doblar las esquinas. Los chicos colocaban cohetes en los rieles, que estallaban al ser aplastados por las ruedas. Y, con llamativa frecuencia, el *troley* saltaba del cable de donde tomaba la energía, fallando repetidamente el guarda al tratar de colocarlo nuevamente en su lugar. El boleto valía pocos centavos y los colegiales y conscriptos podían viajar gratis en la plataforma delantera. Los tranvías 10 y 17, que remontando Juncal se dirigían al centro por Maipú, eran lugar de reunión social, donde los vecinos del Barrio Norte se saludaban e intercambiaban noticias, compartiendo el viaje con cocineras y niñeras o con empleados que marchaban a sus oficinas o volvían de ellas. Más tarde el tranvía fue reemplazado por el *troleybus,* vehículo muy cómodo, silencioso y *no contaminante*, como se diría hoy, que fue radiado de la ciudad sin que quedara en claro el porqué.

Muchos hombres usaban todavía sombrero (*Flexil* y *Laguito* eran las marcas de los que fabricaba Lagomarsino) y se peinaban con gomina (único fabricante *Brancato* hasta que llegó el *Lord Cheseline*). Quienes preferían un peinado *natural* (que de natural tenía poco) utilizaban *Brilcrim* o *Glostora,* firma que patrocinaba una famosa audición de radio llamada *El Glostora Tango Club.* La importancia atribuida al peinado masculino se hacía patente en el peine que algunos hombres portaban en el bolsillo superior del saco. Entre las muchachas de barrio tenía gran éxito la *croquiniol*, que poblaba sus cabezas de rulitos.

A falta de televisión, cuyo uso no se extendió hasta 1956 ó 57, se oía mucha radio. Y algunos programas eran muy populares. Por ejemplo *Los cinco grandes del buen humor, La revista dislocada, Pepe Iglesias el Zorro, La Gran Pensión El Campeonato, Odol pregunta, El reporter*

Esso (informativo), *La cabalgata deportiva Gillette, Entre las sogas, Niní Marshall con Catita, Cándida* y tantos personajes más. Américo Barrios contaba con un *micro* a mediodía, de propaganda peronista apenas disimulada, que terminaba con la pregunta *¿No le parece?* El gordo Muñoz y Lalo Pelicciari transmitían fútbol, Bernardino Veiga boxeo y *don* Pedro Fiore comentaba las carreras de autos que relataban los hermanos Sojit.

Abundaban las lecherías, azulejadas en blanco como quirófanos, donde se pedía leche fría con vainillas, *cuajada* (predecesora del yogur), *submarinos* o *vaquitas* de *La Martona.* En la zona próxima a Callao y Las Heras se podía comer barato en el popular *Vómito Negro*, de la calle Rodríguez Peña, o, pagando bastante más, en el *Ríobamba*, de dicha calle y Santa Fe. Mario Amadeo, que se expresaba con deliberada precisión, una vez que pidió allí carne *a la jardinera,* le indicó al mozo:

—*No omita arvejas.*

Logrando con su indicación que el mozo se esmerara para que ni una de ellas llegara al plato de Mario.

En materia gastronómica la gente solía pedir cosas que han desaparecido o nadie pide más. Por ejemplo la *Sopa Inglesa,* que no era sopa ni se escribe así, aunque así se pronunciaba; los postres *Balcarce* o *Tarantela*, la *Buseca* y el *Ossobuco*; la *Bidú* y la *Naranja Bilz*, el áspero vino *Carlón,* los chocolatines *Godet*, la soda *Belgrano*...

Aunque no he podido verificarlo, pues hace mucho que no voy a una cancha de fútbol, me dicen que pertenece al pasado cierta clave que se podía comprar a la entrada, indispensable para enterarse de los resultados de otros partidos que se jugaban simultáneamente y que aparecían en letreros visibles desde la tribuna donde uno estaba. Y, a propósito de fútbol, por cierto que ya existía la violencia en los estadios, respecto a la cual tantos lamentos se oyen hoy día. Ir a la cancha nunca fue un programa apto para señoritas y, si un distraído cometía el desatino de mezclarse con la hinchada equivocada, lo corriente es que le rompieran el alma. Ello sin perjuicio del riesgo genérico de recibir una escupida o ligar un ladrillazo, casual o premeditado. Por eso me parecen algo exageradas las quejas que vengo escuchando sobre el *vandalismo* en

el fútbol, como si eso fuera una novedad. Aunque deba reconocer que antes no había muertos a raíz de los topetazos de las *barras bravas.* Uno de los Avellaneda, Nicolás, formaba parte de la de San Lorenzo –al igual que Gonzalo Segovia, conde de Casa Segovia– y el camión que lo pasaba a buscar, para llevarlo a la cancha –junto con buena parte de *la pesada* azulgrana, comandada por el célebre *Milanesa*– debía recogerlo en su casa, que era el palacio Duhau donde, según les explicaba a los otros, su madre trabajaba de cocinera. *Nico* negaba esta parte de la historia que, sin embargo, siempre se ha dado por cierta.

El público del box era distinto. Y presumo que sigue siendo distinto. Ingenioso y más correcto, algunas de las salidas que partían de *la popu* del Luna Park resultaban memorables. Si bien se podía ir a ver peleas en la FAB (Federación Argentina de Box) de Castro Barros o en el *Ebro* de Martínez, era *El Luna* la catedral de las piñas. Ya casado, con Mariquita fuimos varias veces. En una de esas oportunidades estaba embarazada, con una panza notoria. Lo cual determinó que *los muchachos* que se agolpaban en la entrada, espontáneamente formaran dos cordones para permitirle pasar sin peligro de apretujones. Mariquita sabía bastante de boxeo y, estando en el *ring side* del Luna, inició una conversación erudita con un vecino de butaca, referida al *match* Ramón La Cruz vs. Abel Cachazú que estaba por comenzar. Con relación al cual afirmó Mariquita, tajante:

—*La Cruz está terminado.*

Afirmación que resultó fallida pues, en el primer round, La Cruz ganó por knock out mediante un feroz gancho de izquierda al hígado.

No había vigilantes en todas las esquinas, pero sí los suficientes para que *el vigilante de la esquina* fuera una referencia genérica, aplicada a un personaje cotidiano y estimado. Pese a lo cual se amenazaba con llamarlo cuando los chicos se portaban mal. El concepto sobre ellos ha variado, debido a dos factores: una extendida corrupción policial y la pertinaz difamación practicada por la izquierda a su respecto. Difamación fundada eventualmente en hechos reales pero, con frecuencia, en imputaciones exageradas cuando no calumniosas. De chico jugaba yo al *Vigilante y ladrón* –o al *Vigichorro*, como se le decía en forma más sintética–, pudiendo suceder que en el juego ganaran los policías o ganaran los ladrones. Pero lo que entonces resultaba impensable era que se intercambiaran los papeles y los vigilantes fueran ladrones.

Las misas eran en latín, habitualmente no se tocaba música en ellas y las prescripciones litúrgicas se respetaban escrupulosamente, lo cual suponía ventajas e inconvenientes respecto a la situación planteada después del Concilio Vaticano II. Entre los inconvenientes podría mencionar que, a veces, el celebrante repetía las fórmulas latinas de manera un tanto mecánica y, además, uno ni se enteraba del contenido de las lecturas. Entre las ventajas cabe destacar que los curas no improvisaban a su aire, "arrancándose por peteneras", como dicen en España; y que la ausencia de guitarras e instrumentos de percusión, acompañando canciones casi indefectiblemente de baja calidad musical y poética, permitía recogerse mejor. El ayuno necesario para comulgar empezaba a medianoche y todo el mundo sabía que los vasos sagrados y la hostia sólo podían tocarse por manos consagradas.

Encontrar lugar para estacionar el coche en la calle no era una empresa imposible.

La característica que antecede a los números de teléfono no sólo se expresaba en cifras sino que, además, tenía nombre. El cual se suministraba a la telefonista para pedirle una comunicación. Me parece que 41 era Plaza, 42 Callao y 44 Juncal.

Petiteros eran los muchachos que frecuentaban el *Petit Café*, de Santa Fe y Callao y presumían de vestir elegantemente, llevaban pantalones ajustados y usaban sacos con dos tajitos atrás. Cosa que les valía la siguiente imputación rimada: *Dos tajitos, tres botones, petiteros maricones.* El Petit Café era famoso por sus *traviatas* de pavita. Otros cafés y confiterías que constituían puntos de reunión eran la París, el Águila, el Rousillón (donde se juntaban los nacionalistas para conspirar), La Santa Unión, El Paulista, Las Delicias, el Dandy (más alejado) y, desde luego, la Biela, conocida antes como La Viridita.

En cuanto a la imputación formulada a los petiteros, en caso de ser tomada al pie de la letra hubiera resultado gravísima, ya que a los homosexuales se los denominaba mediante un término breve, sonoro e inequívoco, y se hubiera rechazado por absurda la posibilidad de que, con el transcurso del tiempo, pudiera llegar a instaurarse un *Día del Orgullo Gay.*

El Buenos Aires a que me refiero podría situarse entre aquella cuyas características mitológicas fueron acuñando Borges, Marechal, Arlt o Cancela y otra, posterior, que, al igual que los argentinos, fue

perdiendo la seguridad en sí misma hasta porfiar por mimetizarse con las grandes urbes pobladas por multitudes que consumen hamburguesas y se enajenan en los festivales de rock. Era una ciudad con personalidad propia, aunque recordara un poco a las que mostraban las películas del *neorrealismo* italiano y la *nouvelle vague* francesa, escuelas cinematográficas más o menos contemporáneas a la época que estoy evocando.

***

Concluida la conscripción y luego de una breve estadía en Huinca Hué regresé a la capital. Me instalé en el pensionado del padre Etcheverry y, fracasado mi ingreso a Tribunales por la muerte de Arturo Llosa, conseguí entrar finalmente a Celulosa Argentina. Sobre ella acotaré que era la única empresa que elaboraba celulosa en el país, con plantas en Zárate, Capitán Bermúdez y Puerto Piraí. Ahora advierto que dichas plantas contaminaban de lo lindo, pero nadie se molestaba por ello, sino que su actividad era merecedora de elogios por contribuir al progreso nacional reemplazando importaciones. El asunto viene a cuento, pues cabe suponer que los uruguayos pensarán como pensábamos nosotros y es natural que no estén dispuestos a prescindir de la fábrica que han construido en Fray Bentos porque, los días de viento, llegue cierto mal olor a la orilla de enfrente.

Ingresé a Celulosa gracias a una gestión realizada por el padre Díaz, del Salvador, ante Jorge Rial, un subgerente de la empresa con el que tenía relación. Me destinaron de entrada a la sección Archivo, en el subsuelo del edificio ubicado en la Diagonal Norte al 900. Mi primer jefe fue el señor Quintela, cuyo segundo era el señor Rendo. Meses después logré que me trasladaran a la sección Importación, a las órdenes del señor Giorno, quien tenía como segundo al señor Henk. Mis compañeros eran Trueba, Horrach y Sushek. También andaba por allí un señor Drago, que era de los Drago conocidos, hacía de traductor y a veces contaba cosas divertidas. Por ejemplo, que un amigo suyo, hablando del portero de su edificio, le dijo un día:

—*Fijate, che, el gallego de casa es polaco.*

El de Celulosa Argentina fue mi primer trabajo y, desde el mes de diciembre de 1956 en que lo comencé, no dejé de trabajar hasta

que me jubilaron en el 2001, a veces desempeñando varios puestos simultáneamente. Ahora, jubilado y cumpliendo tareas nebulosas y prescindibles, no me acostumbro a carecer de obligaciones definidas y más exigentes que las actuales. Pese a que tal situación sea la que me permita dedicar tiempo a escribir.

Cuando entré a Celulosa ya estaba de novio con Mariquita, pero el sueldo que me pagaban no alcanzaba para que nos casáramos. Cosa que recién ocurrió cuando Luis Morgan me llevó con él a la compañía de seguros Atalaya donde, a poco de llegar, el gerente general, que era el doctor Emilio Reviriego, me preguntó cuánto quería ganar. Pregunta de difícil respuesta, pues no deseaba quedarme corto pero temía pasarme. Finalmente resolví pedir el doble de lo que recibía en Celulosa, suma que me concedieron y que hizo posible nuestro casamiento en diciembre de 1960.

Ya expliqué también en mi otro libro que la primera vivienda con que contamos fue un departamento muy simpático pero minúsculo –28 metros cuadrados–, que quedaba en la calle Bulnes, entre Cabello y Cerviño. Tan chico era que, para que cupiera la cama en el dormitorio, hubo que hacer un nicho en la pared, donde encajaba la cabecera. Pero, en cambio, tenía buena distribución, resultando el espacio aprovechado al máximo. En el living había una mesa-libro, un sofá cama, un par de sillas, una biblioteca con estantes blancos, dos serigrafías firmadas por Cancalón Huergo representando milicos de la conquista del desierto y un grabado de Buenos Aires atacada por los ingleses cuando las invasiones. En ese departamentito vivimos hasta principios de 1963. Y no olvido la sensación de importancia que nos daba contar con casa propia, donde las cuentas llegaban a nombre de uno y, por las mañanas, aparecía el diario frente a la puerta.

En Bulnes nos hicimos amigos de Enrique Flood y Luz María, su mujer, colombiana, que se habían casado hacia la misma época que nosotros y vivían unos pisos más abajo. También vivía allí una pareja que no parecía ser demasiado seria, a juzgar por las festicholas que organizaba de vez en cuando. Y fue del departamento que ocupaban desde donde, una noche, se hicieron oír unos espantosos alaridos de mujer, propios de alguien que corre grave peligro. En el palier del mismo coincidí con la policía, que alguien había llamado y que no se mostró extrañada al verme en batón y pistola en mano (tenía yo una

Colt 45 por entonces). Entré con un par de agentes, que recibieron unas explicaciones bastante vagas, revisaron el lugar y se marcharon junto conmigo, sin que hubiera quedado muy en claro lo sucedido.

Nuestro departamento estaba en el séptimo piso, que era el más alto. Y, como el edificio se iba reduciendo hacia arriba, la ventana del *living* tenía una cornisa bastante ancha, de baldosas coloradas. Un día, al volver de alguna parte, advertimos que habíamos dejado la llave adentro. Y, como era feriado, no había posibilidad de conseguir un cerrajero. Lo que sí conseguí fue una cuerda, subí a la terraza, até la cuerda a una chimenea y me descolgué hasta la cornisa, entrando por la ventana que, por fortuna, había quedado abierta. Maniobra que el estado de mis coyunturas difícilmente me permitiría realizar actualmente.

En la esquina de Bulnes y Cabello había un modesto restaurant, propiedad de dos gallegos que servían las mesas. Nosotros íbamos con alguna frecuencia y, cierto mediodía, al leer el menú advertí que figuraba un plato, acompañado por "nabizas". Como no sabía de qué se trataba exactamente este aditamento, se lo pregunté a uno de los peninsulares que, atentamente, me explicó: *pues verá usted, las nabizas son como unas berzas.* Y yo seguí sin enterarme.

Vivíamos en Bulnes cuando tuve un apendicitis que a poco estuvo de ser peritonitis. Operado de urgencia por Billy Zorraquín, primo de Carlitos mi suegro, la contingencia fue superada. Otro episodio de carácter médico ocurrió cuando, cierta noche, volaba de fiebre y fui a hacerme ver al Hospital Fernández, que quedaba enfrente. Esperaba en la guardia, sentado sobre una camilla, cuando trajeron a un pobre desgraciado en muy malas condiciones, víctima de un grave accidente automovilístico. Tal era el espectáculo que me empecé a sentir mal y, cuando iba a caer redondo, los médicos advirtieron la situación y tuvieron que acudir en mi auxilio abandonando al accidentado. Un papelón. Años después me pasó algo parecido cuando mi amigo el Ñato Dussault me disfrazó de médico para que presenciara un transplante de piel que debía realizar en su clínica de la Avenida Independencia.

Milagros nació en 1962 y su llegada determinó que se hiciera ineludible mudarse a un lugar más grande. De modo que empezamos a buscar un terreno para edificar. Fue entonces cuando, contando con pocos meses de vida, Milagros se enfermó. No obstante lo cual, un domingo por la mañana, me disponía yo a proseguir la búsqueda del

terreno cuando Mariquita me llamó a la realidad, diciendo que le parecía que Milagros estaba grave. Y así era, en efecto. La internamos de urgencia en el Hospital de Niños, donde trabajaba Cacho Shindler, un acreditado pediatra, tío segundo de Mariquita. Fueron días muy difíciles, en que Milagros estuvo entre la vida y la muerte, con Mariquita velando a su cabecera. Por fin empezó a mejorar y, como sucede con los chicos, su mejoría fue rápida. Si bien, tiempo después, sufrió una recaída tan grave como la anterior, de la cual, igual que la primera vez, salió rápidamente una vez que comenzó la mejoría. La suya fue una afección pulmonar que me parece se llama "bronquitis capilar".

Superado el problema que significó la enfermedad de Milagros, siguió la búsqueda de terreno. Búsqueda que tenía por escenario la zona de las Lomas de San Isidro, próxima a la quinta de Bosch, en cuyas inmediaciones iban construyendo sus casas parientes y amigos que la habíamos tenido como punto de convergencia.

Por ese entonces no era fácil conseguir terrenos chicos en las Lomas. Y yo no tenía plata para uno grande. Finalmente encontré un lote de 400 y pico de metros cuadrados, en la esquina de las calles Rodó y Elflein, próximo a una quinta vieja y a otra donde se cultivaban verduras. Como detalles atractivos, aquel lote contaba con un enorme pacará y, en la bocacalle respectiva, con un guardaganado destinado a impedir el tránsito de las vacas que, por entonces, aún solían pasearse por el barrio.

Con el producido de la venta de un brillante, que perteneciera a la diadema de Mamina y que yo le regalara a Mariquita montado en el anillo de compromiso, compramos el terreno.

***

Franci Seeber, de quien éramos sobrinos *honoris causa*, tomó como cosa propia lograr que, con fondos escasos, buen gusto y alguna audacia, lográramos hacernos de una casa. A ese efecto consiguió que el Gallego Fernández (compañero de estudios de Enrique Mihura y amigo de todos nosotros) nos comprara el departamento de Bulnes, que yo vendiera un revólver y la máquina fotográfica alemana que tenía, y que el Banco de Galicia, del cual eran accionistas los Braun (Oscar estaba casado con Marta Seeber, hermana de Franci), me dieran un

crédito para menesterosos a través de una fundación benéfica, vinculada estrechamente al Banco, que se llamaba *La Cruz de Santiago.* A todo lo cual agregó el convencer a Alejandro Bosch, arquitecto, para que dirigiera las obras y firmara los planos dibujados por el propio Franci.

Reunidos los extremos mencionados, se propuso demostrar que era posible construir una *vivienda digna* mediante la inversión de un millón de pesos de la moneda entonces vigente, que era una suma dos o tres veces inferior a la que requería levantar una, corriente, de igual superficie cubierta. Y, como parte de su estrategia, resolvió que la nuestra respondiera a un estilo que no fuera ni colonial ni moderno: colonial, porque impone el empleo de materiales de época, ya caros por entonces, o, en su defecto, nuevos; moderno, porque, según Franci, ese estilo impone una construcción de primera calidad, so pena de resultar impresentable. De modo que optó por lo que definió como "estilo barrio sur 1880", del cual los corralones ofrecían abundantes rezagos a bajo precio, provenientes de las numerosas demoliciones que se estaban llevando a cabo en la zona de Constitución. Otra ventaja que implicaba la elección de ese estilo es que permitía hacer techos de azotea, en losa de hormigón, evitando el costo de carpintería y tejas que impondría elegir el colonial.

Para reunir los elementos necesarios, Franci realizaba frecuentes visitas a los corralones de Avenida del Trabajo y otras zonas de extramuros. Alguna vez lo acompañé en esas excursiones.

Y, a fin de contar con el dinero que requerían tales compras, hubo que entregar la posesión del departamento de Bulnes, lo cual determinó que la familia se dispersara, por carecer transitoriamente de vivienda. Mariquita, Juan María y Milagros se fueron a vivir al Retoño y yo a un modesto hotel llamado *Residencial Lococo*, que quedaba en Pellegrini y Seguí, callejón hoy desaparecido. Hortensio mi cuñado vivió conmigo ese año.

Una o dos veces por mes viajaba yo al Retoño en un ómnibus de la empresa *Río de la Plata,* que tenía su terminal en la calle Valentín Gómez, cerca del Once. Como trabajaba, tales escapadas se reducían a sábado y domingo, de manera que partía el viernes a última hora, dormía en el colectivo y llegaba al *Cruce de Cortizo* en plena madrugada, recorriendo a pie, cuando no me esperaban, los seis o siete kilómetros que separaban la estancia de la ruta que une Las Armas con General

Madariaga. El domingo por la tarde emprendía el regreso para estar en la oficina el lunes por la mañana.

***

La vinculación con El Retoño, comenzada para mí con mi noviazgo, se prolongaría a través del tiempo. Pues no sólo fue el lugar de nuestros veraneos sino que también pasaban allí los chicos sus vacaciones de invierno, acompañados por Mariquita y yo durante unos días. Aquellas temporadas eran muy agradables y eslabonaban cabalgatas, cacerías de patos, liebres y perdices, vida social consistente en intercambio de visitas con los veraneantes de *Cerrillos, San Mateo, El Carmen, El Granado, El Galpón, El Espartillar, El Chajá, San Simón* y otras estancias próximas. Con menor frecuencia se iba también a *Juancho Viejo, El Tala y Loncoy.* El nombre completo, original, de Loncoy, era *Uaca Loncoy* que, en araucano, quiere decir *Calavera de Vaca.* De manera que no dejé de advertir el error cuando, en un momento dado, observé que, en un cartel caminero, figuraba Loncoy como *El Honcoy.* Dado que por entonces yo escribía una columna semanal en la revista *Confirmado*, me referí en ella al asunto, señalando la equivocación: que, a raíz de ello, fue rectificada rápidamente.

Con Carlitos, mi suegro, salíamos a caminar conversando de mil cosas y, frecuentemente, me leía en voz alta *El Mamotreto*, apelativo irrespetuoso que aplicábamos a su formidable estudio del pasado nacional a través de la vida de sus antepasados. Estela madre se encargaba de supervisar discretamente que las cosas funcionaran y, aunque era bastante callada, de vez en cuando mechaba las conversaciones con recuerdos sobre personas y lugares vinculadas con su juventud. También solían pasar temporadas en la estancia María Eugenia y Merceditas, hermanas de Carlitos, y, con menos frecuencia, Beba (Alejandrina), hermana de Estela.

Frente a la casa principal de El Retoño había tres grandes olmos y un césped extendido, que Carlitos procuraba que apareciera bien cuidado. Con el cual se vinculan las dos anécdotas que siguen:

Mariquita le daba clases de catecismo a Lily, hija de una cocinera que estuvo bastantes años. Y, después de explicarle las circunstancias del Pecado Original, le preguntó a su alumna:

—¿Por qué Dios los castigó a Adán y Eva?

A lo que respondió la interrogada:

—Porque comieron la manzana y tiraron las cáscaras por el parque.

Otra vez observaba Carlitos aquel bonito sector y comentó, aludiendo a mis inclinaciones deportivas:

—Pensar que cuando yo me muera, Juan Luis va a plantar aquí un arco de fútbol.

Y le contesté yo:

—No, Carlitos: dos.

Retorno a Lily para agregar otra anécdota que se le refiere. Pues ocurrió que estaban reparando el pararrayos, cuyo cable terminaba en un pozo donde estaba enterrado un viejo radiador de bronce. Enterada la chica de la función que debía cumplir aquello, preguntó:

—¿Y qué pasa cuando el pozo se enllena de rayos?

En la pequeña capilla de El Retoño, situada en un ángulo del parque con vista a una laguna cubierta de junco, recibieron su Primera Comunión de manos del padre Silvestri, párroco de General Madariaga, Juan María, María Eugenia y Catalina. Milagros la recibiría en la iglesia de La Misericordia, en Belgrano.

***

El día de Navidad de 1963 nos mudamos a Esquina Chica, no estando aún concluidas las obras. El apuro por hacerlo y la escasez de fondos determinaron que fallaran algunos detalles de terminación. El más notorio de los cuales consistió en que, cuando llovía, caía tanta agua adentro como afuera de la casa. Cosa que me obligó a pedir un auxilio pecuniario a papá y a Carlitos para mejorar el techo. También, por razones de economía, allí no había *placards* y me llevó algún tiempo ir comprando roperos en remates, para guardar la ropa que se apilaba en los dormitorios.

Con intención de hacerme ahorrar, Franci insistió respecto a que la perforación para sacar agua tuviera sólo 30 metros de profundidad.

Como le señalé que, a tan poca profundidad, las napas estaban contaminadas, me contestó:

—Bueno, lo peor que puede pasar es que pesquen fiebre tifus. Y enfermarse de tifus combina bien con el estilo de la casa.

Ya expliqué que uno de los motivos que nos decidió a comprar el lote donde construimos, consistió en la existencia de un estupendo pacará que ocupaba uno de sus ángulos. Cuya permanencia resultó amenazada más adelante, cuando se vendió la fracción lindera, pues la línea divisoria entre ambas propiedades pasaba a mucho menos de tres metros de donde se alzaba el árbol. Cosa que habilitaba legalmente al vecino para exigir su derribo si le molestaba, cosa muy posible por el enorme tamaño del mismo.

Como el pacará era magnífico y el Código Civil lo ponía en peligro, imaginé un modo de protegerlo. Se me ocurrió en efecto iniciar una campaña tendiente a que la municipalidad creara un registro de ejemplares forestales notables, dignos de protección dentro del partido de San Isidro. De esa manera, pensé, podría inscribir allí el pacará y ponerlo a cubierto de eventuales acciones legales promovidas por mi vecino.

Resuelta la estrategia a seguir, pasé a ponerla en práctica. Y, en consecuencia, publiqué un artículo en la revista local *Entre Nos,* que dirigía Espigares Moreno. El artículo apareció ilustrado con algunas fotografías y suscitó interés. Pero, cuando me proponía efectuar una presentación en la municipalidad, invocando el artículo, descubrí con horror que el pacará me estaba levantando la casa. Sus raíces, en efecto, no sólo estaban removiendo los ladrillos del patio sino que habían aflojado las baldosas del piso del *living*. Situación que me obligó a ser yo mismo quien se encargara de hacer abatir aquel árbol estupendo, tarea que, apesadumbrado, debí encomendar a unos correntinos, agrupados en una empresa cuyo nombre constituía una adecuada metáfora de la actividad que realizaba: *El Tornado.*

Derribado el pacará, desapareció el testimonio de una contingencia doméstica que pudo transformarse en tragedia. Ocurrió que, cuando Milagros apenas caminaba, Mariquita la dejó sentada, apoyada contra el gran tronco, y se alejó para hacer algo. Fue entonces cuando se oyó un tiro y saltó un buen pedazo de corteza a medio metro sobre la cabeza de la chiquita. Como el ruido del disparo había venido del

lado de una quinta de verduras que, por entonces, interrumpía la calle Rodó, Mariquita se dirigió hacia allí como una tromba, encontrándose con que el quintero estaba probando unos cartuchos, escopeta en mano. Balbuceó el hombre una disculpa pero los términos de la filípica que recibió son irrepetibles y estaban vinculados con el lugar donde podía guardarse los cartuchos. La huella de la perdigonada quedó marcada claramente en el tronco del pacará y aún se distinguía cuando hubo que echarlo abajo. Poco después del incidente nació María Eugenia, quizá precipitado el alumbramiento por aquel sobresalto.

Capítulo 5

Edad Moderna

Aunque creo haberlo dicho ya en mi otro libro, insistiré en cuanto a que las Lomas de San Isidro cambiaron mucho en el lapso corrido de los años 60 hasta aquí. No existía el Ramal a Tigre de la Panamericana, la avenida Tomkinson era de tierra y, cuando llovía, de barro. Previo a su cruce con Sucre –yendo de La Horqueta a San Isidro– se hizo un gran pantano en tiempos en que mandaba cierto intendente Gabino. Como el pantano se eternizó, un día, aburrido, clavé en el medio un palo que sostenía el siguiente cartel: CIÉNAGA MUNICIPAL INTENDENTE GABINO. Rápidamente llegaron las máquinas viales de la comuna para rellenar el pantano.

Si transité el plano de la flora al relatar los avatares vinculados con el pacará, me parece oportuno hacer ahora una breve incursión por los dominios de la fauna. Pues, en lo que a bichos se refiere, la zona también cambió. Cuando llegamos a ella, por ejemplo, había una época en que aparecían por todas partes las "gatas peludas", orugas cuyo contacto provocaba una especie de quemadura. También abundaban las arañas, también peludas, que generalmente andaban en parejas. Hoy no se ven ni gatas ni arañas peludas, supongo que como consecuencia de la difusión de insecticidas. Quizá por la misma causa, hay menos mosquitos. Han aparecido en cambio numerosos pájaros que antes no había: cotorras, que hacen oír su estridente parloteo, y hasta caranchos, que vuelan en círculo y se posan en la punta de los árboles altos. También llegaron las "ranitas de zarzal", cuyo chasquido metálico se podía escuchar en Bella Vista pero rara vez en San Isidro.

El tráfico en las calles ha aumentado al punto de resultar ardua empresa cruzar ciertas esquinas, como las de Blanco Encalada o Segundo

Fernández y Márquez, Sucre y Colectora de Acceso Norte, Unidad Nacional (ex *calle de los studs*) y Fleming o Diego Palma y Rolón.

Lo que no ha variado, en cambio, es el pequeño redoble que se deja oír en las misas dominicales, producido por los tapones de botines de rugby o fútbol que calzan tantos chicos y muchachos del SIC, Newman o Pueyrredón. Nosotros fuimos siempre hinchas del SIC, donde Juan María debutó a edad temprana. El equipo infantil que integraba le ganó fácil a uno de Belgrano pero a Juan la cosa no le gustó –quizá porque era menudo y flaquito por entonces– y resolvió practicar otros deportes de allí en más, llegando a jugar muy bien al fútbol, tenis y squash. También las mujeres jugaron al hockey en el SIC durante algún tiempo.

Respecto a las misas dominicales que mencioné al pasar, acoto que por entonces no eran muchas las que se oficiaban en las Lomas, fuera de las celebradas en Santa Rita, donde era párroco el padre Albino, esloveno, que había pasado por múltiples campos de concentración, de uno y otro bando, cuando la Segunda Guerra. Era un santo varón, que murió con cerca de noventa años, cuando aún desempeñaba su ministerio pese a los achaques de la edad. De una ortodoxia impecable, sus razonamientos eran sencillos y directos, expresados en un castellano poco adecuado para acoger matices. De modo que fueron bastantes los cuentos que se repetían en la zona a ese respecto.

Fustigaba a los "comunistas y ateístas", a propósito de los cuales describía situaciones que terminaban, casi siempre, con la mención del funesto final de algún impío: "cáncer de estómago, listo para cementerio". También fustigaba a quienes, al ver un cura, tocaban fierro y decían ciertas barbaridades que el párroco repetía textualmente, sobresaltando a la distinguida concurrencia. Y, cuando los chicos molestaban más de la cuenta, solía expresar: *Jesucristo dijo: dejad que los niños vengan a mí... pero de cuatro a seis para aprender el catecismo.*

Resultó muy celebrada una anécdota que, con intención de ilustrar sobre las excelencias de la oración, hizo conocer a la feligresía un domingo en misa de once.

Relató que, en su pueblo o en alguno próximo, informados los habitantes de que podían sufrir un ataque aéreo, se reunieron en la iglesia para rezar. Los aviones llegaron, todas las bombas cayeron en la iglesia... y sus paisanos se fueron al cielo.

En algún momento de los ochenta, el barrio resultó estremecido por una serie de crímenes, realizados por alguien a quien se denominó "El Sátiro". Era un hombre de una agilidad tan notable que le permitía saltar cercas y portones con facilidad, amén de trepar a techos y azoteas. En lo de Lanusse llegaron a verlo, pero escapó saltando una verja. Sus víctimas, siempre mujeres y habitualmente niñitas, fueron muchas, quizá una decena. Era pleno verano, la gente estaba aterrada y la policía realizó un extraordinario despliegue. Agentes disfrazados de diversas maneras patrullaban a toda hora, recomendando a las vecinas no salir sino en grupos de varias personas. Tácitamente autorizados para ello, todos andábamos armados. Hernancito Seeber recorría las calles portando una *Itaka* del 12 grande.

Cierta noche, los chicos estaban en El Retoño, salvo Milagros, que tendría entre doce y quince años, y pasaba unos días en *Los Médanos,* el campo de los Bosch en Necochea. Había una gran luna, la hora era avanzada y, con Mariquita, dormíamos en el cuarto del piso alto, que da a la terraza, con la ventana abierta. En un momento dado me despertó un ruido de pasos en el techo. Tomé el 38 que tenía en la mesa de luz y, al ver una sombra que se proyectaba ante la ventana, lo amartillé dispuesto a disparar. Recién entonces se oyó el grito:

—*¡Viejos, soy yo!*

Se trataba de Milagros, a quien Pancho había dejado en el portoncito de entrada después de viajar toda la noche. Y que, hallando las puertas cerradas con llave, no tuvo mejor idea que subir a la terraza para, por la ventana, pedirnos que le abriéramos.

Semanas después El Sátiro fue abatido por la policía, cuando unos vecinos lo descubrieron escondido en un cobertizo, tras una pila de leña. Y pudo establecerse que tenía su guarida en un baldío, propiedad de los Raggio, y que disponía de un Fiat 600, color blanco o crema. Cuando me enteré de esto último, recordé que una tarde, al bajar del 60 en el puente de Tomkinson y Ramal a Tigre de la Panamericana, me llamó la atención un *fitito* de color claro, estacionado sin nadie a bordo, a través de cuya luneta se veía una muñeca.

Y ya que de criminales estoy hablando, diré que, también operó en la zona el temible Robledo Puch, otro "asesino serial" como les dicen ahora a este tipo de maniáticos. Recuerdo que, después que lo

agarraron, tuve que ir una mañana a los juzgados penales de San Isidro, con motivo del robo de un coche asegurado en Atalaya, compañía donde trabajaba. Tenía que verlo a un doctor Padilla, que era Secretario y estaba interrogando a un detenido. Informado sobre mi presencia, tuvo la amabilidad de salir un momento para atenderme. Pese a que era un funcionario con larga experiencia en el fuero criminal, estaba pálido y me dijo, espantado:

—*Estoy interrogando a un monstruo. Se llama Robledo Puch.*

De todos modos, pese a estos casos extremos y excepcionales, casi no había entonces problemas de seguridad. A nadie le inspiraba ningún temor andar de noche por cualquier parte. Agregaré no obstante tres casos que desmentirían lo dicho aunque, lo repito, se haya tratado de situaciones muy poco habituales.

Uno se refiere al robo de una silla tijera que alguien se llevó de la galería, siendo visto por Mariquita, que, ni lerda ni perezosa, tomó un pequeño revólver 22 que yo le había regalado, corrió al ladrón, lo descubrió escondido en una zanja y le ordenó rajar, abandonando la silla. Cosas ambas que el hombre acató sin chistar. Al volver con la silla, los chicos, que eran bastante chicos por cierto, le preguntaron:

—*¿Mamá, lo mataste?*

La respuesta negativa los decepcionó, acostumbrados a ver películas del Far West donde los bandidos son liquidados invariablemente.

El otro caso consistió en el robo de unas camas de bronce que estaban en el garage, cerca de donde se hallaba atado uno de los perros que tuvimos, probablemente *Rufus*, que era feroz. Ocurrió que una mañana fuimos con Mariquita a misa de 8 en Santa Rita y, al volver, María Eugenia comentó que un hombre presuntamente autorizado por mí había venido a retirar las camas, las cuales efectivamente habían desaparecido, salvo la cabecera de una de ellas que estaba cerca del perro.

Con el coche recorrí el barrio en todas direcciones, buscando el carro en que el sujeto había cargado lo robado, según dijera María Eugenia. Pero no di con él. Días después, cuando nos estábamos levantando, la misma María Eugenia me dice:

—*Viejo, ahí está el que se llevó las camas.*

Sorprendido, me puse un batón, metí mi revólver en el bolsillo y encaré al hombre que, con toda desenvoltura, me ofreció comprar la cabecera que no había podido llevarse. Saqué entonces el arma del bolsillo, le apunté, lo traté de ladrón y le intimé devolverme lo que había robado, amenazándolo con llamar a la policía. Fue entonces cuando un chico que iba con él se puso a llorar diciendo:

—*Mi papá no es un ladrón, mi papá no es un ladrón.*

Como en realidad las posibilidades de devolución eran decididamente escasas, le dije que se mandara a mudar antes que cambiara de idea.

Pasados muchos años, recibí una citación de la comisaría de Beccar, donde me preguntaron si en algún momento me habían robado unas camas de bronce, cosa que parece había confesado alguien "sometido a un hábil interrogatorio", según se suele decir en estos casos. Contesté que sí pero, como las camas no habían sido recuperadas, el trámite no sirvió para nada.

La última de estas historias policiales la tuvo por protagonista a mi hija Cata, que tendría, supongo, 12 ó 13 años. Resulta que, después de uno de nuestros partidos de fútbol sabatinos, correspondientes al *Torneo Músculo y Amistad*, varios de los jugadores se quedaron a almorzar en casa. Y Jorge Pefaure, número 9 de mi equipo, tenía que ir luego a Pilar por algún motivo. Cata se ofreció para acompañarlo y, antes de tomar la Panamericana, un muchachón les "hizo dedo". Jorge paró, como todavía era habitual, y lo hizo subir al coche, donde ocupó el asiento de atrás, viajando Pefaure y Cata adelante. No habían andado mucho cuando el pasajero sacó un revólver, ordenando seguir sus instrucciones. Estaba muy nervioso y Jorge le dio charla para que se calmara. No obstante lo cual se le escapó un tiro, que pasó entre las piernas de Cata, agujereándole la pollera. Así llegaron cerca de Pilar, donde el ladrón indicó abandonar la autopista y tomar una transversal. Recorrido un buen trecho, mandó entrar en un extenso baldío, detener el coche y que Jorge y Cata se bajaran. Ésta, que se había quitado disimuladamente el reloj y una cadenita de oro que llevaba, adornada con una cruz de perlas, al abrir la puerta los dejó caer entre los yuyos.

El asaltante tomó el volante y, manejando con torpeza, se llevó el coche.

Un vecino, a quien pidieron ayuda, los condujo a la comisaría de Pilar para denunciar el robo. Desde allí, cumplido el trámite, volvieron a casa. Cata, que no se resignaba a perder sus cosas, insistió para que la llevara al lugar en que las tirara. Fuimos los tres, Cata, Pefaure y yo, arribando allí ya de noche. Se trataba de un descampado solitario, lleno de yuyos altos, donde nos internamos con el auto, avanzando a baja velocidad. En un momento dado, Cata resolvió que paráramos, abrió la puerta y, pese a la oscuridad, justamente a sus pies, entre el yuyal, halló todo lo que buscaba. Más adelante, de esa cadenita colgaría la llave del Sagrario, en un Centro del Opus Dei donde vivió mi hija.

***

Entre nuestros vecinos más o menos próximos de aquella época se contaban los Orol, que fueron muy amables con nosotros desde que llegamos; los Cressal y Primrose, ingleses; los Franchino; los Dussault, Alexandre, Rusthaller, Sieburger, Plagos y, más tarde, Seeber, Castaños, Pettygriew (¿se escribirá así?), Graci Susini, García Costa, Moreno Vivot, Moyano, Pan Peralta, Anders, Lynch, Lamarca, múltiples parientes y entenados de los Bosch, afincados en las proximidades de la calle Reclus, y unos cuantos más que seguramente se me quedan en el tintero.

Mariquita siempre se dio mucha maña para acometer actividades que reportaban sustanciales refuerzos al presupuesto familiar. La primera de ellas consistió en tejer a máquina unas prendas para chicos que vendía en una tienda de San Isidro que se llamaba *Michou.* Luego fabricó unas bonitas flores de papel que, acondicionadas dentro de un frasco, pasaban a formar la base de unas lámparas muy decorativas. En ese negocio, que le salió bien, actuó asociada con Mariamá Pagés de García Costa, quien la acompañaría luego en otros emprendimientos. A cada uno de los cuales dedicaré un breve párrafo seguidamente.

Después del de las lámparas, Mariquita, Mariamá, Pili Alamán de Peltzer y Teresa Maciel de Colombo se pusieron a fabricar las viandas que la línea aérea Austral servía a los pasajeros en sus vuelos de cabotaje. Amén del trabajo personal de cada una, contrataron algunas operarias que se instalaron en el garage de Esquina Chica. El cual pronto les quedó chico, de manera que, como el asunto daba buena plata, las integrantes

de "Pacará" (que así se llamaba la sociedad de hecho creada al efecto) compraron una casa sobre la calle Elflein, donde se trasladaron con sus bártulos. La cosa fue muy bien y la facturación aumentaba, hasta que Austral empezó a sufrir dificultades económicas, dejó de pagar y se presentó en convocatoria. Cuando la deuda de Austral con Pacará y de Pacará con sus operarias adquirió importancia, aconsejé dar un corte a la situación, antes que se volviera inmanejable. Así se hizo y supongo que la decisión resultó acertada, aunque no estoy seguro.

Como saldo de todo ello, amén de las ganancias obtenidas, quedó la casa que se había comprado. Donde Mariquita y Mariamá instalaron un Jardín de Infantes que se llamó *Platero* y que se trasladó allí, luego de haber comenzado sus actividades en lo de García Costa. Platero tuvo largos años de exitosa actividad y se hicieron famosas las fiestas que se organizaban al concluir cada año. Para realizar las mismas se alquiló alguna vez el teatro del Colegio Marín y otra el cine *Stella Maris* de San Isidro. Se representaron en esas celebraciones piezas de teatro breves, zarzuelas y números musicales, con participación de casi todos los chicos, cuyos disfraces confeccionaba Mariquita uno por uno. Las celebraciones incluían también demostraciones gimnásticas, organizadas por Marina Sanguliano, vecina nuestra y maestra en Platero.

Los egresados y egresadas ingresaban mayoritariamente a Los Molinos y el Buen Ayre, colegios cuya dirección espiritual está a cargo del Opus Dei. Pero, en algún momento, ambos establecimientos resolvieron montar sus propios Jardines de Infantes, circunstancia que perjudicó a Platero y determinó finalmente su cierre.

Sin embargo, Mariquita no era de quedarse mano sobre mano. Así que, asociada ahora con Pili Alamán, organizó en la casa que fuera de Pacará y de Platero un taller para hacer marcos. Tarea en la cual una y otra adquirieron gran destreza, aunque a Mariquita le costó la pérdida de una falange del dedo meñique, accidente que la afectó mucho aunque lo sobrellevó con su habitual entereza.

Ye enferma de su última enfermedad, Mariquita siguió yendo a trabajar al taller de marcos hasta que la abandonaron sus fuerzas. Después de morir ella, se vendió la casa.

***

En cuanto se me refiere, mi libro anterior recogió suficientes menciones de las actividades que fui desarrollando, tanto en la esfera pública como en la privada. O, dicho más concretamente, en los gobiernos militares de Onganía y el Proceso, en la sindicatura de alguna Obra Social durante el de Alfonsín y parte del de Menem, en la compañía de seguros Atalaya, en el estudio jurídico que tuvimos con Santiago Estrada, en la editora de la UCA, como profesor de dicha universidad y como responsable de la revista de la Escuela de Guerra Naval. Todo ello salpicado por viajes, conferencias, colaboraciones en distintos medios y la publicación frecuente de sucesivos libros. A fin de no resultar reiterativo, entonces, para completar este capítulo me limitaré a consignar detalles menores, vinculados o no con sucesos ya relatados.

Antes de abandonar el ámbito de las Lomas de San Isidro, agregaré un par de cosas que las tuvieron por marco.

Apunto por lo pronto que la casa de Esquina Chica, sobre cuya construcción he abundado, fue objeto de sucesivas ampliaciones y mejoras. Se le agregó una planta alta, encargándose del proyecto y la dirección de obra Alfredo Barcia, arquitecto y mediocampista en mi equipo de fútbol. Antes o después de eso se añadió un garage, un lavadero y un cuarto de servicio. Por último, con motivo de mi casamiento con Rosario, los chicos nos regalaron un cuarto de estar y otro de roperos en el piso alto.

En su momento, para resolver un problema de equilibrio arquitectónico, Barcia, con buen criterio, estimó conveniente hacer un chaflán en la planta alta y ubicar allí alguna estatua concordante con el estilo de la construcción. Así me vi enfrentado al problema de hallar la estatua respectiva que, además, debía conseguir a bajo precio pues la plata para concluir la obra no abundaba.

Recorrí corralones y marmolerías sin éxito. Pues, cuando encontraba algo adecuado, era carísimo. Hasta que se me ocurrió que, en las proximidades del cementerio de Boulogne –un cementerio más vale modesto– podía dar con lo que buscaba. Encontré, en efecto, unos angelitos bastante adecuados, pero hechos de cemento. Y yo buscaba alguna figura de mármol. Pregunté entonces al dueño del negocio si no tendría el original sobre el cual se había vaciado el molde de aquellos angelitos. Pregunta oportuna, ya que me informó que, si bien había dejado de fabricar éstos, conservaba el modelo del que se sirviera,

que efectivamente era de mármol y había estado en una iglesia de San Antonio de Areco. Por muy poco dinero compré aquel original, que todavía luce en Esquina Chica.

Durante largos años, en la cuadra de la calle Elflein que se extiende desde Rodó hasta Bariloche sólo había tres casas. En la esquina de Rodó, la nuestra; en la esquina de Bariloche, Llosa y los Franchino. Entre la nuestra y la de Llosa, un baldío que aún pertenecía, según creo, a un señor Souvirón que había sido dueño de gran parte de la manzana. En aquel baldío, que estaba lleno de yuyos, pastaba un caballo de los Franchino y los chicos jugaban a sus anchas. Amén de comerse, todavía verdes, las ciruelas que daban unos arbolitos que había allí, con las previsibles consecuencias de carácter digestivo. También había en el baldío un fresno grande, que aún se puede ver, en cuyas ramas altas ataron alguna vez una soga, deslizándose por la cual bajaban en diagonal a gran velocidad, pegándose más de un porrazo.

Vivíamos en Esquina Chica cuando Mariquita perdió un quinto hijo, que era varón y debió llamarse Félix, en recuerdo del primer Gallardo que llegó al país. Después de esa pérdida, Mariquita no volvió a quedar embarazada, pese a que realizó varios tratamientos para lograrlo.

Soy partidario de embanderar las casas los días de fiesta patria. Cosa que siempre se hizo y se sigue haciendo en Esquina Chica los 25 de Mayo, 9 de Julio y, a partir de 1982, los 2 de abril.

Por venir a cuento, paso a transcribir, abreviada, una nota que publiqué en La Nueva Provincia y que tiene por escenario nuestra zona.

... El hecho es que saco el perro noche a noche y ello me otorga la posibilidad de dar una vuelta por el barrio a la luz de las estrellas, mientras los vecinos se disponen al sueño. Tiene mucho de agradable este breve periplo nocturno. Los afanes de la jornada han quedado atrás, los jardines huelen a riego, se oye el paso lejano de un tren que habitualmente no es posible escuchar, las sombras disimulan aspectos poco gratos de la realidad que se manifiestan a pleno día. Y, así como el relativo silencio permite que llegue a mis oídos el ruido del tren lejano, también me deja oír otros sonidos, ahogados por el trajín en momentos menos tranquilos.

Hará cosa de quince días saqué a pasear el perro. Caminaba cerca de casa, fumando un cigarrillo, atento al concierto de los grillos que aún cantan en este rincón suburbano. Fue entonces cuando, de pronto, advertí que un rumor diferente llegaba desde algún lado. Se trataba de un murmullo monocorde, cadencioso. Resuelto a establecer su origen me arrimé hasta una casa próxima, pues parecía salir de alguna de sus ventanas, abiertas e iluminadas. Y, sin haberme propuesto actuar como espía, observé una escena que, amén de explicar la razón del murmullo, conmovió mi espíritu, brindándome cauce propicio para algunas reflexiones.

Lo que vi por la ventana fue a un vecino mío –hombre excelente, escribano por más datos, setentón de pelo blanco y ojos celestes, bondadoso y dechado de honradez– que lavaba los platos en la cocina, pues su mujer fue operada no hace mucho. Mientras cumplía tal tarea, mi vecino rezaba el rosario en voz alta, contestando su mujer desde otro cuarto. Y la sucesión de avemarías conformaba aquel murmullo, monocorde y cadencioso, que me llamó la atención mientras paseaba.

Me emocionó la escena, a qué negarlo. Ese hombre grande, profesional conocido, que con toda sencillez ayudaba a su mujer convaleciente mientras rezaban ambos, constituía una demostración elocuente de un modo ejemplar de vivir la vida. Era, por lo pronto, un matrimonio que llevaba largos años unido (han cumplido sus bodas de oro), con todo lo que ello implica de tolerancia, experiencia y buen sentido. La labor de lavar platos entrañaba una demostración perfecta de ayuda espontánea y oportuna. El rezo compartido del rosario constituía de por sí la explicación más acabada del fundamento profundo en que se había apoyado una existencia larga, honesta y feliz. Por último, el hecho de que ese rezo tuviera lugar en voz alta, permitiendo ser oído por un transeúnte casual, indicaba la ausencia de estúpidos respetos humanos, algo así como una "santa desvergüenza" propia de quien actúa con la fresca naturalidad que otorga una fe auténtica.

Celebré haber sacado a pasear el perro aquella noche, pues recibí una lección de vida, sin que quienes me la dieron se

hubieran propuesto enseñarme nada. Si bien, al rato, caí en la cuenta de un detalle: es lamentable que la circunstancia fortuita de haber escuchado a alguien rezar en voz alta constituya un acontecimiento excepcional, merecedor de comentario y tema suficiente para una nota periodística. Así reparé, por contraste, en que el mundo se está olvidando de rezar. Y así anda. El rezo del rosario en familia era una costumbre arraigada cien años atrás. Ya no lo es. Y debería volver a serlo. Será cuestión de adquirirla, amigo lector. Antes que el mundo se vaya a los caños, con perdón de la palabra.

Aclaro ahora dos cosas: *Con perdón de la palabra* se llamaba la columna que yo escribía semanalmente en La Nueva Provincia. Y el matrimonio que diera tema a mi nota lo constituían Hernán Seeber, hermano de Franci, y María Cristina (*Vogele*) Castro Cronwell, su mujer.

***

A todo esto, yo había ido haciendo carrera en Atalaya. Con motivo de lo cual casi no me recibo pues, a raíz de una guerra interna que se planteó entre el dueño, Eric Kay MacDonald, y los funcionarios superiores de la empresa, yo tomé con convicción el partido de aquél, a quien entendí debía lealtad, resultando a la postre el bando vencedor. Circunstancia que me impulsó hacia arriba en la compañía, antes de haber concluido la carrera de abogado. De todas maneras terminé por recibirme y, hasta la muerte del patrón, en 1978, lo secundé desde el nivel superior de la compañía, inmediatamente subordinado a él.

Atalaya ejercía la representación de dos aseguradoras británicas, la *Law Union & Rock* y la *British Traders*. Y recuerdo muy bien el día en que, con motivo de tal representación, debí participar por primera vez en una reunión de la Asociación de Aseguradoras Extranjeras en la Argentina. Concurrí con la convicción de que me encontraría en uno de los lugares donde se adoptaban decisiones que podían influir en la marcha del país, ya que, en alguna medida, así había sido durante mucho tiempo, según tenía entendido. Diré más, tal asistencia me suscitó algún escrúpulo, preguntándome si no me estaría convirtiendo en un "vendepatria".

La reunión fue a media mañana, en un edificio viejo y de noble porte, creo que en la calle Cangallo, que todavía se llamaba así. Pero mis preconceptos, respecto al poderío de las aseguradoras extranjeras, comenzaron a tambalear cuando advertí que el salón donde nos reunimos, en torno a una gran mesa de Directorio, aparecía decididamente venido a menos, con las cortinas raídas, desteñidas, y la "moquette" medio pelada.

El desarrollo de la reunión terminó de desvirtuar mi idea previa. Pues observé que los presentes, lejos de dedicarse a urdir sutiles estrategias para imponer sus designios al Estado Nacional, se mostraban profundamente preocupados por lo que pudieran resolver funcionarios de poca monta del Instituto Nacional de Reaseguros, en materias vinculadas con la actividad aseguradora en general o con casos concretos sometidos a su decisión. Advertí así, por experiencia directa, que la realidad de las cosas suele ser diferente a las teorías elaboradas a su respecto.

Eric MacDonald era un refinado *gourmet* y pertenecía a una asociación de distinguidos caballeros que tenían su misma afición. Los cuales se reunían mensualmente en casa de uno de ellos, en forma rotativa, a fin de saborear unas comidas exquisitas. Cuando le tocaba a Eric organizar la reunión, en Atalaya la actividad aseguradora pasaba a segundo plano. Pues toda la compañía se ponía al servicio del éxito de aquellos encuentros, minuciosamente organizados por el patrón.

Hace mucho que aprendí algo: a la gente hay que hacerla hablar de lo que sabe y le gusta, procedimiento que permite enterarse uno de cosas interesantísimas que, de otro modo, nunca habría conocido. Con Eric MacDonald descubrí que al arte de la cocina bien cabe incluirlo entre las bellas artes y pude atisbar la existencia de un mundo poblado por componentes sutiles, tales como las trufas, el estragón y la *ciboulette*. Afortunadamente, advertido sobre la existencia de ese mundo, me fue dado apreciar que, tanto Mariquita como Rosario, contaban con el talento necesario para transitarlo con autoridad.

El día de la inauguración del Campeonato Mundial de Fútbol, disputado en la Argentina en 1978, yo me quedé trabajando en Atalaya, sin recordar que se había dado un asueto, en virtud del cual el personal se retiró antes de la hora de cierre. Lo cierto es que, al advertir que en el edificio se había aposentado un silencio poco usual, me acordé del franco y pretendí salir. Inútil empeño. Todo estaba cerrado, no había

quedado nadie y las llaves se las habían llevado. Con el agravante de que en las calles no había un alma, pendiente todo el mundo del comienzo del Mundial. Me parece que era un viernes, de modo que tenía el fin de semana por delante. Y ahí empecé a preocuparme.

Recordé por fin que el patrón tenía llaves del edificio en su casa y, rogando que estuviera allí, lo llamé. A Dios gracias lo encontré y se tuvo que costear hasta el centro para abrirme.

Según corresponde a un buen *gourmet,* Eric *(Gugu* para sus amigos), era gordo y en su cara rubicunda brillaban dos ojitos intensamente celestes. Cuando uno salía con él para hacer alguna diligencia, proponía de inmediato: *tomemos un taxi cab.*

Sin agotar la lista anotaré que, entre la gente que trabajaba conmigo en la compañía se contaban el señor Fernández Sampayo, los Soriano, Jaime, Viqueira, Pérez, Donato, el negro Fernández, Del Valle, Arrieta, Chaparro, Plorutti, Poët, el gallego Rodiño, Millán (El Tigre), los Serrano, los Pires, Di Giorgio, Balice, Rotta, Vázquez y, entre las mujeres, Costa, De la Cruz, Tarifa, Sánchez, Prado... Una de ellas era Beatriz Rhode, que había sido destacada nadadora con títulos nacionales en su haber. Respecto a quienes tuve como secretarias, y de las cuales conservo el mejor de los recuerdos, fueron Sarita Gada, Mercedes Montesinos y Marisa Fernández. Mi primer jefe fue Mariano Chaparro, entrerriano de Gualeguaychú, excelente persona con la que todavía nos hablamos por teléfono de vez en cuando.

Atalaya aseguraba a la Compañía Nobleza de Tabacos, conocida empresa británica que fabricaba cigarrillos de consumo masivo en el país, entre ellos los *Liga 58* que fumaba papá y con los que yo descubrí el placer de pitar. El riesgo quizá más importante que cubrían nuestras pólizas era el de transporte en camión de sus productos, ya que cada cargamento valía una fortuna. Y ocurrió que, a partir de un momento dado, empezaron a asaltar los camiones de Nobleza. *Piratas del Asfalto,* como los llamaron luego, reducían a los conductores, desviaban el vehículo de la ruta, lo desvalijaban y, vacío, lo abandonaban. Cada uno de estos hechos significaba un notable desembolso para Atalaya, lo cual generó una gran preocupación entre sus funcionarios.

Así estaban las cosas cuando apareció un individuo, que ofreció vender información vinculada con los asaltos. Como la suma que pedía no era desmesurada y el asunto lo justificaba, aconsejé aceptar la oferta y escuchar al *confidente.* Quien me informó lo siguiente:

Se trataba de una banda que contaba con una organización militar, usaba uniforme policial y estaba al mando de un jefe inteligente y decidido, que se hacía llamar *comandante,* cuyo nombre me suministró. Y que resultó ser el de un ex integrante del Sindicato Universitario de Derecho, subordinado mío cuando estuve al frente de esa organización estudiantil.

En posesión de tales datos, me puse a pensar quién podía mantener contacto con aquel *viejo camarada.* Y recordé a un amigo común, que había sido muy compinche con el actual "comandante" y que a la fecha ejercía su profesión de médico psiquiatra. Di con él, le pregunté si conservaba aquella relación y, ante su respuesta afirmativa, le dije:

—*Mirá, yo no pretendo que deje de robar cigarrillos. Lo que sí, pedile de parte mía que cambie de marca. Porque si sigue con los de Nobleza va a hacer quebrar la compañía de seguros donde me gano la vida.*

El mensaje llegó a destino y los camiones desvalijados empezaron a ser los que transportaban cigarrillos de otras marcas.

Pasados varios años, Nobleza sufrió algunos nuevos robos. Y llegamos a saber que los cigarrillos robados se estaban vendiendo en la provincia de San Juan. Donde, casualmente, estaba de Jefe de Policía Enrique Graci Susini (el *Mono Graci*), viejo amigo nacionalista que también había estado conmigo en el SUD. De manera que le hice saber al patrón que me hallaba en condiciones de pedirle al Mono que tomara cartas en el asunto. Y a Eric le hizo gracia enterarse de la amplitud del arco de mis relaciones, que incluían a jefes de policía y a jefes de banda. Ninguno de los cuales solicitó compensación alguna para hacer el favor que les pedí.

Los primeros automóviles de que dispuse me los facilitó Atalaya. Y se trataba de aquellos que, sustraídos a los asegurados, la compañía había pagado apareciendo luego. Y, como el trámite necesario para obtener su traspaso definitivo a veces se complicaba, mientras duraba el mismo, autorizado por el juez de la causa, disponía yo del vehículo. Así pasaron por mis manos un Di Tella negro, un Fiat 1500 azul y un Chevrolet 400 verde. Luego compraría yo un Citroën 3 CV celeste, un Ford Taunus sedan y otro cupé, ambos plateados, un Fiat Spazio blanco y un Renault 9 azul, que todavía utilizo.

Mientras tuve el Di Tella, fui Asesor en el gabinete de Santiago Estrada, en el ámbito del Ministerio de Bienestar Social, siendo presidente el general Videla. Guardaba el coche en el garage del ministerio, que funcionaba en el edificio del Banco Hipotecario, Hipólito Yrigoyen entre Balcarce y Defensa. Y salía de allí una noche cuando, cuadras más adelante, me paró una patrulla militar, indicándome el oficial a cargo que tenía apagada una de las luces de posición. Tal vez confiado en el carnet con escudo nacional que llevaba en el bolsillo, respondí:

—Eso no es nada. Además, este auto es robado.

A lo cual replicó el oficial que, por lo visto, no estaba dispuesto a complicarse la vida:

—Está bien, siga nomás.

***

Sobre mi paso por el gobierno de Onganía no tengo nada que agregar a lo ya relatado anteriormente. Y, en lo que atañe a mi regreso a la función pública en 1976 (advertirá el lector la ominosa coincidencia de mis actuaciones con los períodos en que el país fue regido por gobiernos militares), sólo añadiré un par de cosas a lo antes dicho.

Se me ocurre que resultará ilustrativa respecto a la orientación ideológica del Proceso la anécdota que sigue: un periodista amigo mío, actualmente afincado nuevamente en su tierra natal, me comentó que en alguna repartición del gobierno habían advertido la necesidad de contrarrestar el influjo cultural de la guerrilla, financiando la edición de libros de orientación contraria, a los cuales se les daría amplia difusión. Y me propuso que yo escribiera uno.

Después de pensarlo le respondí que no me gusta escribir por encargo y que, además, el libro adecuado al caso ya lo había escrito y es mi novela "Los Ombuses de Falucho", donde desarrollo el tema de la génesis de la guerrilla en un pueblo chico, hallándose la obra agotada. Mi contrapropuesta consistía, sencillamente, en que se realizara una reedición de muchos ejemplares y se la distribuyera convenientemente.

Como a mi amigo la idea le gustó, le entregué un ejemplar de "Los Ombuses" para que él se encargara de darle curso. Pasado cierto tiempo me informó que la cosa iba bien. Pero, poco después, me hizo saber que había naufragado, explicándome que el encargado de admitir los textos era un historiador bastante conocido, cuyo nombre me dio, director de una revista especializada que no es "Todo es Historia". Y resulta que el hombre empezó a leer mi libro pero, al avanzar en la lectura, llegó a la conclusión de que se trataba de *un libro fascista* y que, por lo tanto, no se lo debía difundir.

Por esas vueltas de la vida, desde hace unos años compartimos un jurado con dicho historiador. Que no sé si sabe que yo sé.

De quienes conformaron las Juntas conocí a los que gobernaban cuando las Guerra de Malvinas, es decir a Galtieri, Anaya y Lami Dozo. Me hice amigo de Anaya, tuve buena relación con Galtieri y a Lami Dozo lo traté muy poco, en los almuerzos que organizaba el almirante en el Centro de Oficiales de la Avenida Quintana. También charlé una vez con Massera, en un encuentro concertado por Anaya que tuvo lugar en el Hospital Naval.

Durante mi paso por Ediciones Culturales Argentinas trabajó conmigo Horacio Ricardo Dobarro. Un hombre de origen sumamente modesto que, gracias a su dedicación, laboriosidad e inteligencia, llegó a ser Director Nacional en la Secretaría de Cultura. Peronista declarado, ideológicamente nacionalista, en algún momento tuvo por tarea supervisar los trabajos realizados en la tumba donde serían depositados los restos de Perón. Con ese motivo poseía un plano de la bóveda, con el detalle de dichos trabajos, que tuvo la gentileza de mostrarme cuando se produjo el misterioso robo de las manos del ex presidente. De manera que, a raíz de ello, estoy en condiciones de asegurar que las medidas adoptadas para garantizar la seguridad de aquellos restos fueron extremas (una gruesa losa de hormigón los cubría y un ancho cristal, a prueba de balas, conformaba el frente del pequeño espacio donde reposaban, clausurado por varias cerraduras que debían abrirse con llaves diferentes). Por lo tanto, sólo el empleo de tales llaves o una larga, paciente y ruidosa labor de muchas horas pudieron hacer posible la macabra operación.

También estaba en ECA cuando tomó contacto conmigo una señora de cierta edad, ofreciéndome para su publicación las cartas que, siendo

una joven maestra, le dirigiera Leopoldo Lugones. Concurrí a su casa, en Belgrano, donde me mostró varios objetos personales del gran escritor (recuerdo una lapicera y unos lentes), como así también un grueso fajo de cartas. Se trataba de cartas de amor, de las que podría dirigir un hombre maduro a una chiquilina que le hubiera sorbido el seso. Yo tuve la impresión de estar invadiendo un terreno de intimidades vedado a terceros, de modo que, por respeto a la memoria de Lugones, resolví no aceptar el ofrecimiento. Y si ahora cuento esta historia es porque, pasados unos cuantos años, las cartas fueron publicadas.

Clausuraré este capítulo con una pequeña anécdota ocurrida, aproximadamente, en la época de la que me estoy ocupando. Sucedió que, por un motivo que no recuerdo, me invitaron para hacerme una entrevista en Canal 13. Y, antes de entrar al estudio –la entrevista salía en directo– pasé revista a mi aspecto, para corroborar que todo estuviera como es debido. Inspección que me permitió comprobar que tenía un agujero en la caña de una media, consecuencia seguramente del aterrizaje de una brasa de cigarrillo. La situación no era fácil de resolver pues, respecto a entrevistas televisadas, nunca se debe descartar la posibilidad de que un camarógrafo travieso se cebe mostrando algo que no ha de mostrarse, en perjuicio del entrevistado. Mis medias eran azules y el momento de ingresar al estudio se aproximaba. Por suerte se me ocurrió una idea salvadora: eché mano a mi Parker 51 y me pinté el correspondiente sector de piel con tinta de un color casi idéntico al tono de mis medias, operación que enmascaró el agujero por completo.

Capítulo 6

Edad Contemporánea

Convocado por Juan Olmedo, en 1992 comencé a enseñar Historia Argentina en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina. Creo que fui el primer sorprendido al verme ejercitando la docencia, pues nunca me había dado por ahí ni me sentía capacitado para ello. Pero lo cierto es que me terminó gustando y hasta diría que no lo hice tan mal a lo largo de los quince años en que dicté clase.

Ciencias Políticas funcionaba en una casa de dos o tres plantas, que recordaba vagamente a las de alguna ciudad balnearia que hubiera tenido su período de esplendor después de concluida la Primera Guerra Mundial. Estaba situada en la avenida Córdoba, entre Callao y Rodríguez Peña y allí imperaba por entonces Francisco (*Pachi*) Arias Pelerano, cuya muerte en el día de ayer me acaban de comunicar, mientras escribía estas líneas.

La Escuela, actualmente Instituto, debe su existencia a Pachi Arias, que admitió en ella a un variopinto cuerpo de profesores, entre los cuales se contaba cierto número de nacionalistas que difícilmente hubieran sido aceptados en otra parte, no por carecer de idoneidad sino por ser *políticamente incorrectos,* cosa que no obstaba a que algunos de ellos lo criticaran frecuentemente a Arias, sin sentirse mayormente obligados a su respecto, como correspondía.

Me abstendré de hacer mención circunstanciada de nuestros alumnos pues, por un lado, la lista sería interminable y, por otro, aún reduciéndome a los más representativos, siempre se me hizo difícil retener nombres, de manera que incurriría en graves omisiones. Sí puedo decir que el nivel promedio de cada camada variaba sensiblemente de un año para otro. Lo cual no obstaba que, siempre, el conjunto estuviera

conformado por una mayoría discreta y dos minorías: la de los borricos irredimibles y la de los excelentes estudiantes, integradas ambas por mujeres y varones si bien, habitualmente, aquéllas eran más estudiosas que éstos. Pero, al margen de sus aptitudes y dedicación, lo cierto es que a los alumnos uno les iba tomando afecto según avanzaba el curso.

Nuestra cátedra siempre fue más vale benévola y en las pruebas o exámenes ofrecíamos muchas posibilidades para aprobar. De manera que quienes resultaban bochados es porque eran realmente irrescatables. Y, para estos casos extremos, Juan Olmedo me dio un sabio consejo:

—*Nunca pongas un tres, porque el alumno se queda con la impresión de que pudo aprobar y que lo reventaste de puro mal tipo. Si tenés que reprobar, poné un dos o un uno.*

Según la modalidad que establecimos, los exámenes empezaban con una exposición del alumno sobre un tema elegido por él, debiendo pasar luego a hablar sobre los puntos señalados por la cátedra. Y, conocedores de mis inclinaciones, era frecuente que los muchachos, apelando a una estrategia bastante inocente, empezaran hablando de Rosas o las Malvinas.

El primero o segundo año que di clases en la UCA me anoté para competir en las olimpíadas internas, integrando un dobles caballeros de tenis. Pero, aunque concurrí a la localidad de San Martín, donde tuvieron lugar las mismas, la categoría quedó desierta y no llegué a jugar.

Mi carácter de profesor le facilitó a Eduardo Quintana hacerme nombrar director de EDUCA, la editorial universitaria. Fue ésta una tarea que realicé con mucho gusto, especialmente porque llegamos a constituir un grupo unido y eficaz para ponerla en marcha. Mientras estuve a cargo de EDUCA, ésta formaba parte de Universitas SRL, editora de *El Derecho*, cuya dirección todavía está en la calle Tucumán, entre Uruguay y Paraná, donde también trabajábamos nosotros. De la gente de Universitas tengo presentes a Elsie, que fue mi secretaria, a Juan Pablo Remón, a Patricia Sánchez, a Hugo Speciali. Como así también, muy especialmente, a Jorge Mazzinghi y Jaime Anaya, con los cuales me sigo encontrando con alguna frecuencia. Salvo ciertas desavenencias que casi he olvidado, el ambiente allí era cordial y, de vez en cuando, se jugaban unos reñidos partidos de fútbol entre todos nosotros que resultaban muy divertidos. Fernando Bosch y Carlos Sanz integraron el Consejo Directivo de El Derecho pero casi no nos veíamos.

Cuando viajé a España para casarme con Rosario, en mayo de 1999, Universitas me despidió con un almuerzo donde Jorge Mazzinghi recitó una poesía *ad hoc*, compuesta por él, en la cual señaló que el mío era un caso excepcional, ya que me había lanzado a la conquista de España desde América.

Jorge publicó en EDUCA su *Aproximación a la Divina Comedia*, correspondiéndole a la obra el número 13 en la *Colección Aproximaciones* que yo había creado para la editorial. Cuando le pregunté si no era supersticioso me contestó que, por el contrario, el referido número estaba ligado a circunstancias favorables de su vida. Detalle éste que, cuando con Paola Del Bosco presentamos el libro en la asociación Dante Alighieri, puse de manifiesto para informar que Jorge era un supersticioso al revés.

La mención a esa despedida me da pie para suministrar algunos detalles pintorescos vinculados con mi expedición previa a la Madre Patria, que tuvo por objeto proponerle matrimonio a Rosario, a quien sólo había visto una sola vez en mi vida, doce años antes, según ya conté en mi libro anterior.

Por vía postal había quedado con Rosario en que reservaría un lugar para comer la noche de mi llegada. Y, si bien suponíamos que nuestro primer encuentro tendría lugar allí, ocurrió que llegué a Sevilla más temprano de lo previsto. De manera que no resistí la tentación de llamarla a fin de tomar una copa en mi hotel (*Giralda,* cuatro estrellas, habitación 608), aprovechando la salida de su trabajo que hacía Rosario para almorzar. Aceptó, me acicalé lo mejor posible, procurando borrar los rastros de una mala noche de avión, y a partir de ese momento se me plantearon, sucesivas, cuatro situaciones que no vacilo en calificar de críticas.

La primera consistió en que, mientras bajaba en el ascensor, advertí que apenas recordaba la cara de Rosario, así que no estaba seguro de reconocerla. La segunda sobrevino cuando ya me hallaba esperando abajo y, mientras lo hacía, irrumpió en el *hall* un contingente de dioses germanos. Que no otra cosa semejaban los integrantes de una delegación atlética de algún país nórdico que, conformando un nutrido grupo, allí se estacionaron, rubios, jóvenes, llenos de músculos y de pelo.

—*¡Malditos sean!* – pensé para mis adentros. —*Justo ahora se les ocurre aparecer, dando lugar a comparaciones odiosas.*

Me coloqué junto a la puerta de entrada, que por fortuna estaba algo alejada de los dioses germanos, confiando en reconocer a Rosario y en que ésta no advirtiera la presencia de aquéllos.

Las dos cosas se dieron de manera favorable. Al poco rato llegó una señorita, cuyo atractivo aspecto vino a coincidir con mi vago recuerdo, súbitamente actualizado. Y, como Rosario no tiene muy buena vista (circunstancia que yo ignoraba) no reparó en los apolíneos atletas.

La tercera posibilidad que me suscitó aprensión era que, al encontrarnos con la dama, no tuviéramos nada que decirnos, presos de súbita cortedad uno de nosotros o ambos. Situación coincidente con el tenor de una pregunta que me había hecho mi hijo Juan María, en Buenos Aires, antes de que yo emprendiera viaje.

—*Viejo, si Rosario te recibe con un hand off ¿qué vas a hacer? Porque no podés decir: pasaba, vi luz y entré.* Atinada pregunta que no supe responder.

En cualquier caso, aquel recelo resultó infundado pues, de entrada nomás, con Rosario nos pudimos tratar como viejos amigos. Pero aún se presentaría una cuarta circunstancia amenazadora. Pues, poco antes de terminar nuestro encuentro, como al descuido pero verdaderamente ansioso pregunté:

—*¿Te acordaste de reservar un lugar para comer esta noche?*

Y la respuesta que recibí me sumió en la mayor de las desazones.

—*Sí* –contestó Rosario– *reservé lugar en una pizzería.*

—*¿¿¿En una pizzería???* –pensé angustiado– *¿Cómo en una pizzería? ¿Y para esto crucé el Atlántico?*

Consideré, en efecto, que una pizzería, con sus previsibles luces de neón, su olor a orégano y sus servilletas de papel manchadas de grasa, no era el lugar adecuado para una cita romántica.

Despedí a Rosario, dormí la siesta, durante una breve salida me empapó un chaparrón repentino y, ya de noche, la pasé a buscar para dirigirnos a la incongruente pizzería.

La cual, a Dios gracias, no era tal sino un excelente restaurant llamado *San Marcos*, que un italiano de buen gusto instalara en una

magnífica casa sevillana del siglo XVIII. Local que Rosario denominara pizzería pues allí, además de otros excelentes platos, también servían pizza, cosa excepcional en España.

Enterada Rosario del motivo de mi viaje, le di tiempo para considerar la propuesta que le formulé (totalmente inesperada para ella, que nada había sospechado sobre mis intenciones) y la dejé en su casa de madrugada, después de una larga caminata por calles regadas por la reciente lluvia.

Al día siguiente, luego de haber ido juntos al cine, recogí una respuesta positiva y resolvimos casarnos tres meses más tarde. Era la noche del 27 al 28 de febrero de 1999.

El 28 visitamos *Escalonias*, una finca en la provincia española de Córdoba donde Rosario y su familia vivieron muchos años, donado luego su casco y buen número de hectáreas a los trapenses, que instalaron allí un convento.

El lunes 1° de marzo marchamos en automóvil a Macharaviaya, el pueblo malagueño de donde salió Félix Gallardo hacia América, cuando mediaba 1700.

***

A lo que ya saben sobre nuestro casamiento los lectores del otro libro, agregaré tan sólo que la invasión de parientes y amigos a Sevilla, con motivo del mismo, dio lugar a situaciones pintorescas. Consuelo, mi sobrina, aunque nunca había pisado el extranjero, como buena chica de campo resultó de lo más orientada y dirigía a puro pálpito el contingente alojado en su hotel por las intrincadas callejuelas sevillanas. Cruz y Mercedes fueron a dar a un modesto albergue llamado *El Paraíso,* que mereció el siguiente comentario de mi hermano:

—*Si este es el paraíso... ¡cómo será el infierno!*

Cati, durante su estadía, compró bastantes cosas viejas, entre ellas una serie de adornos de hierro forjado que pesaban de lo lindo. Cuando emprendió el regreso, en la recepción del hotel, se dispuso a levantar la valija que había llevado hasta allí, cosa que no le permitió un joven servicial que se le acercó para hacerlo él. Cati le previno:

—*Mirá que está pesada.*

A lo que respondió el muchacho:

—*Si usté pudo con ella...*

Y pretendió levantarla sin lograr que se despegara del piso. Lo cual dio lugar al siguiente comentario por su parte:

—*¡Pero esto no es una maleta... es una venganza!*

Durante la pequeña homilía que pronunció Juan María durante la ceremonia, refiriéndose a mí me mencionó varias veces como *papá,* lo cual determinó que una vecina del barrio, que estaba en el fondo de la iglesia, le comentara a una amiga que tenía al lado, en voz nada baja:

—*¿Pero es que en América al novio le dicen papá?*

Respondiendo la amiga:

—*No, mujé, que es el padre del cura.*

En España los contrayentes designan en calidad de testigos a varios de sus parientes y amigos más próximos, los cuales firman luego el acta respectiva. Ignorantes de tal costumbre, los argentinos dejamos vacíos los bancos reservados en el templo para ellos. De modo que, cuando alguien indicó la conveniencia de solucionar la omisión, un grupo improvisado, con Cruz y Mercedes a la cabeza, ocupó tumultuosamente los lugares respectivos.

Como el casamiento fue a mediodía, la recepción, en una quinta preciosa de las afueras, incluyó un prolongado almuerzo. Y, con el café, Gildo distribuyó entre los varones presentes unos estupendos habanos *Montecristo.*

Al día siguiente, partimos con Rosario en el AVE hacia Madrid para, desde allí, tomar un vuelo a Menorca. Que, debido a un error de la agencia de viajes, casi tuvimos que realizar en aviones diferentes. Subsanado el problema alcanzamos nuestro destino final, un hotel cómodo y moderno en Cala Galdana, sobre una pequeña y reparada bahía de la costa meridional de la isla. Isla que presenta panoramas muy diferentes, ya que la orilla mencionada es sonriente y cuenta con vegetación y prados verdes, donde pastan los grandes caballos negros

emblemáticos del lugar; la opuesta, en cambio, es árida, con formaciones erosionadas por el viento y algunas cuevas donde habitaron hombres de la edad de piedra. Como disponíamos de coche, pudimos visitar Ciudadela, la capital; Mahon, puerto importante, y pequeñas localidades de ambas costas o alejadas de ellas: a una de éstas concurrimos de noche, para gustar una deliciosa caldereta, especialidad local, que le habían recomendado a Rosario; en otra, asistimos a una extraña misa dominical, carismática y rezada en dialecto balear.

***

Instalados en Esquina Chica, fuimos estructurando nuestra nueva vida, en realidad más nueva para Rosario que para mí. Pero, afortunadamente, sus estadías anteriores en la Argentina y la existencia de parientes y amistades anudadas entonces atenuaron un poco la brusquedad del transplante. Con motivo del casamiento de Consuelo en Choele Choel, de un chico Goyenechea en Concepción del Uruguay, de una hija de Dorotea mi prima en Carmelo y de uno de nuestros sobrinos García Gallardo en Córdoba, como así también en virtud de conferencias que di yo en distintos puntos del interior como Paraná, Mendoza, Junín, Mar del Plata, San Luis, o por escapadas que realizamos a Trenque Lauquen, a Santiago del Estero, a Colonia (Uruguay), a Necochea o a la isla de Martín García, fuimos recorriendo paulatinamente el país y sus aledaños, aunque aún nos falta ir juntos a muchos lugares que sólo he visitado yo o que ambos queremos conocer.

Viajamos asimismo a España de vez en cuando, Rosario con mayor frecuencia por algún trámite o para ver a su familia. En mi libro anterior incluí un resumen del apunte que escribí con motivo de una temporada pasada en Derroñadas, provincia de Soria, pagos de los García, a donde volvimos no hace mucho. En abril del 2002 viví la célebre Semana Santa de Sevilla y, con motivo de ese viaje, también escribí e ilustré unas notas que resumo a continuación:

> *... En Sevilla el clima está variado y variable. Llueve y sale el sol, hace frío o calor, se ha anunciado incluso una posible granizada. Pero, como anticipo de la primavera inminente, hay lugares de la ciudad donde ya se huele perfume de azahares.*

Así como el aroma de los azahares anuncia la próxima primavera, hay detalles que advierten sobre la proximidad de la Semana Santa. Entre otros los siguientes:

En las vidrieras de los negocios proliferan "pasos" en miniatura, nazarenos diminutos y láminas que representan la imagen del Gran Poder, del Caehorro, de la Macarena o de la Virgen de la Esperanza de Triana.

A través de puertas y ventanas abiertas se puede ver desde la calle que hay gran actividad en las cofradías. Y me dicen que, en efecto, ya hace algún tiempo que los hermanos están dedicados a engalanar imágenes, andas y varales, limpiando, lustrando y reparando.

Ayer fuimos a lo de Tulio, mi cuñado. Que volvía de la cofradía de La Paz, donde acaban de admitir como hermano a su hijo. Que, aclaro, acaba de cumplir un año de edad.

Otro de mis cuñados, Felipe, distinguido gastroenterólogo, me ha contado que, tiempo atrás, fue a verlo un hombre a su consultorio, dando muchos rodeos antes de decidirse a comunicarle el motivo de su visita, que consistía en pedirle que hiciera una endoscopía... al Cristo de la Hermandad de La Estrella, una bella imagen del Señor de la Paciencia que se encuentra en Triana.

La razón de tal solicitud era que no estaba claro quién había tallado aquella imagen y a que, en el caso de algunas otras sevillanas, se había encontrado dentro de ellas, en una cavidad practicada ex profeso, un escrito con las señas del escultor.

Felipe aceptó la tarea, fue a Triana con el instrumental adecuado, metió un catéter provisto de fibra óptica por un huequito que aparecía detrás del cuello del Cristo y, efectivamente, pudo ver un pergamino que estaba oculto dentro de la imagen.

Días después mi cuñado me facilitó una revista de la Cofradía, donde se daba noticia de aquella endoscopía y se transcribía el texto del pergamino hallado: *"En la ciudad de Sevilla Año de mil y seiscientos y cincuenta y cinco: gobernando en la Silla Apostólica nuestro muy Santo Padre Alexandro séptimo dese nombre. Y asimismo reinando en el país nuestro católico Monarca*

Philipo quarto dese nombre; hizo este Santísimo Christo de las penas Joseph de Arze de nación Flamenco para una cofradía del titulo de las penas de Christo nuestro Señor y triunpho de la Cruz, que la fundo en Triana Diego Granada y Mosquera el año 1644."

La Cofradía poseedora del Cristo de las Penas se llama Hermandad de la Estrella ya que, además de ese Cristo, venera a una Virgen de tal nombre. A la Virgen de la Estrella se la conoce como "La Valiente" pues su paso sale siempre, con cualquier tiempo, llueva o truene, cosa que no sucede con las otras imágenes. Aunque hay versiones encontradas sobre el particular, se dice que en tiempos de la República, para impedir su salida, sembraron con vidrios rotos una parte del trayecto. Maldad grande si se considera que muchos nazarenos, penitentes y costaleros, suelen ir descalzos. Pero la maldad resultó inútil, dado que el paso siguió adelante, aunque varios de sus portadores y acompañantes llegaron con los pies sangrando.

***

A las nueve de la noche comenzó en la Plaza del Museo un concierto de la Banda de las Cigarreras, que se prolongó una hora y media y que disfruté mucho.

La banda pertenece a la cofradía de la Virgen de la Victoria, constituida antaño por las mujeres que trabajaban en la real Fábrica de Tabacos. O sea que, como la mayoría de ellas, esta hermandad tiene su origen en un gremio o corporación.

El concierto fue espléndido. Tocaron ocho marchas (son largas), de las cuales destaco: la de la Virgen de las Aguas, con muchos clarines; la de la Virgen de la Victoria, que tiene incorporados acordes de la Marcha Real porque Alfonso XIII era devoto de la misma; y una llamada "La Madrugá", decididamente preciosa y muy popular.

Aquí la luna en cuarto creciente no forma una letra C, como corresponde y sucede en la Argentina. Sus cuernos apuntan para el lado contrario. Por eso se dice que es una luna mentirosa.

Información útil: nazarenos son los que llevan capirote alto, estilo KKK; los penitentes lo llevan bajo, volcado, estilo mazorquero. Aquéllos pueden portar cirios o varales, éstos cruces al hombro, no muy grandes, a veces dos, tres o cuatro, atadas entre sí. Los nazarenos van delante de los pasos, los penitentes, detrás.

***

Me he bañado por primera vez en el Atlántico Norte. El sábado a mediodía nos fuimos en coche a La Antilla, luego de aceptar una invitación de Lourdes (hermana de Rosario) *y Javier su marido, que nos dejaron un departamento en ese balneario de la provincia de Huelva, muy cerca de la frontera con Portugal. El departamento es cómodo y luminoso, con buena vista al mar. Y basta entrar en él para deducir las aficiones de sus dueños: Lourdes pinta y Javier pesca. Del mar diré que las olas son más chicas que en nuestro Atlántico y que el agua me pareció menos salada, cosa que no sé si es posible.*

***

Ayer, Domingo de Ramos, tomamos contacto, decididamente, con la Semana Santa a punto de comenzar. Como anticipo topé por la mañana con dos nazarenos negros, que no dejaron de impresionarme bastante. Llevaban sobre la túnica un ancho cinturón de esparto.

Al caer la tarde, con Rosario y Fátima "salimos de cofradías". Orientados por la dirección e intensidad de "la bulla" (aglomeración de gente, digamos) dimos con la primera procesión a la vuelta de una calle angosta del centro. Desde unas cuadras antes, la densidad de la bulla había aumentado. Y pronto, desde algún lado difícil de precisar, se empezó a oír el redoble lento y rítmico de los tambores que acompañan el paso. Se trataba en este caso del correspondiente a Jesús Despojado, que se aproximaba precedido por una doble hilera de nazarenos.

La etapa siguiente de nuestra recorrida fue la Catedral... Pero, como Fátima mi cuñada quería ver el paso de la Virgen de la

Paz, pronto seguimos hacia el Parque de María Luisa. Alcanzamos la hermandad cuando la Virgen se hallaba frente a la Capitanía General (comandancia militar). Y, enseguida, oí la primera saeta, que una mujer cantó desde los balcones. Resultó muy emotiva, si bien, como ocurre con el flamenco, apenas si se entendieron un par de palabras de esta mezcla de piropo y jaculatoria musical que es la saeta.

Un elemento muy presente en la Semana Santa es la cera. Cera de abejas, cera de velas. Con la cual los chicos van haciendo una bola, dándole forma con las palmas de las manos luego de pedir a los nazarenos que contribuyan a aumentar su tamaño inclinando sobre ella el cirio. Cera que forma carriles en el pavimento de algunas calles y que, adherida a los neumáticos de los coches, los hace chirriar con fuerza al rodar.

El riesgo que amenaza esta singularísima Semana Santa es detenerse en sus brillantes exterioridades, barrocas, mediterráneas, deslumbradoras. Pero se puede superar ese riesgo proponiéndose rezar algunas oraciones vocales al paso de las imágenes, pidiendo por esta o aquella intención determinada.

Pasadas las dos de la mañana fueron llegando, separados por un intervalo considerable, el Cristo y la Virgen del Museo, ya cumplido su periplo. Tres saetas (dos hombres y una mujer) se impusieron al rumor de la concurrencia. Los capataces gritaron sus órdenes y sonaron los golpes del llamador. Cerró la jornada el ingreso de la Virgen que, previo a trasponer la entrada, hizo un giro completo para entrar retrocediendo. Durante ese giro nos miró de frente, sin apuro, a lo largo de un par de minutos. Y a mí se me hizo un nudo en la garganta.

El Cristo de la Expiración, magnífica imagen barroca, muy realista (ante la que nos casamos) *está hecho de una pasta, el secreto de cuya confección habría venido de América y se perdió al morir el imaginero. Quien realizó su obra en sólo 24 días, viéndose obligado por sus comitentes a destruir los moldes, que arrojó al Guadalquivir.*

Miércoles Santo. Con Rosario y varios miembros de su familia hemos ido a la recepción que daba, a las 5 de la tarde, el em-

bajador de Irlanda. Dicha recepción, naturalmente, tuvo lugar en un bar: el Trinity. Al regresar, caminando, nos encontramos con los nazarenos de la cofradía El Baratillo.

Poco después de las 8 de la noche presenciamos el paso de la Hermandad de las Siete Palabras. Nuestra ubicación fue privilegiada, ya que nos invitaron Felipe y Angelita a su casa, con varios balcones sobre la calle San Vicente, por donde pasó la procesión. Como San Vicente (una calle preciosa) es muy angosta, las imágenes pasaban al alcance de la mano, casi a nuestra altura.

Hemos ido a los oficios a los Jesuitas. Donde, por falta de candidatos, tuve que llevar un cirial en la procesión que escoltó al Santísimo hasta el Monumento donde quedó reservado. Después fuimos a hacer las estaciones en los Monumentos de San Lorenzo, las Carmelitas de la calle Santa Ana, las Reparadoras, San Clemente y Santa Rosalía. Y eran muchas las mujeres de mantilla y peinetón que se veían en la calle y las iglesias. A propósito de ello apunto que a Carmen, sobrina de Rosario, la invitaron para acompañar en el palco –ataviada de ese modo– a la Infanta Elena, que vino a Sevilla por la Semana Santa.

El tiempo, muy amenazante, determinó que varias cofradías no se animaran a salir, entre ellas El Gran Poder. Sí lo hicieron, en cambio, El Silencio y La Macarena, cuyo paso vamos a ver. Se hizo esperar, mujer al fin. Y, mujer al fin, también se permitió un pequeño capricho, alterando porque sí el tramo final de su recorrido para dar un paseo por su barrio. Salimos a buscar a la Virgen hasta hallarla en la calle Feria. Venía de frente, entre la algazara de la gente y balcones con colgaduras color vino. La Macarena es bonita de cara y convoca un fervor bullicioso y competitivo.

*Para nosotros el Sábado Santo incluyó asistir al paso de cuatro cofradías y la participación de Álvaro, Juan, Gildo, Borja y Santiago (cuatro años y ya salió el año pasado) en el paso de una de ellas. Pablo, que había intervenido activamente en los preparativos, finalmente no lo hizo porque estaba con anginas. La partida de los chicos (*Martínez Alcalá - García O'Neill), *con sus hábitos, varales y capirotes resultó todo un espectáculo.*

*Y, como los sevillanos dan por concluida la Semana Santa el sábado, el Domingo de Pascua nos hemos ido con ambas Rosarios (*mi mujer y mi suegra*) y Gildo a Escalonias, para oír la Misa Pascual en el convento de los trapenses. El lugar es lindo, entre naranjales, con una calle de entrada de eucaliptus, un grupo de construcciones muy andaluzas cobijadas por un par de espadañas barrocas y horadadas sus profundidades por algunos túneles de origen desconocido, calzados en ladrillo, hoy cegados casi por completo, que se dirigen hacia el próximo río Guadalora.*

Oímos una misa solemne, junto a la comunidad y algunos feligreses, con los cuales se demoraría Gildo de "sobremisa", recordando viejos tiempos. Luego almorzamos en la Sala Capitular, otrora comedor familiar. La comida fue abundante, con vino elaborado en la Trapa de La Oliva (Navarra) e incluyó un buen plato de carne de corzo, cobrado éste por un cazador que se lo suministró a los frailes.

***

Di por terminado mi libro precedente relatando el caos institucional que se abatió sobre la República en diciembre del 2001, prolongándose hasta bien entrado el 2002. Me extenderé ahora un poco más, para incluir algunos sucesos que me ocurrieron con posterioridad a ello. Respecto a la situación general del país sólo apuntaré que, en virtud de una lamentable decisión de Eduardo Duhalde, presidente por descarte, vino a sucederle Néstor Kirchner, quien llegó desde la lejana provincia de Santa Cruz para ocupar el sillón de Rivadavia y franquear el acceso al poder a los guerrilleros derrotados en los años 70, que arribaron ávidos de venganza. Cumplido su mandato de cuatro años, Kirchner colocó en lugar suyo a su mujer Cristina Fernández, logrando mediante un procedimiento tan simple como ese tornar inocuas las previsiones constitucionales, apuntadas a evitar que los gobernantes se perpetúen en la más alta magistratura nacional.

Expulsado de la UCA por monseñor Zecca, acudí a mis sobrinos jóvenes para no quedarme mano sobre mano. Y, en virtud de ello,

aterricé en el estudio jurídico de Pablo Bosch, hijo de Pancho y de mi hermana Agnes, quien tenía como asociados a Moncho Adrogué, casado con una hija de Santiago Estrada y Bebita Bosch; y a Diego Gallardo, hijo de mi hermano Cruz. Completaban el elenco por entonces Male Bosch, hermana de Pablo, Santiago Sánchez Sorondo, homónimo de su padre e hijo de María Teresa Bosch, hermana de Pancho. Más tarde se alejarían Moncho y Santiago Sánchez, arribando Mariano Lanusse, casado con una hija de Martín Bosch; Agustín Sánchez Sorondo, hermano de Santiago, y Santiago Mazzinghi, nieto de Jorge Mazzinghi. Un *imbriding* tremendo. Como secretarias estuvieron Dolores Rojas Aguiló, que se recibió de psicóloga, se casó y se fue, dejando en su lugar a Mechi Rojas Lanusse, prima suya y lejana sobrina mía, e ingresando finalmente Irupé Acevedo, correntina ella, como su nombre permite intuirlo, que completa al día de hoy la dotación del bufete, según dirían en España.

Acaso por no inspirarles mayor confianza mi versación jurídica, poco es lo que los muchachos me dan para hacer, fuera de preguntarme alguna vez cómo se escribe una palabra. Pero, aunque mentiría si dijera que trabajo, lo cierto es que cuento con un motivo para viajar de casa al centro todos los días, contestar correos electrónicos sin apuro, disponer de una señorita que reciba llamados y poder almorzar con algún amigo sin tener que correrme para ello desde extramuros, amén de contar con tiempo para recordar y escribir lo recordado, conforme lo demuestran estas páginas. Por todo lo dicho me siento profundamente reconocido a quienes me acogieron con notoria buena voluntad. Además, en el estudio lo pasamos bien. Y hace un par de días tuve la sorpresa de que la Cámara fallara favorablemente en un caso perdido que, quizá por eso, los chicos me tiraron para que contestara demanda y despuntara el vicio.

***

En diciembre del 2003 murió Gildo, mi suegro. Poco antes había viajado Rosario a Sevilla para acompañarlo en sus últimos días. Don Sixto de Borbón le otorgó *post mortem* la Gran Cruz de la Legitimidad Proscrita, máxima distinción que concede el carlismo.

En mayo del 2006 murió Pancho Bosch, cuñado y amigo, con cuyo fallecimiento se clausuró una etapa en la vida de muchos de nosotros.

Y a fines del 2007 murió Juan Irazábal, el marido de mi hermana Celina, padre de Consuelo, tan querida en casa.

También, dentro del período abarcado por el presente capítulo, murieron dos adolescentes, cuya partida nos afectó a todos por la proximidad del parentesco y por la corta edad de los muchachos. Los mismos fueron Pablito Marini, nieto de Agnes, y Nicolás Gallardo, nieto de Luis Bernardo, fallecido aquél en el verano del 2004, y éste a finales del 2006.

***

Mientras tanto, tozudamente sigo jugando al tenis. Lo hago un par de veces por semana y, casi siempre, dobles caballeros. Incluso, de vez en cuando, juego algún partido en los torneos intercentros con suerte variada. Salvadas las distancias, después de mis jornadas de tenis suelo recordar una respuesta que dio Amadeo Carrizo cuando, ya cuarentón, le preguntaron si notaba mucha diferencia con sus desempeños de épocas juveniles. A lo cual contestó el gran Amadeo:

—*La diferencia que encuentro es que, después de los partidos, me duelen más cosas durante más tiempo.*

***

Mi hija Milagros, que es historiadora, se desempeña desde hace algunos años como profesora en la Escuela de Aviación Militar, en Córdoba. Y, durante el año 2005, fue elegida como mejor profesor de la Escuela, siendo la primera vez que una mujer obtenía tal distinción. Con Rosario estuvimos presentes en el acto de entrega del premio y asistimos a la formación que se realizó con ese motivo, desfilando de manera impecable el cuerpo de cadetes, al son de la banda y al hombro el viejo Mauser con bayoneta calada. A mí la ceremonia me hizo lagrimear, según era de temer.

***

En marzo del 2007 presenté mi libro *Las Lecciones del Capitán*, editado en Mendoza bajo el sello *Lectio*. El acto tuvo lugar, al caer

la tarde, en el salón que la Obra de Don Orione tiene en la bajada de Carlos Pellegrini. Hablamos Tito Guevara, Hugo Abete y yo. Como cierre, el Mayor Adrián Romero Mundani cantó una canción de Ignacito Anzoátegui referida a las Malvinas y mi hija Cata *El soldadito dormido*, con música de ella y letra mía. Después se ofreció una copa a los concurrentes, que fueron unos 200, entre los que se contaron el almirante Büsser, el coronel Seineldín, varios carapintadas notorios, nacionalistas de edades diversas, parientes y amigos. La gente se fue muy contenta, diciendo que aquello recordaba reuniones políticas de otros tiempos.

***

Poco antes o poco después de la presentación que acabo de mencionar, la UCA organizó un concurso literario que incluía el rubro poesía. El tema era "Canto a la Vida" y se fijó en cien versos la extensión máxima de los trabajos a presentar, distribuidos en uno o más poemas firmados con seudónimo. Como el jurado parecía confiable y los premios establecidos eran atractivos (publicación de la obra, unos cuantos pesos y un curso de pintura al óleo que me interesaba especialmente) resolví participar. Escribí al efecto un poema de exactamente cien versos, que titulé "Canto a la Vida", cumpliendo escrupulosamente las condiciones establecidas. Utilicé el seudónimo de *Mamboretá*, que así lo llamaron a mi bisabuelo Ignacio Pirovano en un brulote, dirigido contra él, que se publicó en un diario de su época. Por otra parte, al bicho le tengo simpatía por señalar dónde está Dios.

Presenté el trabajo convencido de que sacaría al menos uno de los tres premios, a los que se agregaban otras tantas menciones. Y, pleno de esperanzas, iluso de mí, esperé el veredicto.

Por suerte no gasté a cuenta. Porque no saqué ni una mención siquiera, resultando premiados, en cambio, los poemas cuyas primeras estrofas siguen:

Primer Premio

presentí la barbarie
la desnudez perdida
agazapados
las bocas del mundo permanecen inmóviles.

Segundo Premio

El amor es el que sostiene
la apariencia de todo lo que existe.
En un vaivén de fuego,
un candado de agua,
una pirueta de barro,
una aliteración de viento.

Tercer Premio

Sentirse minotauro desolado
a tan corta edad.

Como estimé que mi poema, sin ser acaso nada del otro mundo tampoco era tan malo, lo publiqué más tarde en la revista *Gladius*. Y, en atención a su título y a su tema, lo utilizo ahora para concluir este librito, que tiene por argumento mi propia vida.

CANTO A LA VIDA

Para cantar la vida pienso que es lo mejor
empezar por cantar a su divino autor.

De modo que estos versos, agrupados de a dos,
principian, como cuadra, dando gracias a Dios.

Al Dios omnipotente, creador insoslayable
de todo cuanto existe, conocido o probable.

Que actuó en forma directa o acaso, así lo admito,
disimulando un poco su poder infinito.

Mediante evoluciones que exigen poseer
una fe inquebrantable para poderlas creer.

Por tanto le agradezco a Dios omnipotente
conferir la existencia a todo lo existente.

Le agradezco los mundos del cosmos sideral,
dispersados o no por el ¡bang! inicial.

Agradezco el pequeño sistema planetario
que funciona en un átomo corriente y ordinario.

De nardos y jazmines agradezco el aroma,
agradezco el portento de cada cromosoma.

Agradezco del hielo sus cristales perfectos
y el variado universo que forman los insectos.

Agradezco el instinto del animal salvaje
y las gamas de verde que combina un follaje.

Agradezco el juncal que vela una laguna
y el caudal de mercurio que derrama la luna.

Agradezco de un bosque su lejano confín
y la curva que traza el salto de un delfín.

El armonioso porte que exhiben las coníferas
y el tesoro que ocultan las arenas auríferas.

Los anillos concéntricos que a su modo y manera
declaran en los leños la edad de la madera.

Los ciclos sucesivos de las cuatro estaciones
y el fuego hospitalario que brilla en los fogones.

La orientación atávica impresa en la memoria
del ave que repite su gira migratoria.

Y es hora que lo diga, le canto especialmente
a la vida encarnada en el hombre y la gente.

Al misterio entrañable de la fecundidad,
que parte desde el tiempo hacia la eternidad.

Pues la vida, iniciada cuando la concepción,
prosigue en otra vida de gloria o perdición.

Por lo tanto la muerte no es un punto final
sino una encrucijada necesaria y fatal.

Un nexo entre dos planos, el paso inevitable
que conduce al abismo o al edén deleitable.

Y como es conveniente cultivar la esperanza
recuerdo aquí que el justo la salvación alcanza.

(Después de examinar a mi propia conciencia,
proseguiré cantando a la humana existencia).

Cantemos al esfuerzo, cantemos al amor,
cantemos al perdido sentido del humor.

Al modesto coraje que requiere el momento
de salir cada día a ganarse el sustento.

A las buenas maneras, cuyo suave ejercicio
transforma nuestro entorno en ámbito propicio.

Al debido respeto que merece la edad
y a la sana costumbre de decir la verdad.

Al triunfo que se obtiene pagando un alto costo
y al espíritu clásico que se enciende en el mosto.

Al gesto poco usual de aceptar la derrota
y al empeño que implica seguir siendo patriota.

A la noble fatiga que experimenta el músculo
y a la melancolía que ocasiona el crepúsculo.

Le canto a quienes fundan familias numerosas
porque demuestran ser personas generosas.

Capaces de poblar con hijos este suelo,
confiados en sus fuerzas y en la ayuda del cielo.

Lo cual no significa que deje de cantar
a quienes no pudieron llegar a procrear.

Ni a los que se abstuvieron de tener descendencia
para servir a Dios con mayor diligencia.

También a los que educan los vástagos ajenos,
templando su carácter para que salgan buenos.

Le canto al gobernante que manda con acierto,
le canto al timonel que conduce a buen puerto.

Le canto al magistrado que juzga rectamente
y a los sanos prejuicios de la gente decente.

Le canto al inmigrante que acaricia un proyecto
y al hijo de la tierra prudente y circunspecto.

A la ciudad inmensa, de idiosincrasia extraña,
y al ejido apacible del pueblo de campaña.

Le canto a los ganados que pueblan la llanura
y al círculo que un cóndor difumina en la altura.

Al trigal y al viñedo, al ombú y la glicina,
al taller, a la fábrica, al aula y la oficina.

Al metro y la retórica, la ciencia matemática,
la música sinfónica y la actuación dramática.

La estrategia y la táctica, el orden cronológico,
la olvidada gramática y el estudio teológico.

Le canto a los tres reinos, incluido el mineral
que le presta a los otros contorno y pedestal.

Le canto a la borrasca y le canto a la calma,
le canto al equilibrio entre el cuerpo y el alma.

Y debo terminar, por haber alcanzado
el número de versos que estaba estipulado.

De modo que concluyo, lograda esa medida,
dando gracias a Dios, de nuevo, por la vida.

Buenos Aires, 27 de febrero del 2008

Colofón

Transcurridos algo más de tres años desde que terminé de escribir esta pequeña obra, Rafael Breide Obeid me comunicó que había resuelto publicarla en la Editorial de la Universidad Católica de La Plata, al igual que el tomo que la precede. De manera que, antes de enviar los originales para ser impresos, agregaré unas pocas líneas a fin de referirme a sucesos ocurridos entre comienzos del 2008 y el presente, con intención de incluir así recuerdos más recientes.

Con Rosario volvimos a Europa dos o tres veces, haciendo pie en Sevilla y Soria para, desde allí, hacer algunas escapadas que alcanzaron Pamplona, San Sebastián, Burdeos, las Landas de Aquitania y Extremadura. Dejé constancia de esas estadías en varios sonetos, uno de los cuales dice:

Fin de Temporada

El aire se ha tornado más liviano,
más traslúcido, más ágil y más frío.
La noche llega un poco más temprano
y no son muchos los que van al río.

Se dispersan aquellos que el verano
convoca con su cita regular
en el pequeño pueblo castellano
donde arraiga la cepa familiar.

ha callado la voz de una campana
que anunciaba, melódica y puntual,
la misa de las diez de la mañana.

Y el platónico amor de un colegial
que suspira por cierta prima hermana
se aproxima a un romántico final.

El 8 de mayo del 2010 se casó mi hija Cata con Mariano Romairone. La ceremonia tuvo lugar en la parroquia del Tigre, a mediodía, y la recepción fue en la quinta de mi hermana Agnes. Una magnífica tarde de otoño dio marco a tan grato suceso.

La situación política del país continúa siendo muy poco alentadora. El sorpresivo fallecimiento del ex presidente Kirchner, que seguía manejando el gobierno nacional, no aportó mayores cambios en el mal rumbo de éste. Como respuesta a las aberraciones jurídicas que un mezquino revanchismo ha instalado en materia de Derechos Humanos, un grupo de letrados amigos, encabezado por Alberto Solanet, Carlitos Bosch, Gerardo Palacios Hardy y Mariano Gradín, fundó la agrupación *Justicia y Concordia*, a la que pertenezco desde que fue constituida. En virtud de ello, junto con otros asociados, concurrimos mensualmente a las cárceles de Marcos Paz, Ezeiza y Campo de Mayo para llevar algún aliento a militares y miembros de las fuerzas de seguridad detenidos en ellas por haber enfrentado oportunamente a los terroristas que pretendían hacerse con el poder en la Argentina.

Escribo regularmente en la revista *Políticamente Incorrecto*, del *Partido Popular de Reconstrucción* que preside Gustavo Breide Obeid. El Secretario de Redacción de la misma es mi viejo amigo Héctor Simeoni.

El año pasado se me encomendó la tarea de escribir la historia del *Círculo de Armas*, cosa que hice con gusto y que me reportó la satisfacción suplementaria de volver a ser socio de tan prestigioso club porteño. Colaboré, asimismo, en la publicación con que se celebraron los 80 años del *Squash Club*.

Apuntaré por último que, hace pocos días, Manuel Outeda Blanco me comunicó que la *Exposición del Libro Católico* distinguió mi obra literaria otorgándome la estatuilla Leonardo Castellani, que recibiré en septiembre. Sirva tan buena noticia como final para el presente volumen.

San Isidro, 25 de abril del 2011.

A mediados del 2006 puse punto final a *"De memoria nomás - Recuerdos políticamente incorrectos"*, un tomo donde volqué aquellos que consideré podían tener cierto interés de carácter general y apuntado, especialmente, a rescatar las experiencias políticas vividas por mis amigos y yo, a lo largo de un período que tuvo comienzo al promediar la década de los 50, incluyendo el trabajo hasta el primer año del siglo XXI, cuando, ante los reiterados fracasos de quienes manejaron el país durante largo tiempo, la gente ganó las calles reclamando: ¡que se vayan todos!

Estimo que el libro cumple su cometido testimonial pero ocurrió, sin embargo, que por ajustarme al plan trazado dejé de lado numerosos detalles menudos, de carácter doméstico, familiar, presumiblemente carentes de atractivo para el lector común. De modo que retomé la tarea de evocar recuerdos, mucho más personales esta vez, hasta formar un segundo volumen de aquellas memorias, dirigido a parientes cercanos y a amigos próximos. Lo cual no excluye por completo a quienes, por una razón u otra, resuelvan matar el tiempo leyendo las páginas que siguen.

J. L. G.

ISBN 978-987-1085-77-4

editorialUCALP